

Editorial

Quien pretenda aprender por los libros el noble juego del ajedrez, pronto advertirá que solo las aperturas y los finales consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehúsa la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura.

S. FREUD

«Sobre la iniciación del tratamiento»

Realizamos en este número de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* una apertura, un nuevo emprendimiento de una Comisión de Publicaciones en torno a la palabra, la escritura, la experiencia analítica, su inscripción en el analizando, en el psicoanalista, y su transmisión mediante publicación.

Apertura que adentrándose ha de llegar a los «Confines de un análisis» como eje temático escogido para esta ocasión de dar a conocer e intercambiar, en lo que tiene de único e irreplicable cada situación clínica, cada psicoanálisis que dejará la marca del caso, colindando con lo específico, abarcativo y general. Hemos de internarnos e incursionar en fronteras múltiples y móviles con disciplinas limítrofes al psicoanálisis dada su condición confinante.

Entrando en la *Revista* a partir de la portada elaborada se evocaría, sostendría la complejidad de la escena en la atmósfera psicoanalítica como partida de ajedrez, retomando el aforismo freudiano de sus escritos sobre la técnica. Suelo, tablero que fija las reglas que hacen al encuadre particular de su dispositivo, dentro del cual se moverán las piezas. Suelo, piso damero, el de las huellas de la infancia, del *infans*, que se halla aún tanto más cerca de él. Suelo, arena, sobre el cual se desenvuelve todo análisis, dado que ambos, analizante y analista —en forma asimétrica o disimétrica tal vez—, muerden, al llegar al confín de algún recuerdo siempre encuabridor, el polvo de la arena. Suelo, tablero, piso damero, arena bañada por

el oleaje, volviendo una y otra vez a nociones freudianas, de lo que va y viene, en algo de ese retorno repetitivo de lo inconsciente, puesto en acto en la transferencia.

Publicar, hacer público, trabajar a cielo abierto, entre nubes, destellos de luz y de sombra, lo que ha quedado como huella, como resto de esa *praxis* analítica que ha transformado a un analizante y un analista a la vez. Praxis que dejará escapar algo que, a modo de globo, pudiera elevarse por encima de quienes lo miraron en los comienzos y lo dejaron partir para que otros lo vieran. Creo entonces que la función de editor, la de un director de publicaciones dando lugar a la palabra de los autores, se acercaría a la de la sublimación y a la escritura en psicoanálisis como caudal de transmisión.

Fanny Schkolnik reescribe un texto casi veinte años después, «Entre el sueño y la vigilia», y nos conduce a pensar que «[l]a escena del análisis se condensa y confunde con la de la infancia, pero es otra. Se repite algo anterior en un encuentro que actualiza y condensa otros viejos, posibilitando nuevas vivencias». Trabaja el concepto de transferencia junto con el de «contra» transferencia para desmontarlo, volviéndose a pensar como analista y no solo «contra», sino «frente a» o «con». Y es con el paso de los años que su función analítica le ha permitido reflexionar sobre los efectos de los cambios: «Hay una escucha distinta en función de lo que nos convoca de los cambios en la cultura y las costumbres, la constitución de la familia y las nuevas formas en que se pone de manifiesto la sexualidad. Todo esto hace que sea muy distinto el modo en que nos relacionamos con el paciente. En este sentido, destacaría particularmente lo que pasa cuando se pone en juego el cuerpo, tanto en el vínculo en el consultorio como fuera de él».

La *Revista* publica a continuación dos textos frescos en su proximidad con la escucha en los nuevos contextos culturales que jaquean, prosiguiendo el hilo del juego de ajedrez, a los analistas por estas latitudes. Alice y Sergio Lewkowicz, colegas brasileños, se ubican «Escuchando las voces del cuerpo» y lo plasman en su mismo derrotero, el de la sesión en su *tempo* propio. Una viñeta plena de sensorialidad invocando algo de una enseñanza en torno a ser analistas advertidos de la fascinación en la que puede quedar cautiva su escucha y cautivada su mirada en esas marcas de

tatuaje en el cuerpo de Ana, deprimida por la ruptura y el abandono de su pareja. Transitando por los confines del psicoanálisis con la literatura, los autores evocan la lectura de *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury, en que cada imagen tatuada hace surgir un relato, que a la vez pudiera convocar en el lector la imagen de Scheherezade contando en cada una de *Las mil y una noches* un cuento para no morir.

Mónica Vorchheimer, psicoanalista argentina, nos lleva a la escena analítica de la mano de la sorpresa, trabajando aquella disponibilidad, que ha de quedar en espera, abierta, al acecho, disponibilidad del analista a «verse sorprendido» con la jugada del inconsciente una y tantas veces. Lo escribe sobre el suelo, terreno del encuadre, y desde la atención «parejamente flotante» que va desde sus ocurrencias en la sesión con Tomás, que tendido en el diván va asociando en torno a sus sueños mientras ella mira lo «desparejo» del suelo, pensamientos vagos que vagabundean en la sesión que ella toma como material de autoanálisis. Se ve asaltada por el «Sorprenderse, aún» de esas ocurrencias suyas que perduran, que ella ha rescatado, no se han perdido tras los juicios, prejuicios del analista que pudieran hundirlo en su escucha.

Acude a la cita de la escritura de los confines, puntual y puntillosamente, el analista argentino Alberto Cabral, con su propuesta respecto a la tolerancia/ansia de la pluralidad en el seno de las comunidades psicoanalíticas, para efectuar un corte y no quedar confinados en cada comarca. Plantea la marca del caso Alejandra, aquella joven paciente que tanto lo impacientó, hasta verse sorprendido, en una vacilación no calculada de su intervención en que se encuentra y se escucha diciéndole «al menos así lo veo yo». Cabral trabaja en este texto la «Contratransferencia e implicación subjetiva: los confines del cálculo del analista», concluyendo que la contratransferencia está lejos de ser un concepto unívoco. Utiliza con destreza el suelo de la retórica conceptual con relación a la contratransferencia y escribe: «Como algunas formaciones rocosas complejas, parece haber crecido por aposición, al punto de que en su campo semántico pueden reconocerse distintos “estratos geológicos”. Haríamos bien en considerarla —entonces— un significante; abierto en tanto tal a esa pluralidad de sentidos que parecía inquietar a Winnicott». Nos trae a la polémica planteos que sostiene en un capítulo de su libro *Lacan y el debate sobre la*

contratransferencia (2009), en que se ocupa justamente de los efectos de imaginarización que del debate se desprenden de las diferentes versiones y traducciones respecto a la contratransferencia como palabra impropia.

Myrta Casas de Pereda, psicoanalista elocuente que a través «De los confines...» nos conduce a pensar: «Si lo medular de la pulsión es la repetición, sostenemos que esto se estructura como *tyché* y *automatón*, y que la *tyché* es un automatismo de repetición como encuentro imposible. Las asociaciones, en el mejor de los casos, se encadenan hacia la verdad que se pone en guardia desde la causa del deseo en que se vuelve ineludible la contingencia propia del discurso». Concibe que «La *tyché* constituye el meollo de la tarea psicoanalítica (teoría y praxis) y apunta a lo no realizado, a lo imposible donde precisamente la pulsión real-iza. ¿Siempre en los confines?», se pregunta. «Confinos del análisis que involucran los confines del Otro, que se recrea en la transferencia, a la que debemos dar lugar y tiempo; Otro al que nunca podremos abarcar totalmente. Entiendo que el término *confines* es un modo de nombrar la castración, pues encierra en sí mismo la idea de frontera, límites inciertos, lo cual nos acerca a dicha noción, pues no son límites a franquear, sino a instaurar... y de ello depende la salud psíquica.» Más adelante en su texto explicita: «Confinos que mentan un fin inhallable pero que nos nutren en la aceptación y elaboración sin fin de nuestros límites. Castración simbólica que reúne elementos imaginarios implicados en la frustración y elementos de lo Real ubicados en la privación».

Es a través del texto de la psicoanalista Ema Ponce de León que podrá el lector de esta *Revista* tener la posibilidad de trabajar el «Final de análisis. Entre ideales y límites». La autora nos permite, mediante un recorte de un psicoanálisis, el de Natalie, pensar nuestra propia conformidad como analistas y la de los pacientes, dado que lo «satisfactorio» de un análisis pasaría por parámetros subjetivos de ambas partes. «No podemos negar nuestra aspiración a que el paciente sufra menos y viva la vida con mayor plenitud y que confiamos en que las herramientas provistas por el análisis sirven a estos fines. Se genera una ineludible tensión entre esa aspiración, los ideales de cada uno, de la propia estructura y de la trama transferencial por un lado, y de lo real en juego por otro.» Autora que conceptualiza que «[l]a terminación de un análisis supone para el analista una nueva vuelta

de espiral en la fragua de sus ideales y su narcisismo. Correlativamente, para el paciente es un momento especialmente fecundo del proceso con relación a estos».

Dos analistas de dos generaciones nos acercan a la noble cantera conceptual que es la obra de Winnicott, a la que siempre se puede regresar para extraer rica materia prima, con la cual los autores Cristina López de Caiafa y Francisco Ameglio se han enriquecido y vuelven a escribir juntos: «Pensando la transicionalidad y su patología». Delimitan y transmiten cómo entienden la transicionalidad y sus fallas con relación a su concepción del objeto. «El espectro que abarcan los objetos subjetivos, transicionales y objetivos está íntimamente relacionado, va de la mano, diríamos, con el proceso que va de la dependencia absoluta a la independencia relativa.» Se muestran de acuerdo con Marilú Pelento cuando señala que «en la teoría de Winnicott cada objeto tiene e inaugura un espacio. Así el objeto subjetivo abre el mundo interno; la presencia de la madre como algo independiente da cuenta de la realidad compartida, y el objeto transicional inaugura el espacio de la creatividad». En la relación inaugural de las prístinas etapas de la vida del recién nacido, en esas experiencias subjetivas, la madre, o parte de ella, es creada gracias y a través de la vivencia de omnipotencia que ella promueve y que permite al *infans* experimentar la progresiva y gradual experiencia de ser en tanto y en la medida en que puede crear.

Julián es el nombre con que llaman al niño de dos años y medio que ellos nos presentan, que no hablaba ni jugaba y no parecía interesarse por los juguetes ni por las personas; su madre «había notado algo», pero finalmente el llamado de atención que motivó su consulta provino de la guardería. Julián desplegará, desde las entrevistas previas al inicio de análisis, en sus esbozos de juego, el impacto de un drama que dejó sus marcas. María es una estudiante avanzada de ingeniería que ha venido cursando con muchas dificultades y fracasos su carrera. Se pone nerviosa en los exámenes, «son una tortura», exclama. Es en su primer año de análisis que «mágicamente» comienza a salvar todas las materias. La transferencia le permite el despliegue de recuerdos de infancia en que su padre le decía que su madre estaba loca: «Yo llegaba del colegio y me ponía el camión para ver televisión con ella y hacer los deberes, comer y después irme a dormir

cuando podía... porque no podía alejarme de ella». Plantean el caso como transicionalidad obstaculizada, fallida, distorsionada, la que da paso a existencias psicopatológicas, teorizando los confines de las neurosis con las psicosis y con las estructuras *borderline*, con los cortejos sintomáticos propios de cada una, las adicciones, los falsos *self*. Cuadros y situaciones en los que más allá de la nosografía lo que aparece es el sufrimiento vinculado con esas fallas en los procesos, fenómenos y objetos de la transicionalidad.

Cierra la sección temática Juan Carlos Capo, analista, escritor, autor de «Análisis: movilidad de los confines». El autor intenta una aproximación analítica a *errancias confinantes* en las que el ser humano, mejor conocido como *parlêtre*, se da de bruces una y otra vez al confundir «principio de placer» con «principio de realidad». Interpela, como es su estilo, si son confines del psicoanálisis: «¿Medicina, psiquiatría, psicología, pedagogía, enseñanza universitaria, literatura, artes plásticas, música? Todas ellas nos rodean por doquier».

Capo recuerda que Freud es terminante en el sentido de que lo que traemos de la universidad no nos será de utilidad para el análisis. «¿Será juicioso apelar a la filosofía? ¿Y a la psicopedagogía? ¿Al neológico positivismo? ¿A la metafísica? ¿Al marxismo? ¿A la religión? ¿A los místicos y sus dilemas? ¿A las ciencias de la literatura que Freud sabiamente nombró? Como asimismo estudiar historia de las religiones, mitología, sin descuidar psiquiatría e historia de la cultura.» Propone dar el consentimiento, «sí, al artista. La literatura, la música, las artes plásticas, la mitología, la historia de las religiones le aportaron, le aportarán al análisis una reserva acuífera donde calmar su sed y tener una energía represada, tan útil como una usina hidráulica. Viene en auxilio de la memoria el eslogan de Freud “acudid a los poetas”».

Mantuvimos y relanzamos la sección «Polemos» en los confines de la ética con el psicoanálisis. La psicoanalista Nahir Bonifacino presenta un artículo en el centro de esta polémica que proponemos, llevando a cabo una actual, minuciosa, profunda y abarcativa puesta a punto de los «Dilemas éticos en psicoanálisis», en torno a la confidencialidad de las sesiones y su quebranto en los límites, confines desde la formación analítica, sobre todo en el espacio requerido de supervisión de los análisis. Pero no solo en ese territorio, también en los procesos analíticos con niños, cuando el ana-

lista concurre a la institución educativa del niño. La autora va desgranando en su vasta reseña las respuestas que diferentes analistas fueron encontrando o incluso construyendo como alternativas que pudieran transformar el dilema ético del no cumplimiento del secreto, de la confidencialidad del material de la libre asociación y del juego en problema. Se destacan los aportes de Gabbard con relación al consentimiento del paciente.

La *Revista* tiene la ampliación de esta polémica con «Comentario sobre el artículo “Dilemas éticos en psicoanálisis”, de Nahir Bonifacino», que escribiera la analista argentina Silvia Wajnbuch, desarrollando su posición favorable a tomar del paciente el consentimiento informado. Encuentra que estos desarrollos permiten un acercamiento veraz a lo que acontece en muchos tratamientos analíticos que requieren del analista la comparecencia ante otras instituciones. La autora plantea, además de los dilemas éticos, dilemas legales sobre los que los psicoanalistas deberían polemizar.

Diego Speyer y Mónica Vázquez nos han acercado una refundamentación, relanzamiento del valor de Polemos en la *RUP*, invocando aquel alegato que ellos mismos hicieron hace ocho años con motivo de su surgimiento, en la *RUP* número 100. Así como destacan lo valioso y necesario de una polémica vivaz, que permita una circulación, tramitación de las diferencias entre pares; nos vuelven a advertir de lo difícil que ha sido y es finalmente polemizar, por los mismos fantasmas que los autores creen percibir que cobran forma con relación al deslizamiento de la puesta en debate fraternal, dado el inevitable reconocimiento de las diferentes ideas, conceptos y posiciones psicoanalíticas. Lo dejamos planteado en este número de los confines, fronteras de intercambio entre analistas para ser retomado en el siguiente.

La «Conversación» en la *Revista* es con la migrante disciplinar Graciela Frigerio, quien despliega sus filiaciones simbólicas y los destinos actuales, filiaciones que debido al exilio fue construyendo y deconstruyendo, al seguir las trazas de los seminarios con los psicoanalistas y docentes a los que concurrió en París.

A la memoria de J.-B. Pontalis concurren tres textos. Uno es el de su amigo Edmundo Gómez Mango, quien se analizara con él al llegar a su París luego de tener que afrontar su exilio. «Pontalis, el psicoanalista de la vida moderna», titula su texto Gómez Mango, «J.-B., como lo llamaban

sus amigos, fue en la cultura y en el psicoanálisis francés un “removedor”: la impronta indeleble que dejó en los múltiples ámbitos de su actividad (psicoanalista, editor, escritor, traductor) fue la de promover inquietudes, la de cuestionar y poner en movimiento aquello que parecía inerte o esclerosado, la de animar la palabra y el pensamiento».

Marilú Pelento rinde su homenaje a Pontalis, en el cual manifiesta: «Antes de presentar algunas de sus ideas, deseo transmitir la resonancia que me produjo cierto estilo de escritura presente en los escritos de este autor. No me refiero solamente a su cualidad literaria, indiscutible para mí, sino a un modo de transmitir vivencias y experiencias recogidas fuera y dentro del consultorio que me recordó, por su “musicalidad”, modos de expresión de autores de la corriente fenomenológica, fundamentalmente de Merleau-Ponty». Escribió a todos los analistas latinoamericanos una vez enterada de su muerte: «Como sabemos, este autor preocupado por la pérdida de la metáfora que la avalancha del lenguaje instrumental había traído aparejada, centró su interés en revitalizar el lenguaje. Ese interés acercó a muchos lectores a su obra, tal vez alejó a otros molestos por un estilo de lenguaje en el que el aspecto literario parecía ocupar demasiado espacio. A los que nos acercó también nos llevó a dilucidar con cuidado los estilos de transmisión de sus ideas presentes en sus escritos, fundamentalmente en dos de sus obras: “Este tiempo que no pasa” de 1997 y en “Ventanas” del 2000».

Marilú describió que Pontalis ha sido «[u]n analista que a mi juicio nos dejó también como herencia una pregunta crucial: ¿qué pasaría si lo que aprendí me impidiera escuchar?».

Considero que Pontalis ha sido maestro de escritura fragmentaria, con la que atraviesa una y otra vez los confines de la literatura y el psicoanálisis. Así lo planteo en la «“Removedora” semblanza» que escribo en su memoria. Sus fragmentos, hoy testamento legado, en los cuales habla la lengua rebelde, de la sutileza de lo condensado, desplazado, tan liviano, ligero como profundo y denso, que ejerce sobre los analistas esa «Fuerza de atracción», como su libro así llamado.

La reseña es del libro *Idea Vilariño. Diario de juventud*, y la realiza Soledad Platero, quien interviniese en su presentación en abril pasado. Reescribe la presentación para la *Revista* y la llama «Las máscaras o el

poema»: «Durante la presentación del libro, que hicimos juntos, Hugo Achugar señalaba que el diario es, en realidad, una novela, y que lo que cabría preguntarse es quién es el autor (en alusión a la eventual intervención de las editoras). Yo tuve sin embargo, al leerlo, la impresión de estar ante la escritura de un drama. Idea se construye como personaje mediante un juego constante de descripción, confesión y borrado, pero también describe cuidadosamente la escena en la que quiere ser imaginada».

«Suele creerse que los diarios de los escritores aportan nuevas claves de lectura de su obra. Así, este libro podría entenderse como una forma privilegiada de aproximación a la poesía de Idea Vilariño; al nacimiento de su lírica y de su voz poética. Y es verdad, en tanto todo paratexto ofrece claves de lectura. Y también, claro, en tanto la biografía (entendida literalmente como la historia de la vida de alguien) ilumina aspectos puntuales, concretos, de un hacer artístico.»

Llegamos así al final del editorial que recorre el itinerario de las producciones que han ido contorneando los «Confines de un análisis».

MAGDALENA FILGUEIRA
Directora de publicaciones

Entre el sueño y la vigilia



FANNY SCHKOLNIK¹

Antiguamente Chuang Tzu soñó que era mariposa.
Revoloteaba gozoso;
era una mariposa que andaba muy contenta de serlo.
No sabía que era Chuang Tzu.
De pronto se despierta.
Era Chuang Tzu y se asombraba de serlo.
Ya no le era posible averiguar si era Chuang Tzu
que soñaba ser mariposa
o la mariposa que soñaba ser Chuang Tzu.
Así son las transformaciones de las cosas.
Lo que en sueño el espíritu asocia y mezcla,
en la vigilia el cuerpo separa y discrimina.

«Sueño de la mariposa», CHUANG TZU

Malignos seres hay y benignos.
Entre ellos se hacen signos de bien y de mal,
de odio o de amor, o de pena.
Son formas del Enigma la paloma y el cuervo.
El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.
El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!
Oh aroma de su sexo! Oh rosas y alabastros!

«Coloquio de los centauros», RUBÉN DARÍO

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fschkol@chasque.net

El trabajo de análisis en el marco de la transferencia transita por esa brecha que se abre entre la fantasía, el sueño y la vigilia. Paciente y analista se instalan en el escenario con un texto manifiesto, aparentemente conocido, pero en el transcurso del análisis ambos se sorprenden al ir encontrando otro texto que rompe con la coherencia del anterior. Se convierten en actores y autores en ese nuevo escenario que los involucra fuertemente en una relación en la que se vuelve imprescindible la discriminación para sostener la necesaria situación asimétrica del análisis.

Y al despegarse, la transferencia abre camino a los cambios en una temporalidad que tiene características muy particulares. ¿Cómo pensar esta situación en la que el paciente le cuenta a un desconocido las cosas más íntimas, lo más familiar, que termina resultando extraño, sin tener en cuenta el papel que juega la transferencia? La escena del análisis se condensa y confunde con la de la infancia, pero es otra. Se repite algo anterior en un encuentro que actualiza y condensa otros viejos, posibilitando nuevas vivencias. Pero no es una mera repetición de aquellos vínculos que sostienen la insistencia repetidora pulsional. Los recuerdos propios resurgen como ajenos y los acontecimientos del pasado solo pueden recuperarse entramados con la fantasía y en forma fragmentada. El particular carácter de intimidad que tiene la experiencia de análisis enfrenta al sujeto con vivencias que remiten a lo más desconocido de sí. Y los cambios que surgen del trabajo analítico podrán darse en la medida en que el paciente logre conectarse vivencialmente con ellas para lograr un mayor contacto con lo propio en el trabajo elaborativo del análisis.

Algo del orden de una nueva forma de conocimiento de sí, que se vive como más verdadera, nace en ese espacio propicio para la evocación y actualización de vivencias propias de los vínculos tempranos. La metáfora freudiana de «llenar las lagunas del recuerdo» nos lleva a pensar en la necesidad de construir diferentes puentes para conectar ambas orillas de una laguna que nunca llegará a desaparecer. Conexiones nuevas para viejas vivencias que anudadas a las actuales impiden a esas lagunas transformarse en mares intransitables. Paradoja del análisis que se orienta hacia el pasado en el intento de desprenderse de él.

La resonancia que el encuentro con el paciente promueve en el analista juega también un papel protagónico junto con la transferencia y no en

oposición a ella. Si tenemos en cuenta, como plantea Pontalis (1978), al considerar el término *contratransferencia* (*gegenübertragung*), que el prefijo *gegen* significa 'contra', pero también 'frente a', 'con', 'recíproco', etcétera, no se trataría entonces de una mera consecuencia de la transferencia, sino de la expresión de las ocurrencias que surgen en el analista en ese vínculo tan particular que se da con su paciente en el campo de la transferencia, que también despierta en alguna medida sus propias vivencias y su historia. El análisis los convoca a ambos, que van a experimentar cambios, aunque de distinto orden. Pero si el analista no cambia, no hay análisis.

Los cambios del analista están vinculados a lo singular de la relación con cada paciente, pero van más allá. Se vinculan también a los cambios socioculturales y a los referentes teórico-clínicos en el ámbito de la propia comunidad psicoanalítica en la que el paciente y el analista están inmersos. Hay una escucha distinta en función de lo que nos convoca de los cambios en la cultura y las costumbres, la constitución de la familia y las nuevas formas en que se pone de manifiesto la sexualidad. Todo esto hace que sea muy distinto el modo en que nos relacionamos con el paciente. En este sentido, destacaría particularmente lo que pasa cuando se pone en juego el cuerpo, tanto en el vínculo en el consultorio como fuera de él.

Una anécdota muy ilustrativa en ese sentido es lo que contaba la persona que fue secretaria de la institución en la década del 70. Frecuentemente veía que en una misma habitación del lugar donde se hacían los seminarios y las actividades científicas dos personas se daban la espalda sin moverse de ahí ni saludar a la otra. No entendía lo que pasaba. Pero tampoco la conformaban demasiado las explicaciones cuando le decían que era necesario mantener esa distancia para preservar la neutralidad del vínculo del paciente con su analista. ¿Cómo podía ser que esa relación en la que se jugaban tanto los afectos pudiera ser tan neutra? Las interrogantes no habían desaparecido.

Esas mismas preguntas también nos convocaron a muchos de nosotros, que fuimos dejando de lado la noción de neutralidad. La necesaria discriminación en cuanto al lugar del analista y el del paciente se logra con la abstinencia que el analista modulará según lo singular propio de cada situación (Schkolnik, 1998). La recreación de una situación originaria fallante en una relación por momentos muy marcada por

el transactivismo plantea el riesgo de establecer vínculos fusionales. Sin embargo, por esos momentos de indiscriminación también es necesario transitar, buscando siempre la forma de sostener el posicionamiento analítico, amenazado por la vertiente narcisista de la contratransferencia y la transferencia, con un permanente trabajo de autoanálisis. Es en este sentido de la indiscriminación que podríamos relacionar el análisis con el taoísmo, en sus aproximaciones y diferencias. El tao busca superar la discriminación con los sueños, para llegar a lo que supone la aspiración a la verdadera identidad. Y el camino del análisis también implica el acercamiento a lo indiscriminado vinculado al trabajo en las fronteras entre consciente-preconsciente e inconsciente, en esa situación tan particular que se crea en transferencia, que favorece un cierto borramiento entre el sueño y la fantasía con la realidad. Pero a diferencia de lo que ocurre en el tao, junto con ese tránsito por momentos de relativa indiscriminación en el análisis está también la necesaria discriminación promovida por la abstinencia, los distintos elementos del encuadre y el posicionamiento analítico, que contribuyen al trabajo elaborativo y habilitan el acceso a la condición subjetiva en el campo de la transferencia. En esta perspectiva, diríamos que Chuang Tzu habría logrado cambios importantes al soñar que era mariposa, distinguirse de ella al despertar y a la vez conservar las marcas de ese y otros sueños en el ámbito de lo fantasmático. Esa es la riqueza de la apertura a nuevos sentidos que puede aportarles el análisis al paciente y al analista.

Respecto a lo que entendemos por apertura a nuevos sentidos en el análisis, me ha resultado esclarecedor un aporte de la lingüística que hizo Prieto, citado por Mounin (1979), acerca de la diferencia entre sentido y significado. Mientras que el significado supone una relación universal, fija, con el referente, el sentido se aplica a lo singular, es siempre móvil y relativo; varía según el lugar, el momento, los interlocutores y el objeto del que se trata.

Por eso planteamos que el análisis da lugar a nuevos sentidos a partir del trabajo elaborativo de desligar y ligar distintos textos, jirones de recuerdos y ocurrencias que se dan en el juego de transferencias entre el paciente y el analista en el marco de un código común que se va construyendo entre ambos. No se trata de encontrar el significado de los síntomas ni develar

verdades ya establecidas de una realidad psíquica siempre inalcanzable, que llega fragmentariamente y transformada tomando formas que se relacionan con el encuentro con otro que escucha a partir de sus propias vivencias y su historia. Es a partir de esto que concebimos los cambios que pueden lograrse con el análisis.

Podríamos decir que las condiciones para la analizabilidad pasan por la posibilidad de enfrentar las oscuridades del sujeto respecto de sí mismo, movido por el deseo sostenido de procesarlas en alguna medida, tolerando el dolor y la angustia que necesariamente produce recorrer esos caminos que lo acercan a lo más enigmático de sí. Es con la expectativa de encauzar mejor el papel determinante que lo desconocido inconsciente tiene en su vida que surge el deseo de establecer el vínculo con alguien al que inviste particularmente como compañero en un «viaje» que tal vez es más importante por lo que se da en el tránsito que por el destino que se pretende alcanzar. En este marco podrá darse lo que entendemos por analizabilidad, en el que están presentes los conceptos básicos que definen el campo propio del psicoanálisis. Por una parte, el apuntar a lo desconocido que nos remite a lo inconsciente y a la división fundamental del psiquismo a partir de la represión, estructurante del sujeto y fuente de conflicto psíquico. Y por otro lado, el deseo, como motor que responde a la fuerza de lo pulsional, pondrá en juego la sexualidad en sus muy diversas expresiones a partir de la transferencia, promoviendo un vínculo en el cual se repiten pero también se recrean vivencias anteriores. El cambio psíquico al que puede llegar cada paciente no podrá darse sino en el marco de los límites que le permiten las resistencias, que a su vez nos remiten a la «roca» que define lo interminable del análisis (Freud, 1937).

El retorno de lo familiar puede llegar a adquirir un carácter verdaderamente inquietante (*unheimlich*) cuando se pone de manifiesto lo secreto, incestuoso, indiscriminado que proviene de generaciones anteriores. En estos casos, la presencia de identificaciones patógenas que comprometen la represión originaria y la identificación primaria, pacientes que ubicamos en las fronteras de la neurosis o más allá de ellas, requiere un trabajo de desidentificación valorando siempre los riesgos y los límites que se deben tener en cuenta en lo singular de cada situación. Puede resultar muy difícil de tolerar el trabajo de desidentificación para el paciente cuando hay

carencias importantes en la represión originaria que lo llevan a levantar sus propios muros ante la vivencia de un derrumbe psíquico al perder los referentes fundamentales en los que se sostiene su constelación identificatoria, particularmente con relación a la identificación primaria.

La analizabilidad suele vincularse frecuentemente a la noción de pensamiento analítico. Un concepto discutible, si entendemos el pensamiento como se maneja en el ámbito científico, filosófico o epistemológico, referido habitualmente al conjunto de operaciones mentales que se vinculan al terreno de lo conceptual, el juicio y la razón (Abbagnano, 1991). En ese sentido se podría decir que caemos en un planteo que no toma en cuenta los efectos de la incidencia del inconsciente, que da lugar a un modo de funcionamiento psíquico con una lógica muy distinta de la que gobierna la conciencia y la razón. Sin embargo, también es factible plantear, desde un punto de vista epistemológico, la coexistencia de una lógica propia de lo inconsciente con otra que caracteriza el registro consciente-preconsciente instaurando precisamente los cimientos en los que se sostienen la teoría y la práctica del psicoanálisis.

Los funcionamientos contradictorios en el psiquismo propios del sujeto del psicoanálisis no responden a una supuesta unicidad, sino al dinamismo de una permanente situación de conflicto en el plano psíquico. En este sentido, la concepción del sujeto que surge a partir de los planteos freudianos acerca de la estructuración psíquica configura un verdadero corte epistemológico cuyos efectos han desbordado el campo propio del psicoanálisis, incidiendo en los distintos ámbitos de la cultura del siglo xx y los comienzos del xxi.

El interés en establecer los diferentes elementos que suelen incluirse en la noción de pensamiento analítico tiene que ver en última instancia con nuestra concepción del análisis como una práctica siempre abierta a la interrogación de los postulados teóricos y del método. En esa línea están las necesarias reformulaciones acerca de las condiciones de analizabilidad, los criterios acerca de la cura, los indicadores del fin del análisis, las posibilidades de autoanálisis y, en etapas posteriores, los nuevos destinos de la transferencia en la situación que Laplanche (1987) caracteriza como «transferencia de la transferencia». Seguramente podríamos seguir mencionando muchos otros puntos que remiten a las múltiples interrogantes que

se plantean actualmente en nuestra disciplina y los muy distintos planteos que se han formulado en ese sentido, propios del pluralismo que se ha ido desplegando después de Freud. Sin embargo, lo que verdaderamente importa es destacar que se mantienen los conceptos fundamentales y postulados compartidos que nos permiten sostener la identidad del psicoanálisis.

Si bien las condiciones de analizabilidad se despliegan por efecto de la transferencia, cabe preguntarse si hay un germen de pensamiento analítico vinculado a características estructurales del psiquismo. Hay personas que nunca accedieron al análisis y sin embargo disponen de una permeabilidad consciente-inconsciente que les permite un contacto importante con su mundo interno sin quedar limitadas al registro meramente racional. En ellas tal vez habría un predominio de lo que Green (1973) cataloga como función objetalizante, en tanto el paciente logra establecer un vínculo importante con un objeto significativo que permite los cambios en el psiquismo. Este vínculo con una persona, una institución o una producción de índole muy variada permite una mayor movilidad en el plano de representaciones y afectos. El encuentro analítico con ese otro cuya investidura instauro la transferencial también incide en las posibilidades de cambio psíquico.

Por otra parte, hay pacientes con dificultades importantes para analizarse, aunque intenten hacerlo durante muchos años con los más diversos y prestigiosos analistas. Sin embargo, la experiencia nos enseña que a partir de un trabajo sostenido del analista, apostando fuertemente a la función objetalizante para lograr el necesario trabajo con la desmentida y las escisiones para intentar mayores posibilidades de simbolización, se pueden lograr avances en cuanto a la analizabilidad.

¿Qué factores inciden en las posibilidades de cambio en el paciente en cuanto a la relación entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente en el a posteriori de la situación analítica? En primer lugar hay que destacar el deseo de análisis vinculado a la curiosidad frente a lo desconocido que pueda surgir en ese trabajo en común que se disponen a realizar ambos, manteniendo una postura abierta frente a lo desconocido, sin someterlo a teorizaciones defensivas. Pero ese deseo se da junto con vivencias que en alguna medida son desestabilizantes y pueden llegar a ser una fuente de sufrimiento importante. Así como al niño los enigmas a los que se ve

enfrentado le resultan en alguna medida de carácter traumático y a la vez promotores del crecimiento psíquico, al paciente lo convocan como deseante en un movimiento que apunta a iluminar esas oscuridades y al mismo tiempo provoca dolor psíquico porque lo enfrentan a sus carencias, sus límites y sus pérdidas.

Respecto a las distintas posibilidades de analizabilidad que puede tener alguien al enfrentarse a lo enigmático de su mundo interno en el análisis, me ha resultado ilustrativo lo que propone Roussillon (1991), que a mi modo de ver da cuenta de las diferentes formas en que diferentes pacientes traen al análisis un mismo acontecimiento externo.

Se trata de un hombre que camina por el jardín y pasa frente a una estatua que un golpe de viento derriba de repente sobre él. Un primer paciente lo trae al análisis como un accidente, un acontecimiento que no asocia con nada propio; es algo ajeno, objetivo. Otro lo vive como algo doloroso, lo accidental cobra el valor de enigma, la realidad ya no es indiferente sino que refleja algo del propio sujeto. «¿Por qué tenía que pasarme esto a mí?», se pregunta. Y un tercero no se debate, la estatua lo aplasta, se pega a él; enfrentado a lo que se ofrece como su destino, queda preso, fijado, inmovilizado.

Si trasladamos esto a la tarea analítica, podríamos decir que, en la primera situación, el trabajo analítico encontrará importantes resistencias y solo podrá generarse un terreno propicio para el análisis si en alguna medida se logran modificar esas defensas en las que el paciente permanece encorsetado. El acontecimiento de la estatua queda vinculado en este caso solamente a una realidad objetiva. El paciente no lo conecta para nada con su mundo interno, no permite que se ponga en juego la vinculación con sus propias mociones pulsionales y su historia, para trabajarla en el análisis.

En el segundo caso, se produce transitoriamente un borramiento parcial de la diferencia entre realidad externa e interna. En la caída de la estatua el sujeto puede encontrar reflejado en alguna medida algo de su propio mundo interno, acercarse a sus enigmas y contactar con el dolor psíquico. Se actualizan y activan marcas anteriores en las que también se sintió aplastado y lo objetivo queda necesariamente impregnado por lo pulsional. Ese borramiento relativo de la diferencia entre la realidad externa y la interna permite el acercamiento a una realidad psíquica que se

juega esencialmente en el escenario de la fantasía, como puesta en escena de un mundo interno en el cual desempeña un papel primordial lo que insiste desde lo inconsciente, instaurando el sujeto del psicoanálisis. El acontecimiento actual, que en la historia de Roussillon tiene que ver con la caída de la estatua y en el análisis con lo que ocurre en el ámbito de lo transferencial, da lugar a un trabajo psíquico con esa interrogante fundamental: «¿por qué tenía que pasarme esto a mí?». A partir de esa pregunta podrá darse el necesario despliegue de la fantasmática que responde a una movilización interna que se inscribe en su mundo representacional y afectivo, generando a su vez nuevas interrogantes frente al desconcierto que produce el enfrentamiento a lo enigmático. El trabajo de perlaboración tendrá entonces la chance de posibilitar la emergencia de nuevos sentidos en el a posteriori del escenario analítico, en tanto el sujeto pueda tolerar las necesarias limitaciones de lo que en última instancia permanecerá siempre como incognoscible (Schkolnik, 2001).

La tercera escena nos lleva a pensar en carencias importantes en la simbolización por fallas que comprometen la represión originaria y hacen que el paciente no pueda sostenerse en su condición de sujeto, preso de su destino, sumergido en lo ominoso, alienado en la extrañeza de lo desconocido familiar. En sus intentos de salida solo puede recurrir a escisiones y actuaciones de diversa índole vinculadas al predominio de las defensas primitivas. En este caso, las posibilidades de análisis, que aparecen muy limitadas, estarán orientadas en la medida de lo posible a la ampliación del espacio psíquico mediante un trabajo sostenido en la transferencia, estableciendo ligazones en una malla representacional aparentemente muy fallante, junto con necesarias desligazones para promover la desidentificación de identificaciones patógenas y favorecer los procesos de discriminación, intentando disminuir la incidencia de las defensas arcaicas para aumentar los recursos yoicos y lograr mejores condiciones de simbolización (Schkolnik, 2003).

En cuanto a las características del psiquismo que permiten el enfrentamiento a lo enigmático de nosotros mismos, es necesario tener en cuenta las posibilidades que tiene cada sujeto de diferenciar el yo del no-yo en función de cómo se ha dado la estructuración psíquica, que a su vez depende en gran medida de una imprescindible intrincación pulsional

vinculada a las vivencias con los objetos primordiales. Si pensamos que con la represión originaria se instaura la división consciente-inconsciente, con la cual no solo se crea el ámbito de lo inconsciente, sino que se establecen los primeros esbozos del yo, llegamos a valorar la importancia del carácter estructurante de esta para disponer de un espacio psíquico suficiente para tramitar lo desconocido que permanentemente convoca al sujeto, tanto desde su mundo interno como desde el exterior.

Laplanche (1987) nos aporta elementos para pensar en este sentido con su teoría de la seducción generalizada, en la que subraya la prioridad del otro para la estructuración psíquica a partir de la situación asimétrica que se da en los primeros encuentros con la madre. En esta perspectiva, la seducción que el adulto ejerce sobre el niño se vincularía a los mensajes que provienen de sus deseos sexuales inconscientes, que el *infans* no puede descifrar por su propia inmadurez pero que terminan haciendo marca en él con el carácter de significantes enigmáticos, para constituir finalmente lo reprimido originario. Las condiciones en las que se dan estos primeros vínculos son entonces muy importantes para la asunción de la subjetividad, particularmente en cuanto a los efectos de un exceso de presencia o de ausencia del objeto primordial. Es en este sentido que Laplanche (1992) distingue las nociones de implantación y de intromisión, muy próximas a lo que Piera Aulagnier (1975) cataloga como violencia primaria y secundaria.

Las fantasías originarias y las teorías sexuales infantiles son algunas de las construcciones con las cuales se intenta en cierta medida procesar los enigmas que surgen de la relación con los primeros objetos. Se establecen así los cimientos de ese psiquismo en formación en el que lo fantasmático juega un papel fundamental para el trabajo de simbolización que se dará en el a posteriori habilitando la posibilidad de un pensamiento analítico. Si la diferenciación entre el yo y el no-yo no se realiza suficientemente, el paciente recurre a defensas rígidas o a actuaciones a nivel de la palabra, el cuerpo o la motricidad que lo distancian del trabajo analítico, porque, como plantea M. de M'Uzan (1994), no dispone de cierta tolerancia a las vivencias de despersonalización que requiere ese trabajo y que surgen a partir del borramiento transitorio de los límites entre el mundo interno y el mundo exterior.

La etimología de enigma como la trae Corominas (1961) resulta interesante porque nos dice que el término deriva del latín *aenigma*, y este, del griego *áinigma*, que significa ‘frase equívoca y oscura’, derivado a su vez de *ainíssomai*, ‘doy a entender’. A la idea de oscuridad se le suma entonces la del movimiento que supone dar a entender lo que se esconde tras ella. Pero también se agrega la noción de lo equívoco, que según el *Diccionario* de María Moliner (1992) significa ‘palabra o expresión que tiene dos significados o se puede interpretar de dos maneras’, algo que necesariamente tiene que estar siempre presente en nuestra escucha.

Freud (1926) plantea en *Inhibición, síntoma y angustia* que el dolor responde a la vivencia de pérdida del objeto real o fantasmático, a diferencia de la angustia, que se vincula con la amenaza de pérdida. ¿Cómo pensar el dolor en la experiencia de análisis, tanto en el paciente como en el analista? ¿Cómo trabajar con esas carencias y pérdidas que trae el paciente? El intento será siempre en el sentido de que el paciente pueda contactar en alguna medida con ese dolor mediante un trabajo que apunte a que pueda acercarse a lo inconsciente reprimido y escindido sin quedar invadido ni paralizado por el impacto emocional que esto le produce. Un tránsito que solo podrá realizarse verdaderamente de un modo vivencial, «encarnado», sin caer en construcciones teóricas frías que estarán siempre lejos del mundo de las representaciones y las pulsiones propio de lo inconsciente. El enfrentarse a las pérdidas y carencias implica un compromiso emocional importante, conmueve fuertemente al sujeto, y la posibilidad de hacerlo sin obturarlas rápidamente con sustituciones o desconocerlas mediante la desmentida constituye una condición fundamental para procesarlas. A esto se refiere Pontalis (1977) al plantear que el dolor está en los confines del cuerpo y la psiquis, de la vida y la muerte. Y termina el último capítulo de su texto diciendo que «un analista que ignora su propio dolor psíquico no tiene ninguna posibilidad de ser analista, así como el que ignora el placer —psíquico y físico— no tiene chance de continuar siéndolo».

En cuanto a la relación que se puede establecer entre el dolor psíquico y el corporal somático, creo que así como este último nos remite a un modo nuevo de relacionarnos con nuestro cuerpo, el dolor psíquico nos posibilita otras formas de relación con nuestro mundo interno a partir de una experiencia vivencial importante. En ese sentido, Green (1973)

subraya la importancia del dolor al sostener que si acompañamos el planteo freudiano respecto al afecto en general como una descarga interna, el dolor nos remite al modelo del afecto de manera más explícita que la experiencia de satisfacción.

Volviendo al objetivo que nos planteamos para este trabajo, en cuanto a la perspectiva desde la cual nos ubicamos en el análisis en el marco de la transferencia, Rubén Darío (1954) nos presta su voz y su mirada de poeta para trasladarnos, con el «Coloquio de los centauros», a esos seres monstruosos que son mitad hombre y mitad caballo, en ese cruce de caminos en el cual encontramos el enigma, con un «aroma del sexo», que impregna un mundo en el que confluyen el bien y el mal, el dolor y el placer, el odio y el amor, la vida y la muerte. ♦

RESUMEN

Este trabajo se propone abordar el tema de la analizabilidad jerarquizando particularmente las posibilidades de un sujeto para enfrentarse a los enigmas que surgen por efecto de lo inconsciente en el psiquismo. Ese intento de trabajar con lo enigmático y desconocido de sí mismo enfrenta al sujeto con sus carencias, se acompaña del dolor psíquico, pero a la vez permite el crecimiento en el plano del psiquismo. Queda planteada la interrogante acerca de la noción de pensamiento analítico y la posibilidad de que exista un germen de este, que se despliega en el análisis y que también estaría presente en personas que nunca accedieron a la experiencia del análisis propiamente dicho. Personas que disponen de esa necesaria permeabilidad en la relación consciente-inconsciente que les permite contactar con su mundo interno sin quedar limitadas al registro de lo meramente racional. Dado que el trabajo del análisis implica la posibilidad de un borramiento transitorio de límites yo-mundo exterior para permitir la emergencia de lo inconsciente, se plantea que las condiciones de analizabilidad favorecidas por el trabajo del analista en la transferencia dependerán de una estructuración psíquica en la que la represión originaria haya permitido en alguna medida el establecimiento de la diferenciación entre yo y no-yo junto con una intrincación pulsional habilitadora de esta.

Descriptores: ANALIZABILIDAD / CAMBIO PSÍQUICO / ABSTINENCIA / SIMBOLIZACIÓN
/ DOLOR /

SUMMARY

The paper is an attempt to approach the analytic task by placing it in the space which is constituted between the states of wakefulness, dream and phantasy, where analyst and patient confront the enigmas that arise as an effect of the unconscious in the psyche. A situation that necessarily refers back to needs, obscurities and psychic pain.

In turn, approaching the unknown, in the setting of the transference, gives rise to a mobilization that opens the possibilities for changes and

growth at the psychic level. The conditions for analyzability will depend on the characteristics of the psychic structure. A germ of analytic thinking has to be displayed in the transference so that it enables a transient withdrawal of the limits between the internal and external worlds, in order to allow an approach to the unconscious. This assumes a primal repression that has allowed sufficient ego-not ego discrimination, together with a drive mixture which makes it possible.

Keywords: ANALIZABILITY / PSYCHIC CHANGE / ABSTINENCE / SYMBOLIZATION / PAIN /

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, N. *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- CHUANG TZU (III a. C.). «Sueño de la mariposa». En *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Contemporánea-Ed. de Bolsillo, 2013.
- COROMINAS, J. (1961). *J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1976.
- DARÍO, R. (1896). «Coloquio de los centauros». En *Prosas profanas*. Madrid: Aguilar, 1954.
- DE M'UZAN, M. (1994). *La boca del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- FREUD, S. a) (1900). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- b) (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- c) (1937). *Análisis terminable e interminable*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- GREEN, A. (1973). a) *La concepción psicoanalítica de los afectos*. México: Siglo XXI, 1975.
- b) (1993). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- LAPLANCHE, J. (1987). a) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- b) *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- MOLINER, M. (1992). *Diccionario del uso del español*. Madrid: Gredos.
- MOUNIN, G. *Diccionario de lingüística*. Barcelona: Labor, 1979.
- PONTALIS, J. B. a) (1977). *Entre el sueño y el dolor*. Buenos Aires: Sudamericana, 1978.
- b) *La force d'attraction*. París: Seuil, 1990.
- ROUSSILLON, R. (1991). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- SCHKOLNIK, F. a) «Neutralidad o abstinencia». En *RUP* 89, 1998.
- b) «Los fenómenos residuales y la represión originaria». En *RUP* 94, 2001.
- c) «Transferencia negativa y narcisismo». *RUP* 97, 2003.

Escuchando las voces del cuerpo¹



ALICE BECKER LEWKOWICZ & SERGIO LEWKOWICZ²

A medida que aprendí a silenciar mis prejuicios, descubrí que podía reconocer la evidencia que estaba presente, en lugar de lamentarme por la que estaba ausente. Cuando mis oídos se acostumbraron al silencio, los pequeños sonidos se hicieron más fáciles de oír.

BION, 1977, p. 35

Wilfred Bion (1977), en su texto sobre la *Tabla*, al que también pertenece la cita del epígrafe, describe cómo se quedaba aguardando las palabras de un paciente tartamudo, angustiándose con su dificultad para articularlas, hasta que resolvió fijarse en el tartamudear mismo del paciente, percibiendo que este estaba comunicándose con él, pero de otra manera.

Pensamos que ese tipo de escucha propuesto por Bion y retomado por Ogden y Ferro, entre otros autores contemporáneos, permite buscar el discurso que está más allá de las palabras, lo que favorecerá la interacción emocional con el paciente, una mayor aprehensión de su realidad psíquica y el crecimiento emocional de la pareja analista-paciente.

Tenemos la impresión de que estamos viviendo un momento cultural en el que se retoma el uso del cuerpo como vehículo de comunicación y estructuración de la identidad de género. Quizás en un intento de encontrar algo sólido en una modernidad líquida (Bauman), se observa un gran

1 Trabajo presentado en el 47.º Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional. México, 2011.

2 Miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. sergio.lewkowicz@gmail.com.uy

interés por el cuidado del cuerpo mediante las más variadas actividades físicas, dietas, cirugías estéticas, tatuajes e incluso dimorfismos.

Ponemos de relieve que la escucha de las voces del cuerpo, la polifonía inscrita en lo corporal, en el sentido descrito por Bajtin, abre una serie de posibilidades para oír al paciente, en el presente trabajo particularmente respecto a su género. Bajtin, crítico literario ruso del siglo xx, que se dedicó a la interpretación de textos literarios, concluyó que en todo discurso existe una polifonía vocal en acción, en acto, compuesta por muchas voces, muchos estilos. La unidad del texto es siempre el resultado de una fusión de diversas voces, más o menos integradas y articuladas en un género específico de discurso. El resultado de ese conflicto entre unidad y diversidad lleva a un ser heterogéneo que solo puede ser pensado en el diálogo con un otro. Esa dimensión de los relacionamientos interpersonales como esenciales en la formación del individuo aproxima a Bajtin al psicoanálisis. El concepto de polifonía de voces y la diversidad en la unidad surge como una mejor posibilidad de visualizar la complejidad psíquica del individuo (Bajtin, Amatti-Meller et al., 1990). Pensamos que esta aproximación es particularmente útil con relación a la identidad de género, una unidad que está compuesta por diversidades.

La constitución de una auténtica identidad de género es un proceso extremadamente complejo. Partiendo del cuerpo y pasando por las experiencias de diferenciación de la madre, se lograría diferenciar a los padres (masculino y femenino) y pasar a resignificar las vivencias personales en términos de masculino y femenino, lo que implica un largo trabajo de identificaciones y desidentificaciones.

Algunos autores psicoanalíticos vienen llamando la atención sobre los «discursos o teatros del cuerpo» (McDougall, 1989), como también sobre el desarmado del cuerpo en las relaciones virtuales (Moreno, 2002). Así, nos parece que el cuerpo muestra, y al mismo tiempo oculta, muchos significados. Eso nos pareció ricamente ejemplificado en el libro *El hombre ilustrado*, de Ray Bradbury (1951). El personaje principal tiene todo el cuerpo tatuado con dieciocho ilustraciones que cobran vida por la noche y cuentan sus historias a un narrador. Esas imágenes se transforman en los dieciocho cuentos del libro.

Dice el narrador del libro:

El hombre ilustrado volvió hacia mí la cabeza, mostrándome el pecho.

—¿Están todavía ahí? —me preguntó.

Durante unos instantes no respiré.

—Sí —dije—, están todavía ahí.

Las ilustraciones.

—Me cierro la camisa a causa de los niños —dijo el hombre abriendo los ojos—. Me siguen por el campo. Todo el mundo quiere ver las imágenes, y sin embargo nadie quiere verlas.

El hombre se sacó la camisa y la apretó entre las manos. Tenía el pecho cubierto de ilustraciones, desde el anillo azul, tatuado alrededor del cuello, hasta la línea de la cintura.

—Y así en todas partes —me dijo adivinándome el pensamiento—. Estoy totalmente tatuado. Mire.

Abrió la mano. En la mano se veía una rosa recién cortada, con unas gotas de agua cristalina entre los suaves pétalos rojizos. Extendí la mano para tocarla, pero era solo una ilustración.

En la perspectiva de un caso clínico:

Ana buscó tratamiento después de descubrir que su compañera estaba intercambiando e-mails con otras mujeres. Tuvieron una fuerte discusión y quedó insegura sobre cómo debería actuar. Están juntas desde hace más de cinco años, y no es común que haya peleas o celos entre ellas. Sin embargo, tras ver los e-mails quedó muy indignada e insegura. Claudia, la compañera, explicó que eran solamente contactos virtuales y ocasionales que no significaban una traición, y que Ana estaba haciendo mucho «drama». La paciente comenzó a sentir náuseas y dolores abdominales y terminó por ser orientada hacia la consulta por sus amigas.

Ana tenía treinta y seis años de edad y su apariencia me llamó la atención. Es una mujer bonita, de ojos azules y rasgos delicados, es delgada y se viste con ropas deportivas y joviales. Como era verano, sus ropas, cortas y livianas, dejaban al descubierto brazos, piernas y pies. Fui observando que tenía tatuajes en las muñecas, en los dedos de manos y pies, que parecían joyas o adornos. Eran como anillos y pulseras en los brazos y pies, pero

eran tatuados. Además, usaba una parte del pelo muy corta, con un trecho rapado, y otra parte larga. La parte corta era rubia y la parte larga, teñida, en el inicio era más roja, pelirroja, pero el color fue cambiando a lo largo del tratamiento. Su manera de caminar también transmitía extrañeza, pues a pesar de una postura masculina, presentaba movimientos delicadamente femeninos. En este primer contacto con Ana, me intrigaron los adornos, que traté de aclarar si eran joyas o tatuajes; capturado, dediqué bastante tiempo a observar esas marcas en su cuerpo.

Me contó que la relación con su compañera era muy buena y que tenían una vida muy estable y casera. Me explicó que se casó a los veintitrés años de edad, con su primer novio, pero que a lo largo del matrimonio, que duró cuatro años, fue desinteresándose del marido y fue observando que sentía más atracción por mujeres que por hombres. Terminó por separarse y luego inició una relación con una mujer que vivía en Río de Janeiro. Así, a veces se encontraban aquí (Porto Alegre), otras en Río. Después de tres años, la compañera le dijo que estaba enamorada de otra y la dejó. Quedó muy deprimida, pensó en suicidarse y realizó un tratamiento psiquiátrico, que incluyó el uso de antidepresivos. Describió que no sintió nada así cuando se separó del marido, quizá porque había sido iniciativa suya.

Ana es la mayor de dos hermanas. Su madre tiene una red de tiendas de ropa femenina. Dos son de ropa y una de ropa interior. Describe a la madre como una persona muy fuerte, autoritaria y que siempre la trató como tonta e irresponsable. Cree que eso se debió a sus dificultades escolares, pues no le interesaban mucho los estudios. El padre es funcionario de una gran empresa, tiene un sueldo bajo y es muy criticado por la madre. Ana, a su vez, tiene una tienda de productos de belleza, incluso perfumes, jabones, aceites y cremas.

Cuenta que siempre tuvo dificultades para separarse de la madre, recuerda su sufrimiento para adaptarse en la escuela, pues creía que la madre no iría buscarla. Durante toda su niñez tuvo miedo de que la madre muriera y quedara desamparada. Su hermana es cinco años menor que ella y trabaja en las tiendas de la madre.

Ana siempre se sintió muy alejada de la madre. La madre, a su vez, una persona muy ocupada, una empresaria exitosa, sin tiempo para las hijas y muy exigente y crítica con todos, se justificaba diciendo que es de origen

alemán y que los hijos tienen que ser educados con mucha disciplina, «como los militares».

Durante la adolescencia no salía mucho de casa, prefería quedarse mirando televisión. Nunca tuvo un novio fijo, solamente unos *flirts* con muchachos, y una vez salió con un hombre mayor con quien perdió la virginidad.

Se casó luego con el primer novio, y a sus padres les gustaba mucho esa relación, pues el muchacho además de rico era muy gentil con todos. Durante el matrimonio experimentó drogas con el marido, principalmente marihuana y cocaína. No tenía relaciones sexuales frecuentes, el marido viajaba mucho y ella se quedaba y salía con sus amigas, algunas de ellas homosexuales. Comenzó a notar una fuerte atracción por las mujeres y terminó asumiendo su homosexualidad. En el comienzo, los padres se sintieron muy conmocionados tanto por su separación como por su homosexualidad, pero terminaron por aceptar ambas circunstancias.

Durante el matrimonio comenzó a preocuparse por su cuerpo. Frequentaba gimnasios prácticamente todos los días. Además, corría en días alternados. Cuidaba mucho su peso y cuando engordaba hacía dietas muy radicales.

Después de la separación siguió con esos cuidados del cuerpo, y con Claudia empezó a practicar vela. A ambas les gusta mucho el deporte y viajan para practicarlo. Claudia es unos diez años mayor y es una profesional liberal exitosa. Ambas dividen los gastos y compran bienes a nombre de las dos. Están jurídicamente regladas por un documento de unión estable. Ana quiere casarse, pues esto ya es posible en Brasil, pero Claudia no está de acuerdo. Las relaciones sexuales son descritas como satisfactorias, pero no son frecuentes. Describe: «son distintas de lo que son con hombres, son más delicadas y sensibles, siempre hay un romanticismo que con los hombres no pasa. Los hombres son mucho al pan, pan y al vino, vino, no hay esos detalles que me gustan con las mujeres».

Ana muestra en sus tatuajes objetos particularmente femeninos como joyas, pulseras y adornos. Sin embargo, esos objetos son imágenes que están marcadas en el cuerpo. Eso parece mostrar una búsqueda de una identidad femenina. La madre viste y adorna a mujeres, y Ana se adorna como mujer, pero no se siente segura de poder mantener el interés de la compañera.

¿Cómo escuchar las varias voces que hablan a través del cuerpo de Ana? Cuando el analista conoce a Ana queda intrigado y desea «aclarar» si las joyas son verdaderas o tatuadas. ¿Por qué los tatuajes no serían verdaderos? ¿Cuál es la verdad de Ana? Entre los olores que Ana vende, ¿cuál sería el suyo propio? ¿Los contactos «virtuales» de su compañera con otras mujeres no deberían tener el significado de verdaderas traiciones?

Desde nuestra mirada, el impacto promovido por la ambigüedad de las manifestaciones corporales de género de Ana debe ser acogido y tolerado. Solamente así esas voces podrán hacerse audibles y quizás transformarse en cuentos que pueden ser compartidos entre ella y el narrador-analista. Clasificarlas en nuestros parámetros habituales de masculino y femenino sería repetir la lengua materna entendida por Ana como una lengua de alejamiento y disciplina.

El cuerpo para Ana parece ser el escenario donde intenta expresarse como sujeto. Con la eclosión de la pubertad, pasó a frecuentar gimnasios y a correr. Presentó por algunos años episodios de bulimia y también tuvo anorexia. Cuando se separó del marido pasó a tatuarse. Cuando Ana llega en busca del tratamiento actual, transmite el dolor por la «traición» de la compañera a partir de náuseas y dolores abdominales. Nuevamente, el malestar provocado por la amenaza al vínculo se revela en el cuerpo.

En el final del libro de Bradbury, el narrador se reconoce como personaje del último tatuaje y, cuando ve que al hombre ilustrado lo están estrangulando, huye desesperado. A diferencia del narrador del libro, se espera que el analista pueda tolerar las amenazas a su propia identidad al sostener la ambigüedad provocada por las diferentes voces de la sexualidad presentes en el campo analítico. En el transcurso del tratamiento, Ana dejó en la sala de espera del analista un perfume ambiente; deseaba dejar el aire «más perfumado». Así, escenifica en la relación analítica el drama de una madre y una hija envueltas en perfumes y ropas femeninas intentando dar cuenta de una identidad cuya *rêverie* parece haber sido insuficiente.

Pensamos, con Bion (1977), que tenemos que perfeccionar nuestra escucha, reconociendo nuestros prejuicios, para poder percibir la polifonía de voces presentes en el campo. Solamente de esta forma podremos oír los «pequeños ruidos», particularmente la ambigüedad y la complejidad presentes en el cuerpo.

Así, dejamos de preocuparnos por si las joyas de Ana son verdaderas o falsas y pasamos a escuchar las historias de esas imágenes en la búsqueda de sentido y de reconocimiento. ♦

RESUMEN

A partir del caso de una paciente que presenta el cuerpo tatuado con imágenes de joyas, los autores tejen consideraciones respecto de la «polifonía de voces» (Bajtín) que pueden estar presentes en el cuerpo. Basándose en el libro *El hombre ilustrado*, de Ray Bradbury, buscan comprender los tatuajes como comunicaciones de las diferentes voces de la sexualidad de la paciente y la dificultad para escucharlas.

Descriptores: CUERPO / IDENTIDAD DE GÉNERO / TATUAJE / ESCUCHA / MATERIAL CLÍNICO /

SUMMARY

Departing from the case of a patient who has the body tattooed with jewels, the authors try to describe the «voices polyphony» (Bakhtin) that might be present within the body. Using Ray Bradbury's *The illustrated man* the authors try to understand the tattoos as communications of the different voices of the patient's sexuality and the difficulty to listen to them.

Keywords: BODY / GENDER IDENTITY / TATTOO / ANALYTIC LISTENING / CLINICAL MATERIAL /

BIBLIOGRAFÍA

AMATI-MEHLER, J., S. ARGENTIERI, J. CANESTRI (1990).
A Babel do inconsciente. Río de Janeiro: Imago,
2005.

BION, W. (1977). *La tabla y la censura*. Buenos Aires:
Gedisa, 1982.

BRADBURY, R. (1951). *El hombre ilustrado*. Buenos
Aires: Minotauro, 1955 (ed. digital 2002).

McDOUGALL, J. (1989). *Teatros do corpo*. San Pablo:
Martins Fontes, 1996.

MORENO, J. (2002). *Ser humano: La inconsistencia, los
vínculos, la crianza*. Buenos Aires: Libros del
Zorzal, 2002.

Sorprenderse, aún¹



MÓNICA VORCHHEIMER²

Obtenemos los mejores resultados terapéuticos en aquellos casos en los que actuamos como si no persiguiésemos fin ninguno determinado, dejándonos sorprender por cada nueva orientación y actuando libremente sin prejuicio alguno.

S. FREUD, 1912

¿Por qué escribir cuando, a veces, no hay nada excepcional para escribir? Quizás porque escribir es un modo de evitar que el asombro y el descubrimiento se desdibujen por la fuerza de la costumbre. Descontando que sin sorpresas no hay ni análisis ni analista, debemos sin embargo estar alertas para evitar que en ese microclima de habitualidad que se crea en el encuentro con el paciente se adormezca la capacidad de asombro y su camino hacia el descubrimiento. Parafraseando a Meltzer, recordaría que entre la rutinización y la inspiración debe mediar un trabajo sobre la contra-transferencia, vale decir, sobre la afectación del analista y su contribución ya sea obsesivizando la tarea o mediante una megalomanía creacionista.

La sorpresa no debe confundirse con la novedad ya que lo que nos sorprende es muchas veces una repetición que puede conducir hacia una vía inesperada, operando como una brújula para movilizar lo detenido, lo estereotipado que se anquilosa en muchos trayectos de *impasse* en todo análisis. Por ello, quisiera referirme aquí a la sorpresa que causa en el

1 Trabajo presentado en el Congreso Fepal, San Pablo, 2012.

2 Miembro titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
monicavorchh@gmail.com.

analista, paradójicamente, el encuentro con aquello que aunque se cree sabido se presenta con una cualidad asombrosa, como si fuera la primera vez, y de allí su eficacia al relanzar el proceso asociativo con una cualidad pasional que refresca el trabajo analítico.

UNA VIÑETA

Por diversas razones aquel verano no tomaba vacaciones; así se lo hice saber a Tomás, aclarando que naturalmente si él las tomaba yo no le cobraría esas sesiones. Me dijo que él tampoco tenía planes y que por lo tanto continuaría yendo al análisis.

Sin embargo, un lunes me pide que le cambie el horario del siguiente lunes dado que planificó un viaje con su padre. Tomo mi agenda para cambiar la hora. Por su trabajo, pedidos de cambio de hora no eran inusuales y formaban parte de la flexibilidad con que manejaba las estipulaciones horarias. Le pregunto si podría venir el miércoles, e inmediatamente me sorprende de no haberme dado cuenta de que el miércoles es ya un día regular de sesión. Él pareció no registrar mi desliz y yo estoy a punto de corregirme cuando me dice que el miércoles —esta vez por razones de trabajo— probablemente tampoco podrá venir en su horario, pero me lo confirmaría la vez siguiente.

Me sorprende nuevamente ante mi falta de sorpresa y la habitualidad con que tomé este pedido como si no mereciera una escucha analítica y fuera solo un asunto de agenda. Mi propio desliz me advirtió de que algo debía entrar en la conversación analítica. Cierro entonces mi agenda, reencauzando mi desvío en la escucha.

Me dice que estuvo monotemático, algo conocido: todo el fin de semana perfeccionando estrategias con relación a la nueva chica a cuya conquista se ha lanzado; no es que ella lo hubiera rechazado, pero le pidió ir despacio, lo que para él es como un *no*. El fin de semana tuvo un sueño en el que ella le decía que estaba en una relación; era como un rechazo, un *no*. En el sueño, *estaban en un lugar cerrado, no era al aire libre; el escenario es parecido a la casa de la abuela materna, algo de otra época. La mujer, con quien quiere tener una relación, le dice que está con otro*. Asocia con que sobre esta chica él piensa que es como una mina de las de antes, virgen,

por sus creencias religiosas. Eso le despierta aún más deseos, torcerle las convicciones, ganarle a Dios. El rival difícil la hace aún más atractiva.

Conocíamos muy bien esta configuración subyaciendo a sus elecciones de objeto, al modo en que Freud lo describió con maestría en su trabajo sobre celos, paranoia y homosexualidad (1921) o Meltzer (1965, 1976) con relación a los celos posesivos y delirantes. Sin embargo, aunque Tomás tenía una actitud cooperativa en el tratamiento, no toleraba cuando se le interpretaba la transferencia negativa, o lo «aceptaba» pero con ánimo de dar por cerrado el asunto sin nada que seguir considerando. Aumentaban su paranoia y la atribución a mí de una gran posesividad y de una especie de delirio de importancia; los dos sabíamos que hablar de la hostilidad en la transferencia era inaceptable.

A esta altura yo ya había tomado conciencia de que la naturalidad con que yo misma había recibido su pedido de cambio de hora obedecía a un aspecto personal mío con relación al trabajo y al dinero. Ya que no tomaba vacaciones, qué mejor que trabajar y cobrar. Pero este deseo atacaba mi posición de analista desviando la atención flotante; despejado, pude volver al material de Tomás y decirle que quizás la sesión también había tenido un comienzo conocido al pedirme el cambio de hora, pero que no deberíamos tomarlo así, ya que había una diferencia dada por el hecho de que él se iría de viaje y podría optar por no venir a la sesión, que yo no cobraría —como él debía saber—, a diferencia de lo establecido otras veces.

Se sorprendió mucho por mi observación. Dijo que de todos modos prefería pagar y no perder la hora, al punto de que organizó así su viaje para poder venir. Eso demostraba su interés por el análisis, con lo que yo estaba de acuerdo (transferencia positiva), aunque podía responder a otras motivaciones, agregué. Aclaró que él no consideraba este viaje con su padre como un viaje de vacaciones. Era solo un viaje y le parecía natural no perder la sesión. Le señalé que de este modo quedábamos igualados y que, además, pagando mantenía una suerte de statu quo en el que me mantenía, en el decir del sueño, en un lugar cerrado, bajo control, eludiendo tal vez la ansiedad que podía causarle dejarme «libre» con la hora libre y a merced de la curiosidad respecto de qué pasaría conmigo en la hora que él no ocupara.

(No incluí en mi interpretación, a fin de centrarlo en la relación trans-ferencial, la importancia que para Tomás tiene negar cualquier vínculo

amoroso con su padre; mediante una soberbia actitud hipercrítica se ubicaba en el lugar de padre de su padre eludiendo reconocer la invitación del padre de llevarlo con él de viaje a compartir los amigos de la infancia en un asado campestre.)

Me dijo que le parecería injusto si no le cambiara la hora y que lo que yo le decía podía ser, pero... «Ahora la batalla es con Dios Freud», agregó. Sonríe tocado. Luego de un silencio agrega que ahora ya estaba distraído, pensando en que al día siguiente organizaría sus reuniones de trabajo fuera de la oficina; quizás en el bar de enfrente de mi consultorio, que es muy agradable y donde últimamente se reúne con sus clientes. Como un chiste le interpreto: «¡Un buen mirador!».

En la sesión siguiente comenta que a la salida de la sesión del lunes decidió no ir a trabajar, lo que considera una buena cosa, dada su adicción al trabajo. Se sorprendió de lo productivo de su día, la pasó bien yendo y viniendo. A la noche tuvo otro sueño. Eran dos, aunque no recuerda el primero; solo sabe que, a diferencia de lo que venimos hablando —la necesidad de que haya un tercero detrás de la mujer deseada, con quien él compite—, esta vez eran dos mujeres que se peleaban por él. En el otro sueño *iba en su coche nuevo por una ruta, no sabe si del interior o de acá, y escucha un ruido en el aire; detiene el coche y descubre que una paloma estaba atrapada en la parrilla cromada, entre las barras horizontales, con un ala afuera y el resto encerrado, luchando por salir, medio viva, medio moribunda*. Asoció la paloma con la libertad, sentirse atrapado en su dilema amoroso actual le quita libertad, dijo. Cuando se engancha con una mina siente que se le mueve el piso. Esto ya era conocido también.

Sin embargo, nuevamente me sorprende ante la expresión de que «se le mueve el piso». Minutos antes me había «distráido» observando el piso de mi consultorio; tengo dos sillones frente al mío, donde atiendo parejas, y me llamó la atención observar que la madera estaba rayada solo debajo de uno de los sillones; me pareció raro, no lo había notado y pensé que podría aprovechar el verano para lustrarlo. Pero me llamé al orden rápidamente y volví a la escucha de Tomás.

Sin embargo, cuando él mencionó el piso que se le movía, volví a mi «distracción» sobre el piso rayado, *desparejamente* rayado. Una interpretación de la transferencia negativa volvía a tomar forma para mí, aunque con

los reparos de que se rompiera la paz. ¿Sería la paloma medio viva, medio muerta del sueño una paloma de la paz? Pero esta era una ocurrencia mía. ¿Me estaría equivocando, como parecía señalar Tomás en el primer sueño de las dos mujeres que, sin embargo, dijo que no recordaba bien? ¿Sería este precisamente el deseo que se realizaba en ese sueño, el de demostrar «mi equivocación»? ¿Querría incitar mi curiosidad mediante el olvido y deshacerse de la suya?

Había ruido en el aire y debíamos detenernos a explorar de qué se trataba, a riesgo de que se le moviera el piso y nos topáramos con aspectos de él que podrían resultarle *rayantes*, probablemente con relación a lo que estaba pasando en el consultorio: su viaje, su pedido de cambio de hora, las vacaciones, la pareja analítica, la curiosidad, etcétera. ¿Qué ocurriría conmigo si no le cambiara el horario y dejara sus horas sin ocupar? ¿Disfrutaría de no venir a trabajar como él el lunes? ¿Cómo ocuparé mi tiempo? ¿Habrá un hombre detrás de mí de quien debe sustraerme y a quien torcer? ¿Una mujer?

Para mi sorpresa, aceptó que sentía que me ponía entre la espada y la pared, ya que no toleraría si no le cambiara la hora; él detesta las vacaciones, que siempre fueron un problema para él, continuó, explayándose en relatos de vacaciones angustiantes, aburridas, de las que siempre quiere regresar anticipadamente. Luego de un silencio, recuerda sus vacaciones infantiles, las disputas entre sus padres por la tenencia de los hijos durante el verano, la crueldad del padre que no le permitía ni hablar con la madre mientras veraneaba con él y la fantasía de que la madre se sentaba en un banquito a esperar que los hijos volvieran. Poco después pudimos sin embargo deconstruir este recuerdo encubridor que negaba que la madre vacacionaba con su novio de turno y la novedad de que esta vez se sentía contento de irse con su padre al interior, ya que las últimas veces que lo había acompañado la había pasado bien.

COMENTARIO: Los debates sobre la contratransferencia centran su crítica en el malentendido que equiparó la noción de contratransferencia con ocurrencias del analista sin mediar transformación, como espejo del material inconsciente del paciente y vía regia de acceso a él. En el polo opuesto, a partir de otro malentendido, se desestimó toda ocurrencia del analista

considerándola una mera expresión de sus resistencias. Esta última posición derivó muchas veces en arrojar al bebé junto con el agua sucia, llevó al analista a rechazar sus ocurrencias y a considerarlas meras distracciones.³

Retomando el clásico artículo de Money Kyrle (1956) podemos considerar que las «distracciones» del analista son resistencias en tanto desvío de la atención flotante, y ya sabemos desde 1914 que el psicoanálisis es el análisis de las resistencias; agreguemos que estas resistencias que deben ser analizadas son también del analista, como desvío de su atención parejamente suspendida. Atender parejamente atañe a lo que emerge tanto del paciente como del analista. ¿Cómo salir de este atolladero?

Valorar el efecto de sorpresa en el analista constituye una brújula privilegiada que lo orienta para discernir si una ocurrencia debe ser tomada como distracción o como un efecto de su receptividad analítica y permeabilidad frente a nuevas emergencias de lo inconsciente.⁴ Ese sobresalto que sacude la modorra desacomoda una posición anclada las más de las veces en prejuicios ora teóricos ora personales restituyendo a la docta ignorancia al lugar destacado que ha de tener en la actitud analítica.

Lejos de adscribirse a la ignorancia del principiante, la sorpresa refleja el rendimiento de ese estado complejo y sofisticado de «capacidad negativa», de flotar en la incertidumbre abierto a lo inesperado, en el misterio y en la duda, sin la necesidad irritable de buscar hechos o razones (Bion, 1970). Un estado de paciencia indispensable para la creatividad y la interpretación. Prefiero aludir a este estado como de espera paciente en lugar de la habitual referencia a la duda tolerada, por cuanto, a mi entender, la idea de tolerar, aunque de referencia corriente entre nosotros, le imprime a esta descripción una cualidad reactiva, defensiva, en la que opera una contrafuerza ante el impulso a «comprender».

Reparemos entonces en que el efecto de asombro desnaturaliza lo obvio. Una inicial vivencia de lo siniestro en que un saber que se cree dado

3 Para un detalle contemporáneo de este debate, véase Lacan y el debate sobre la contratransferencia, de Alberto Cabral (2009), Buenos Aires, Letra Viva.

4 Descuento aquí cualquier pretensión de objetividad que aspire a ubicar al psicoanálisis como ciencia, inclinándome por una concepción que sitúa la tarea analítica cercana al arte.

se suspende, falla. El analista se despabila en su tropiezo, expuesto a una conmoción identificatoria que en mayor o menor grado denuncia la existencia inconsciente de su implicación personal. Ante esa sensación de extrañeza, de perplejidad transitoria, hará su aparición esa otra escena, lo inconsciente del analista, siempre experimentado con la ajenidad de lo que toma por sorpresa y a lo cual el analista está inexorablemente sujeto.⁵ La capacidad de alojar la conmoción identificatoria suspende toda pretensión narcisista de estar andando por senderos representacionales «conocidos», para relanzar la curiosidad analítica, único deseo que le cabe al analista en función. Se trata de una suerte de angustia, señal inicial que, si no es evacuada mediante un furor de comprensión, permitirá evitar nuevas represiones en la mente del analista permeando nuevamente su receptividad, lo que contribuirá a que se configure, ante la emergencia de nuevos retoños, una conjetura interpretativa que suele reestructurar la situación analítica.

Así, lo que inicialmente resultó angustioso pasará a formar parte de una experiencia placentera, con una curiosidad puesta al servicio de la investigación del material inconsciente.⁶

La sorpresa a la que me refiero sitúa retroactivamente lo que en un tiempo primero fue un desvío de la escucha del material del paciente para reubicarlo por efecto de la redundancia asociativa como una de las fuentes legítimas para reabrir el comercio asociativo por la vía de la interpretación.

Para terminar, quisiera proponer que para alojar las transformaciones de nuestra época, con sus cambios vertiginosos, nos fue requerida una flexibilización en nuestros dispositivos a fin de hacer posible la analizabilidad de muchos de nuestros pacientes. Las constantes de tiempo y dinero

- 5 En su contribución a la discusión en el panel de Fepal, Roosevelt Cassorla puntualiza cómo la toma de conciencia conduce a un viraje de la situación dual (indiscriminada) a la triangular edípica y a las consecuentes ansiedades de la posición depresiva, condiciones para simbolizar, soñar, pensar, ausentes cuando predominan colusiones de idealización mutua o sadomasoquistas. Recalca el peso traumático de la sorpresa resultado del contacto con la realidad.
- 6 Roosevelt Cassorla describe situaciones de *enactment* en las cuales el proceso es invadido por actos no pensados, que el analista inicialmente considera como errores pero que ulteriormente adquieren el carácter de ruptura de una colusión obstructiva que venía aconteciendo antes entre los miembros de la dupla analítica.

—y espaciales, agreguemos, a partir de los tratamientos vía internet— se trasmudan al son de las transformaciones culturales, ya no solo por efecto de las vicisitudes procesales del análisis, sino como maniobras del analista justificadas «por los tiempos que corren». Sin embargo, la naturalización de estas variaciones arrastra muchas veces una ceguera resistencial que puede convertir la plasticidad en flaccidez. Privilegiar la capacidad de asombro nos protege de la claudicación de principios fundamentales que hacen que una práctica analítica siga siendo posible, renovando el espíritu de la tradición, que es el modo de ser fieles a ella.. ♦

RESUMEN

El presente trabajo reflexiona sobre el valor de la reacción contratransferencial de sorpresa en el analista. Propone que la sorpresa no debe confundirse con la novedad ya que sorprende muchas veces una repetición que puede conducir hacia una vía inesperada, operando como una brújula para movilizar lo detenido, lo estereotipado que se anquilosa en muchos trayectos de *impasse* en todo análisis. Las ideas son ilustradas con una viñeta clínica.

Descriptor: CONTRATRANSFERENCIA / SORPRESA / SUEÑOS / ENCUADRE / RESISTENCIA / TRANSFERENCIA / HOSTILIDAD / MATERIAL CLÍNICO /

SUMMARY

This paper reflects about the surprise reaction experienced by the analyst in its countertransference. The author suggests that the surprise must not be misunderstood as the appearance of novelty insofar frequently what arises surprise is a repetition that can lead to the unexpected, functioning as a compass that can mobilize what had been kept immobilized or stereotyped along the course of analytic process. The ideas are illustrated by clinical material.

Keywords: COUNTERTRANSFERENCE / SURPRISE / DREAMS / SETTING / RESISTANCE / TRANSFERENCE / HOSTILITY / CLINICAL MATERIAL /

BIBLIOGRAFÍA

- BION, W. *Attention and Interpretation*. Londres: Tavistock Publications, 1970. [Reimpreso Londres: Karnac Books, 1984.]
- CABRAL, A. *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009.
- CASSORLA, R. «"Enactment" (puesta en escena) agudo como "recurso" para el develamiento de una colusión de la dupla analítica». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, v. 92, 2000 <<http://www.apuruguay.org/node/853>>.
- FREUD, S. «Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico» (1912). En *O. C. Tomo XII*, Amorrortu Editores.
- «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad» (1921). En *O. C. Tomo XVIII*.
- MELTZER, D. (1965). «La doble fase inconsciente del materialismo». En *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*. Editado por Alberto Hahn. Buenos Aires: Spatia, 1997.
- (1973). «Interpretación rutinaria, interpretación inspirada». En *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*. Buenos Aires: Spatia, 1997, pp. 275-292.
- MONEY KYRLE, R. (1956). «Normal countertransference and some of its deviations». En *IJP*, 37, pp. 360-366.

Contratransferencia e implicación subjetiva: los confines del cálculo del analista



ALBERTO C. CABRAL¹

LA CONTRATRANSFERENCIA, *AÚN*

La contratransferencia, *aún*, sigue constituyendo una referencia ineludible para muchos psicoanalistas —por cierto dentro, pero también por fuera de la IPA— que se sirven de ella para orientar y conceptualizar su práctica. Al punto de que muchos de ellos la consideran un concepto fundamental y, en tanto tal, constitutivo de la especificidad de nuestro campo.

La contratransferencia, *aún*, sigue constituyendo una noción de contenidos diversos, muchas veces contradictorios y de alcances casi tan variables como las instrumentaciones clínicas a las que da lugar. El mismo Racker, en su libro clásico, incluía una conferencia de 1953 en la que dedicaba más de cuatro carillas a una revisión de los diversos sentidos que, ya en esa época, adquiría el término para distintos autores. Varios años después, Winnicott (1960) comentaba al respecto: «una ojeada a la literatura psicoanalítica me ha llevado a la conclusión de que esta palabra corre el riesgo de perder su identidad». Habían transcurrido casi veinte años más cuando Bion (1978), por su parte, alertaba: «se trata de uno de los términos

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
accabral@intramed.net

técnicos de los que se hace uso y probablemente abuso». Y faltaban, aún, los desarrollos sobre contratransferencia y *enactment* que introdujeron, en las dos últimas décadas, los analistas estadounidenses que se agrupan en torno al «intersubjetivismo»... (Muller, 2009).

La contratransferencia, entonces, no es un concepto unívoco. Como algunas formaciones rocosas complejas, parece haber crecido por aposición, al punto de que en su campo semántico pueden reconocerse distintos «estratos geológicos». Haríamos bien en considerarla —entonces— un signifiante; abierto en tanto tal a esa pluralidad de sentidos que parecía inquietar a Winnicott. Es por eso que Lacan, en los párrafos iniciales de *La dirección de la cura*, la considera una «palabra inadecuada» o «impropia» (*mot vilain*): no una «mala palabra» (*gros mot*), como vertieron los traductores al español. En uno de los capítulos del libro *Lacan y el debate sobre la contratransferencia* (2009) me ocupo de los efectos de imaginarización del debate que se desprenden de esta versión de los *Escritos*, así como de las razones que avalan mi propuesta de traducción. Aquí nos basta con indicar que son las mismas que llevaron a Lacan (1958) a referirse a la «impropiedad conceptual», y aun a la «falsa consistencia» (1955) de la noción de contratransferencia.

Es por eso que, advertidos de esta multivocidad, parece conveniente respetar la brecha entre «lo que se dice» y «lo que se quiere decir» (Lacan, 1955) cuando un colega la utiliza para transmitir un testimonio de su práctica. Y sin embargo... la contratransferencia, *aún*, sigue siendo objeto de una aproximación crítica generalizadora para numerosos colegas de orientación lacaniana —por cierto fuera, pero también dentro de la IPA—. Esta crítica totalizante suele ir acompañada de una impugnación en bloque de las prácticas que la invocan, sospechadas por igual de realizar una imaginarización del vínculo analista-analizante.

Es una perspectiva que no puede sino obstaculizar la renovación de un debate que muchos analistas consideramos necesario. En particular, aquellos entre nosotros que —más allá de nuestras diferentes inserciones institucionales y aun de las diversas transferencias que nos atraviesan— estamos persuadidos de que el porvenir del movimiento psicoanalítico no es responsabilidad excluyente del círculo de seguidores, por amplio que fuese, de tal o cual autor posfreudiano. Y que, por eso mismo, considera-

mos imprescindible poner a trabajar nuestras diferencias teóricas y clínicas para capitalizar los réditos (y dejar de lamentar los inconvenientes) de la dispersión propia de ese «psicoanálisis en plural» que —para autores tan dispares como R. Wallerstein (IPA), J. A. Miller (AMP) o J. Allouch (ELP)— es un rasgo actual de nuestra disciplina.

DOS RESPUESTAS Y UNA MISMA PREGUNTA:
APROXIMANDO EL OSO Y LA BALLENA

En ese trabajo de las diferencias se inscribe el debate en torno a las dos grandes respuestas que la comunidad psicoanalítica ha formulado para una misma pregunta. Esas dos grandes respuestas son la contratransferencia, por un lado, y el deseo del analista, por el otro.² La pregunta en cuestión admite —seguramente— diversas formulaciones. Una de ellas es la que Lacan articuló en forma explícita al plantearse una y otra vez —en su clase del 24 de mayo de 1961— la cuestión de cómo concebir «nuestra participación [...], nuestra implicación subjetiva en la transferencia». Lo hace advertido de que la respuesta a la que apunta desborda el plano de una mera indicación técnica, que prescribiría tan solo «una conducta a seguir, un *how to*», a la manera de «un *handling* que nos es exterior». Para Lacan es claro, en cambio, que la «implicación» de la que se trata «afecta (“*interesse*”, dice la versión francesa) nuestro ser» (p. 352).

La pregunta de marras es la que sostiene el trabajo de formalización que le permite, a lo largo de varias clases del seminario, desplegar su primera exposición sistemática sobre el deseo del analista. Pero Lacan no deja de percibir que la misma pregunta, también, es el fundamento de muchos de los desarrollos posfreudianos sobre la contratransferencia: desarrollos que comenzaron a multiplicarse a partir de los años 50, en contraste con la escasa atención que el concepto despertó en los cuarenta años que siguieron a su introducción por Freud (1910).

2 Es un punto en el que no voy a detenerme, pero este abordaje nos permite recrear un nicho clínico compartido en el que alojar —para procesar sus diferencias, y evocando una referencia freudiana— al oso polar y la ballena.

Es frente a este conjunto ya en ese momento heterogéneo de desarrollos contratransferencialistas que Lacan promueve un abordaje matizado, en el que es posible reconocer dos vertientes. Por un lado —es la vertiente más conocida—, una crítica sin reservas a los deslizamientos en la posición del analista inducidos por *algunas* conceptualizaciones de la contratransferencia. Por el otro, una sensibilidad particular para hurgar en testimonios de analistas que la toman como referencia (Money Kyrle, Margaret Little, Lucy Tower, Pearl King) y rescatar puntos de apoyo que le permiten sostener su elaboración progresiva de los conceptos de *deseo del analista* y de *acto analítico*. Es una vertiente que se constituye en torno a una «legitimación crítica» de los testimonios clínicos singulares en los que se detiene.

Lacan (1961) explicita la lógica que sostiene esta segunda vertiente en su comentario a un texto de M. Kyrle: «en la medida en que hubiera alguna legitimidad en este modo de proceder, de todas formas son nuestras categorías [teóricas] las que nos permiten comprenderlo» (p. 222). Precisemos entonces que Lacan, en su lectura, legitima aquellos aspectos de la práctica singular de estos analistas que dan cuenta de una eficacia clínica reconocible, pero cuestiona a la vez la formalización contratransferencialista que los mismos autores proponen para sus innovaciones.

Hagamos una breve referencia a la que designamos como primera vertiente. Entre las conceptualizaciones de la contratransferencia que Lacan critica sin reservas, se encuentran sin dudas aquellas que alientan una equiparación entre analista y analizante, desdibujando así la asimetría constituyente de la experiencia. El reclamo encendido —e ideologizado— de Racker (p. 231) por un «igualitarismo» en la situación analítica es un testimonio extremo de esta orientación: y es claro que sería una simplificación agrupar el «todo» de los desarrollos de Racker detrás de este reclamo.

La crítica de Lacan a estas concepciones participa de la que dirige —desde el comienzo de su enseñanza— a los intentos de encarrilar la situación analítica en una perspectiva imaginaria, dual; esto es, privada del recurso a la terceridad simbólica. Se trata de una objeción que por momentos asume un tono irónico: «pensad qué testimonio damos de elevación del alma al mostrarnos en nuestra arcilla como hechos de la misma que aquellos a quienes amasamos» (Lacan, 1958). Aquí solo puedo señalar

que en la actualidad (y esto hace a la complejidad del debate) esta crítica no es privativa de quienes seguimos su enseñanza. Colegas que rescatan el uso de la contratransferencia son sin embargo sensibles al efecto de aplanamiento de la situación analítica inducidos por algunas posiciones contratrasferencialistas (véase la discusión de Leonardo Wender [Apdeba] y André Green al material del analista estadounidense T. Jakobs en el Congreso de Ámsterdam de la IPA [1992]).

Para ubicar ahora la vertiente de «legitimación crítica», voy a partir del diagnóstico que Lacan (1961) formula en el seminario VIII sobre la notoria ampliación operada en los alcances del concepto. Lacan constata en ese momento que la contratransferencia «se ha convertido en un gran *cajón de sastre* de experiencias», para pasar a abarcar «casi todo lo que somos capaces de experimentar en nuestra práctica». Y agrega que esto ocurre «en los *mejores* círculos analíticos: esto es, en el círculo kleiniano» (p. 217, cursivas mías).

Lacan, como se ve, aborda los nuevos desarrollos sobre la contratransferencia con una posición distinta de la de un cruzado enfrentado a una herejía... El recurso a esta figura no es casual: son varios los testimonios de analistas contratransferencialistas citados por Lacan (Lucy Tower, Pearl King, entre otros) que dan cuenta del lugar «herético» en el que quedaron inscritos sus primeros desarrollos en la óptica severa de la ortodoxia anticontratransferencialista de la IPA de la época. Y son varios, también, los testimonios actuales de colegas que comparten la orientación lacaniana que abordan el debate sobre la contratransferencia con un espíritu análogo de cruzada.

Pero retomemos la referencia de Lacan al «conjunto de los sentimientos que el analista experimenta en su práctica»: propongo designarla como contratransferencia *en sentido amplio*. Es claro que desborda con creces lo que llamaré el sentido *restringido* de la contratransferencia: aquel que Freud (1910) caracterizó como «el influjo que el paciente ejerce sobre el sentir inconsciente [del analista]», y que consideraba con razón un obstáculo que debía ser discernido y dominado mediante el propio análisis. Que debía ser «sofrenado» (*Niederhaltung*), nos dirá cinco años más tarde (Freud, 1915: 168). (Notemos tan solo la perspectiva sugerente sobre la posición subjetiva del analista que se desprende del hecho de que Freud no

utiliza el término «represión» cuando intenta dar cuenta de los destinos de la contratransferencia.)

Pero si aceptamos esta expansión de hecho de la noción a partir de los años 50, resulta comprensible que a partir de entonces no todas las referencias a la contratransferencia participen de la condición de obstáculo que subrayaba Freud. Era la condición que también Lacan (1951) destacaba en sus primeras aproximaciones: la definía como «la suma de los prejuicios y las pasiones del analista», la consideraba (al igual, en este período, que a la transferencia) como un momento de estancamiento en la dialéctica intersubjetiva, y verificaba sus efectos resistenciales en la posición de Freud con *Dora*.

Mi impresión es que hacer de estas observaciones iniciales el *todo* de la opinión de Lacan genera un efecto empobrecedor. Es que supone descuidar tanto el deslizamiento de sentido operado en el concepto como el viraje que (tras registrarlo) se produce en el abordaje que le dispensa Lacan. Es un viraje que va de la mano con la discontinuidad que provoca en su propia enseñanza la introducción del concepto de *deseo del analista*.

Para apreciarla, basta evocar su valoración inicial de «esa *apatía* que hemos tenido que realizar en nosotros mismos para estar en situación de comprender a nuestro sujeto». Valoración que lo lleva a recomendar que, en tanto analistas, «evitemos toda manifestación de nuestros gustos personales, ocultemos lo que pueda delatarnos, nos despersonalicemos, y tendamos a esa meta que es representar para el otro un ideal de impasibilidad» (Lacan, 1948). Cuando en la clase del 8 de marzo de 1961 Lacan se detiene nuevamente en el ideal de *apatía* que —nos dice— los propios analistas tienden a forjarse de su práctica (pero que él también contribuyó a promover), lo remite ahora a la *ataraxia* (imperturbabilidad) de los estoicos, y se plantea: «¿Por qué un analista, con el pretexto de que está bien analizado, sería *insensible* al surgimiento de cierto pensamiento hostil o de amor» en su analizante? Y afirma: «no se puede sostener que el reconocimiento del inconsciente [el que se espera de “un buen análisis personal”] deje al analista *fuera del alcance de las pasiones*. Esto sería suponer que es siempre desde el inconsciente [esto es, desde lo reprimido y sus retoños] de donde proviene la eficacia psíquica de un objeto sexual o de un objeto capaz de suscitar aversión». Lacan registra el carácter provocativo que

cobran sus observaciones a la luz del ideal de «neutralidad analítica»: «Lo que digo es un poco fuerte, nos incomoda...». Pero no se detiene: «Yo aun diría más: cuanto más analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión respecto a su *partenaire*». Y todavía insiste: «Incluso tendría malos augurios para quien nunca lo hubiera sentido» (pp. 213-214). Podríamos decir que, a la luz de esta nueva perspectiva, la apatía aparece ahora como un efecto de represión frente a las respuestas de amor y de odio suscitadas en el analista por la «presencia real» del analizante.

En este punto, a Lacan comienzan a resultarle insuficientes las figuras del muerto y de la cadaverización, de las que se sirvió inicialmente para dar cuenta de la desposesión de la propia persona que sufre el analista bajo los efectos de la transferencia. Es importante, en ese sentido, su precisión de que «el *i (a)* del analista debe comportarse como un muerto» [ídem., p. 217]. No toda la función del analista queda alcanzada entonces por esta figura: apunta con exclusividad al analista en el plano imaginario.

Rozamos aquí una crítica recurrente a la orientación clínica lacaniana: aquella que le reprocha una pretensión de objetividad radicalizada, sostenida supuestamente en un modelo retórico formal que desestimaría la subjetividad, y abierto por ello a los riesgos de la cosificación y el discurso cristalizado. Es una perspectiva compartida por un número importante de colegas, interpelados —en algunos casos— por otras aristas de la enseñanza de Lacan. Para estos, el único reaseguro frente al riesgo señalado sería la recuperación e instrumentación de la subjetividad del analista mediante el recurso a la contratransferencia.

Podemos ver, sin embargo, que este «segundo Lacan» comparte la crítica al ideal de «apatía analítica» que ya había merecido aproximaciones irónicas de toda una camada de practicantes de la contratransferencia: es el caso de M. Little, con su «mito del analista impersonal»; el de L. Tower, con su «máscara del analista perfecto», y el del mismo Racker, con su «ideal neurótico (obsesivo) de objetividad». Pero si Lacan rescata, al igual que todos ellos, una necesaria implicación subjetiva del analista en la transferencia... hará de esta implicación algo que atañe no a su persona total, sino a su *deseo* en tanto real. Y es por este camino que avanza en la formalización del concepto de *deseo del analista*: esa verdadera «mutación» (ídem., p. 215) que

tiene lugar en el deseo de quien ha atravesado la experiencia de un análisis logrado, y que por ello opera en un más allá de la represión.

Sostenido en la neoformación que es este deseo mutante, el analista puede, sí, «*impresionar* como quien está a salvo de toda tentación» (Freud, 1915), y componer entonces esa imagen de *apatía* que recogen tanto el imaginario colectivo como muchas de las formulaciones posfreudianas que intentaron dar cuenta de su función. Por eso —precisa Lacan—, «si el analista no va al grano con su paciente», es decir, «si no lo toma en sus brazos o no lo tira por la ventana», es porque como efecto de su propio análisis «está poseído por un deseo *más fuerte*» (id.) que el que articulan esos anhelos que se conjugan —en última instancia— en clave edípica. Pero también con su sostén, en algunas circunstancias, puede precipitar esas «vacilaciones calculadas de su neutralidad, que pueden valer más que todas las interpretaciones» (Lacan, 1960) y resolver los destinos de una cura.

CONSENTIMIENTO TRANSFERENCIAL Y CONFINES DEL CÁLCULO

Voy a presentar una breve referencia clínica que puede ayudarnos a delimitar resonancias o zonas de encuentro entre lo que denomino —siguiendo a Lacan— «modalidades de implicación subjetiva del analista en transferencia» y aquello que en otros esquemas referenciales es designado como «contratransferencia». Creo que constituye, a la vez, el testimonio de una vacilación *no calculada* de la neutralidad, que —en su momento— se me impuso con toda la intensidad del retorno de lo reprimido. Pese a lo cual, parece haber promovido en la analizante el atravesamiento elaborativo de una depositación transferencial hasta ese momento «estancada». Es un incidente que corrobora el carácter impredecible de la eficacia de las intervenciones del analista. Y plantea a la vez la interrogante —al estilo de los juegos de historia contrafáctica— acerca de la conveniencia de una eventual utilización *previa y calculada* (por el analista) de un tipo de intervención que a posteriori se verificó eficaz.

Pero vayamos al caso clínico. Se trata de una paciente joven, antropóloga, que hace ya varios años me fue derivada por una amiga, a la vez compañera mía de un grupo de estudio de Lacan. Estaba de novia desde

hacía un tiempo con una persona bastante mayor que ella: un analista de orientación lacaniana que ocupaba un lugar de mucho reconocimiento en su grupo. Era lo que se dice una «figura conocida»; pero conocida, también, por sus juicios categóricos, sus rasgos soberbios y descalificadores. Esta persona la había alentado a conectarse con el psicoanálisis, a participar en las reuniones del grupo del que él formaba parte y a interesarse incluso en la posibilidad de desarrollar, en un futuro más o menos próximo, una práctica clínica. Como parte de esa perspectiva la había derivado, también, a un colega del mismo grupo para que comenzara un análisis. Alejandra dice no haberse sentido cómoda con este profesional: le parecía serio, muy preparado, pero también engreído y por momentos impostado. Pero sobre todo percibía que el conocimiento y la evidente admiración que este analista dispensaba a su pareja no le hacían fácil incluir en las sesiones las dificultades que empezaba a registrar en ese campo. Fue por eso que después de unos pocos meses decidió interrumpir esa primera experiencia.

Conmigo pareció instalar inicialmente una buena transferencia operativa: comenzó a traer sueños, y a la vez interrogantes en cuanto a su orientación profesional, junto con un malestar creciente con su pareja, por quien se sentía cada vez más presionada y cuestionada en sus decisiones. Al poco tiempo resultó claro también que me instalaba en un lugar de cierta paridad: le generaba desconfianza que fuera miembro de una institución «no lacaniana» y que participara junto con su amiga en un grupo de estudio que ella (por supuesto que aquí pesaban los juicios de su pareja) consideraba que era para «principiantes». Comenzó también a evaluar mis intervenciones en términos de si respondían o no a un supuesto «canon» lacaniano (la expresión es mía, pero recién empecé a utilizarla después del incidente que comento más adelante).

El padre de Alejandra era un profesional a quien le iba razonablemente bien en su actividad, pero que era sutilmente descalificado por su mujer (la madre de la paciente), que en cambio idealizaba y admiraba mucho a su propio padre: una figura que había sido descollante en su medio, profesor universitario y autor de varios libros en su disciplina.

Yo tenía la impresión de estar manejándome bien con la paciente: la supervisaba periódicamente, y estaba —aparentemente— ganado por la convicción de que, así como Freud incitaba a los jóvenes analistas a asumir

que los enamoramientos transferenciales no tienen que ver con las «exce-lencias» de sus respectivas personas..., las impugnaciones y descalifica-ciones que Alejandra desplegaba cada vez con mayor asiduidad tampoco estaban referidas —en este caso— a las «insuficiencias» de mi persona. Mantenía una actitud supuestamente paciente ante lo que consideraba sus racionalizaciones, y no me sentía ni me mostraba molesto o irritado por sus cuestionamientos, que intentaba reconducir (la paciente desplegaba material para ello) a sus fuentes edípicas.

Uno de sus reproches más frecuentes estaba dirigido al carácter «yoi-co» e «imaginario» que imputaba a algunas de mis intervenciones: un reproche que se acentuaba en particular con aquellas interpretaciones que ponían el foco en la posición de sometimiento que se insinuaba tras sus quejas ante las actitudes controladoras y autoritarias de su pareja. Era fre-cuente que en esas situaciones replicara molesta: «Usted le está hablando a mi yo». Casi sobre el fin de una sesión, en una situación análoga, comenta: «¡Pero *me* (se interrumpe, y enseguida se corrige)... *le* está hablando a mi yo!». En ese momento, y para mi sorpresa, me descubro respondiéndole (en un tono de hartazgo, al estilo de «la verdad es que me tenés harto, flaca»): «Pero ¿a quién le parece usted que estoy tratando de hablarle?». Desconcertado, pero sobre todo molesto y desconforme con el tono de mi intervención, intenté (yoicamente) suavizarla, y agregué: «Al menos así lo veo yo».

Sentí inmediatamente una vergüenza enorme. Es que la frase que aca-baba de pronunciar era el «made in Germany» —la marca registrada— de Guillermo Nimo: un exárbitro de fútbol, mediático, que había construido por esos años un personaje excéntrico, grotesco, que desfilaba por distintos programas de televisión haciendo comentarios futbolísticos pretenciosos. Con muchos errores de sintaxis, pero con un tono de sentencia definitiva, remataba invariablemente sus intervenciones con un: «Por lo menos, así lo veo yo». Era el sonsonete de este personaje de caricatura, que con mis amigos solíamos usar para subrayar lo ridículo de un comentario propio. En ese momento inicial no podía sino vivir mi intervención como lo que en un punto —efectivamente— era *para mí*: esto es, una aceptación de las descalificaciones de mi paciente por la vía de una identificación con este personaje devaluado.

A la sesión siguiente, y para mi sorpresa... me resultó claro que Alejandra no conocía a Guillermo Nimo. Al menos, no hizo ninguna referencia a la —para mí— «genealogía vergonzante» de mi intervención. Comentó en cambio que le había venido bien lo que le había señalado, y que se daba cuenta de que por momentos se podía poner pesada con sus críticas teóricas. Pero sobre todo le había gustado que yo subrayara que ese era «mi punto de vista» (así escuchó mi «Por lo menos, así lo veo yo»). Es decir, que no estuviera forzándola a aceptarlo, como en cambio solía hacer su pareja, y como le parecía que ocurría a veces con su primer analista. O sea que escuchó el enunciado de mi intervención no como una confesión de una «nimización» de mi parte, sino como la reafirmación de una posición tolerante... pero también de que esa posición tenía sus límites (porque no había dejado de percibir mi bronca). De hecho, después de este episodio se registró una progresiva disminución de su «control de calidad» sobre mis intervenciones (expresión mía).

El incidente (para ser más precisos: *el trabajo psíquico* que pude hacer sobre el incidente, no el incidente «en bruto») me permitió un reposicionamiento como analista, al ayudarme a percibir —retroactivamente— el tipo particular de implicación subjetiva que había estado anudando a las depositaciones transferenciales de las que era objeto. Lo que hasta ese momento había considerado una «neutralidad analítica adecuada» parece haber tenido que ver más con un «sometimiento estoico» y, por lo tanto, con un deslizamiento neurótico en mi posición de analista. Me interesa subrayar que era un deslizamiento que podía ser racionalizado tanto a partir del «mito del analista impersonal» (M. Little) como a partir de la figura de la «cadaverización» alentada por un primer Lacan: encubriendo en realidad un punto de identificación reprimido con una figura paterna devaluada en la mirada descalificadora de la madre. Una madre que —no está de más precisarlo, aunque resulte previsible— se mostraba muy feliz con la elección de pareja de Alejandra...

A partir de este incidente comencé a recortar en mis intervenciones particularidades de la posición subjetiva de Alejandra mediante una ironía discreta (v. gr., mis referencias a su «control de calidad», o al «canon lacaniano»), que me permitía ahora una «utilización calculada» de mi hostilidad. Constituye —a mi juicio— un buen indicador del atravesamiento,

por mi parte, del referido atrapamiento identificatorio. Un atravesamiento que, a su vez, promovió en la analizante la remoción de una depositación transferencial que, en tanto cristalizada, operaba como obstáculo al despliegue de la cura. Es una secuencia que nos permite verificar la conocida observación de Lacan que reconduce la resistencia del analizante a la resistencia del analista.

Voy a concluir mi comentario a este recorte clínico (lo prefiero breve, porque me gustaría que quedara abierto a más resonancias en los lectores) retomando —para complejizarlo— el ejercicio contrafáctico que sugerí más arriba. Me parece sugerente destacar que mi «vacilación no calculada» se precipita inmediatamente después de un lapsus de Alejandra: «¡Pero usted *me...* le está hablando a mi yo!».

Es una oscilación con la que parece dar cuenta de haber sido alcanzada (más allá de su dimensión yoica) por la interpretación previa. ¿Por qué no pensar que «algo» en mí advirtió este nuevo punto de implicación subjetiva, y se autorizó recién entonces para una intervención que, sin el sostén previo en lo que llamaré el *consentimiento transferencial* que me ofrecía ahora la analizante, corría grandes riesgos de ser percibido por ella meramente como un exabrupto hostil? Es una interrogante que —para jugar con el eje temático de este número de la RUP— nos conecta con los *confines* del cálculo del analista. En otros términos: ¿quién o qué asiste a la cita de la transferencia en las vacilaciones de la neutralidad del analista? ♦

RESUMEN

Destaco la multivocidad de la noción de contratransferencia y sugiero la conveniencia de considerarla un significante: abierto, en tanto tal, a la pluralidad de sentidos que su uso ha ido decantando en la historia de nuestra disciplina. Es una perspectiva que permite abrir la brecha entre «lo que se dice y lo que se quiere decir» (Lacan, 1955) cuando un analista la emplea para dar cuenta de su práctica, eludiendo impugnaciones en bloque que suelen obturar el intercambio. En la misma perspectiva de alentar un trabajo sobre nuestras diferencias, propongo considerar la contratransferencia y el deseo del analista como dos respuestas alternativas para una misma pregunta. Esta puede ser formulada en términos de dilucidar cuál debe ser la implicación subjetiva del analista para responder adecuadamente a las transferencias de las que es objeto.

Reviso la posición de Lacan con relación a la contratransferencia, y distingo a lo largo de su enseñanza dos vertientes: por un lado, una crítica a los deslizamientos imaginarios que puede inducir; por el otro, una *legitimación crítica* de los testimonios clínicos de algunos colegas contratransferencialistas, cuyas intervenciones no convencionales celebra, aun cuando toma distancia respecto de las conceptualizaciones con que las fundamentan. Es una vertiente que confluye con su trabajo de elaboración de los conceptos de deseo del analista y acto analítico.

Por último, presento una breve referencia clínica que me permite recortar un territorio al que algunos colegas se aproximan mediante la noción de contratransferencia, pero que —siguiendo a Lacan— considero preferible abordar en términos de modalidades de implicación subjetiva del analista. Es un material que ofrece un testimonio de vacilación no calculada en la neutralidad del analista, y me permite introducir la noción de *consentimiento transferencial*. Deja, por último, abierta la pregunta con relación a *quién* o *qué* (en el analista) asiste a la cita de la transferencia en los momentos de vacilación de su neutralidad.

Descriptores: DESEO DEL ANALISTA / ACTO / ASIMETRÍA / APATÍA
/ CONTRATRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO

Descriptores candidatos: TERCERIDAD / IMPLICANCIA DEL ANALISTA /

Autores-tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

The paper underscores the multiple senses of the notion of countertransference and suggests the convenience of considering it a signifier: open, as such, to the plurality of meanings that its use has been decanting in the history of our discipline. In a perspective that allows to open the breach between “what one says and what one wants to say” [Lacan, 1995] when an analyst uses it to account for his practice, dodging the en-masse refutations that usually block interchange. Also wishing to promote working on our differences, the writer proposes to see countertransference and the wish of the analyst as two alternative responses to the same question. The question could be expressed in terms of an attempt to elucidate which should be the subjective implication of the analyst in order to respond adequately to the transferences of which he is the object.

The paper overviews Lacan’s position regarding the countertransference, distinguishing two perspectives all along his teachings: on the one hand, a criticism to the imaginary glidings that it can induce; and on the other, a critical legitimation of the clinical testimonies of some countertransferentialist colleagues, whose unconventional interventions he celebrates, though he takes some distance from the conceptualizations they use to support them. It is a perspective that meets his work on the concepts of the wish of the analyst and the analytic act.

Finally, a brief clinical reference is introduced in order to outline the territory that some colleagues approach through the notion of countertransference, but which – following Lacan – the writer prefers to approach considering it in terms of the different modes of subjective implication of the analyst. The material offers testimony to a moment of uncalculated hesitation in the neutrality of the analyst, and allows for the introduction of transferential consent. The paper leaves open the question about who or what (in the analyst) attends the appointment with the transference, when there is hesitation in his neutrality.

Keywords: PSYCHOANALYST’S WISH / ACT / ASSIMETRY / APATHY
/ COUNTERTRANSFERENCE / CLINICAL MATERIAL /

Candidate keywords: THIRDNESS / IMPLICATION OF THE PSYCHOANALYST /

Authors-subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

- ALLOUCH, J. «Las trifurcas teóricas exhiben salvajismo». En *Docta, Revista de Psicoanálisis*. Primavera 2003, Córdoba, Argentina.
- BION, W. R. *Seminario de Psicoanálisis* (San Pablo). 3.^ª parte, cap. II. Buenos Aires: Paidós, 1978.
- CABRAL, A. C. *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009.
- FREUD, S. (1910). «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica». En *A. E.*, XI, p. 136.
- (1915). «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia». En *A. E.*, XII, pp. 168-169.
- GREEN, A. (1992). «Discusión del trabajo de Th. Jakobs». En *Revista de Psicoanálisis*, L, 4-5, 1993.
- JAKOBS, T. «Las experiencias internas del analista». En *Revista de Psicoanálisis*, XLIX, 2, 1992.
- LACAN, J. (1948). «La agresividad». En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1980, p. 74.
- (1951). «Intervención sobre la transferencia». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 46.
- (1955). «Variantes de la cura tipo». En *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1980, pp. 98-99.
- (1958). «La dirección de la cura». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 217.
- (1960). «Subversión del sujeto». En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1980, p. 336.
- (1960-1961). «Seminario VIII (La transferencia)». Buenos Aires: Paidós, 2003. a) clase del 8/3/1961, pp. 213-215; y b) clase del 24/5/1961, p. 352.
- MILLER, J. A. (2001-2002). «Seminario sobre la orientación lacaniana III». Clase del 16/1/2002. En *Freudiana*, 36, 2003, Barcelona, pp. 10-13.
- MULLER, F. «El concepto de intersubjetividad en psicoanálisis». *Revista de Psicoanálisis*, tomo LXVI, 2, 2009.
- RACKER, H. (1953). «Significado y usos del término contratransferencia». En *Estudios sobre técnica analítica*, Buenos Aires: Paidós, 1973, p. 231.
- WALLERSTEIN, R. «¿Un psicoanálisis o muchos?». En *Libro anual de psicoanálisis*, 1988.
- WENDER, L. «Discusión del trabajo de T. Jakobs». En *Revista de Psicoanálisis*, XLIX, 2, 1992.
- WINNICOTT, D. W. (1960). «Contratransferencia». En *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia, 1975, pp. 193-195.

De los confines...



MYRTA CASAS DE PEREDA¹

El análisis confronta ineluctablemente con la incompletud del ser humano.
Ningún objeto puede satisfacerlo plenamente: tal es lo real de su estructura que ningún bien, ninguna belleza, ningún saber, podrán colmar...

Dominique Poissonnier, 1998

Estamos ante los confines que se dibujan en la perspectiva de todo análisis, que destierra definitivamente las certezas y nos convoca a tolerar la ignorancia. Hay un *no sabido* que nos constituye, y no nos congela, sino que por el contrario nos conmina a seguir buscando...

Los confines no son una meta sino que se trata de lo Real que nos insta a seguir, nos provoca, nos constituye.

Todo ello nos ubica fuera del cuerpo, fuera del tiempo cronológico, es decir, fuera de lo tangible y ubicable, y nos enfrenta a lo inconmensurable, lo no abarcable. Lo nombrable solo por el significante, que por un lado nos delata y por otro nos aliena; nos aliena del cuerpo al que a su vez nos remite indefectiblemente.

Tanto la *tyché* para lo humano como el *automatón* para los fenómenos naturales (el azar) señalan lo accidental, lo no necesario, la contingencia, como rasgo esencial donde habita lo Real.

Si lo medular de la pulsión es la repetición, sostenemos que esto se estructura como *tyché* y *automatón* y que la *tyché* es un automatismo de

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
mcasaspereda@adinet.com.uy

repetición como encuentro imposible. Las asociaciones, en el mejor de los casos, se encadenan hacia la verdad que se pone en guardia desde la causa del deseo en que se vuelve ineludible la contingencia propia del discurso.

La *tyché* constituye el meollo de la tarea psicoanalítica (teoría y praxis) y apunta a lo no realizado, a lo imposible donde precisamente la pulsión realiza, ¿Siempre en los confines?

Tal vez es lo que más nos aproxima a valorar nuestro discurso, que también está plagado de confines. Por otra parte, el juego, discurso infantil, que forma parte solidaria del fantaseo, nos ubica en el indeterminado origen del pensamiento donde anida el deseo. Podríamos decir que cuerpo y mente, de un modo inconsciente, dan lugar a dicha contingencia. «Lo real es el misterio del cuerpo que habla, es el misterio del inconsciente» (Lacan, 1972-1973: 158). Es aquí que toma «cuerpo» la repetición que no constituye la muerte, o lo mortífero, o lo ominoso, sino que es lo constitutivo de la pulsión, diría que es patrimonio de ella.

Se trata de una suerte de introducción de la muerte en la vida que produce un espacio de alternancia irreductible por constitutiva, y recreada en forma indeleble en el *fort-da* del nieto de Freud. Ensamble vital de lo icónico, indicial y simbólico, que señala con elocuencia su interrelación de elementos esenciales a la vida que, desde luego, incluye la muerte.

Verdadera urdimbre que, como un encaje, configura una trama que en la reunión de lingüística y psicoanálisis adquiere el tiempo de un gerundio realizándose.

El discurso infantil pautado por gesto, juego y palabra da cuenta precisamente de la riqueza semiótica que contiene, siempre singular y dependiente del deseo inconsciente del que lo asiste.

De allí la importancia del posicionamiento analítico, siempre singular, cada vez, con cada paciente, habitado en el mejor de los casos por ese anudamiento real, simbólico e imaginario (R, S, I).

Confines del análisis que involucran los confines del Otro, que se recrea en la transferencia, a la que debemos dar lugar y tiempo; Otro al que nunca podremos abarcar totalmente. Entiendo que el término *confines* es un modo de nombrar la castración, pues encierra en sí mismo la idea de frontera, límites inciertos, lo cual nos acerca a dicha noción, pues no son límites a franquear, sino a instaurar... y de ello depende la salud psíquica.

Me atrevería a decir que un término bello y a la vez vago, en su delimitación, como *confines*, se presta a revestir con galas nuevas el condicionamiento fálico del narcisismo. (¿Un modo elegante de hablar de nuestros límites ubicándolos en inubicables confines?)

Todo ello nos conduce ineludiblemente a pensar el rol de la sublimación y sus alcances.²

Tal vez los confines del psicoanálisis señalan con elocuencia lo Real, lo inabordable desde nuestra condición de hablantes, y rodear esto acontece siempre con defecto.

Es que los acontecimientos que rodean la formación del yo, desde los tempranos tiempos de indefensión, se inscriben en y desde el deseo inconsciente del Otro que lo sostiene. Es a través de significantes icónicos, indiciales y simbólicos³ que se materializan en gestos, brazos, miradas y desde luego palabras que ese Otro vehiculiza deseos de vida frenando así la muerte que toda indefensión presentifica. Creo que hay mucho escrito en torno a la muerte como principio y fin de la vida y los avatares que le corresponden. Señal de confines desconocidos que ilusionan tanto como amedrentan, y se vuelve indispensable reconocer las apuestas que nos convocan los pares de opuestos. Un buen ejemplo de eso es el término *odioamoración* que propone Lacan (1972-1973) para situar la zona de la experiencia del psicoanálisis. Concepto que separa de la noción de ambivalencia para ubicarlo en relación con el saber. Su vínculo con el amor es relevante pero al mismo tiempo agrega que «el análisis nos incita a recordar que no se conoce amor sin odio» (o. cit.: 110). Deduce entonces que el odio no se ha ubicado en el asunto del saber a lo largo de los siglos. A su vez relativiza el saber cuando señala que lo verdadero apunta a lo Real y que el psicoanálisis se constituye a partir de la experiencia en un saber sobre la verdad siempre esquiva. Son ideas complejas pero al mismo tiempo resuenan en su validez. Por ejemplo: «toda la verdad es lo que no puede decirse... ella solo puede decirse a condición de no extremarla, de solo decirla a medias», o que «el amor mismo se dirige al

2 Véase «De la sublimación. Vigencia de la pulsión y sus destinos», en *RUP* 110.

3 Tema desarrollado en M. Casas de Pereda, 2007.

semblante... está supuesto a ese objeto que es el objeto a» (o. cit.: 110-111). Por lo tanto toda relación objetal en análisis queda sujeta a las mismas reglas.

Cuerpo enlazado a la palabra, habitado por la palabra, afectado por los afectos y los sentidos, reclama la presentación para articular y tolerar la pérdida (lo simbólico, la muerte). Y la presentación como presentificación, actualización, toca siempre el cuerpo y es precisamente por esta vía a lo Real que algo puede ser articulado, cambiado de lugar.

Debemos tener en cuenta que lo Real es parte constitutiva de la estructura de la pulsión que insiste, que no deja de insistir, y que por la palabra, cuerpo y significantes del Otro se hace demanda y deseo, se hace pérdida y por lo tanto símbolo, construyendo representación donde los efectos de las defensas se hacen sentir.

I. Vegh (1998) plantea que el desenlace de lo Real se manifiesta ya sea en un pasaje al acto como también en la persistencia como fijación. Me pregunto si el acto fallido puede corresponder a un desenlace de lo Real. ¿Se nos escapa lo Real o nos habilita a un reconocimiento?

Podemos pensar que se necesita que el superyó sostenga una interdicción que haga del *no* consistencia y no arbitrariedad, manteniendo a raya, con los límites, el encantamiento imaginario del narcisismo, para que la pulsión, en su rodeo del objeto, pleno de acontecimientos del Otro, dé lugar a los aspectos «agregativos y desagregativos»⁴ de la pulsión que habiliten nuevos enlaces o desenlaces.

Lacan realiza diversas lecturas de la pulsión de vida y de muerte, y en 1964 señala: «de este modo explico la afinidad esencial de toda pulsión con la zona de la muerte y, concilio las dos caras de la pulsión que, a la vez, presentifica la sexualidad en el inconsciente y representa, en su esencia, la muerte» (Lacan, 1964: 204).

Diría que, en cierta medida, acerca del trayecto que nos constituye necesitamos reconocer una raíz racionalista que siempre nos traiciona.

4 De esta modo me refiero a un modo de concebir el dualismo pulsional como un par dialéctico entre una vertiente agregativa y una vertiente desagregativa. Serían dos aspectos de la pulsión que se articulan en el plano de las significaciones en el inconsciente. Lo agregativo indica un carácter estructurador así como lo desagregativo incluye el amplio trabajo de las defensas que sostienen el no habilitando sustituciones. Lo desagregativo sería una suerte de negativización estructuradora (Casas de Pereda, 1999).

Partimos de la discriminación, de lo que llamamos sujeto del inconsciente y «la representación errónea... inevitable, que se hace de sí mismo el sujeto en el sentido corriente...» (Lacan, 1966, en Ogilvie, 1987).

División, ¿discriminación?, que el psicoanálisis atesora y que nos remite precisamente a «confines» no fácilmente pensables. Término que evoca lo desconocido y por ende lo no localizable ni adjetivable. ¿No es acaso esa «zona» que nos transforma en eternos buscadores?

Es que la pulsión se plantea en una relación de dependencia del significante. La pulsión de entrada está ligada a la palabra y el discurso es palabreiro, o lúdico y gestual, discurso siempre, aun en este abanico constitutivo. En torno a lo Real, excluido de lo simbólico, insiste, se repite, dice, pero no habla con palabras, sino como síntoma. Y esa exclusión de lo simbólico no implica necesariamente la psicosis, sino el síntoma, que señala e incluye el trauma.

De allí que nos es útil pensar en la concretud de lo icónico que nos traslada a íconos, imágenes que reúnen lo terrenal con lo sagrado junto con los índices que mentan la realidad y la fantasía, y lo simbólico que reúne una abstracción mayor en que lo Real se hace lugar. La inscripción o escritura significativa que resulta de la ida y vuelta de la pulsión en torno a un objeto que se pierde señala el *predicado*⁵ de esa pérdida. Escritura por lo tanto que constituye los avatares inconscientes de los cuales tenemos noticias por todas y cada una de las formaciones del inconsciente, a saber lapsus, actos fallidos, transferencia, sueños, síntomas...

La escritura significativa predica el modo en que se pierde el objeto. Esta escritura señala un imposible que se redobla con una prohibición que a su vez ilustra un corte que da cuenta de un *no* a la unión incestuosa. Se trata de una pérdida vital, lo vital de una muerte, pérdida que se vuelve palabra, significativa, pues la escritura es, insisto, lo que predica el modo en que se produce una pérdida definitiva e imprescindible.

Son infinitas las pérdidas de objeto que la pulsión determina que son de este modo constitutivas de nuestra historia y que hacen a nuestra singularidad. Es el modo en que se pierde el objeto al que la pulsión rodea de modo

5 *Predicado* es el modo en que S. Freud (1895) nombra la escritura significativa de la pérdida del objeto.

cada vez diferente y complejiza la reserva representacional inconsciente. Todo ello depende a su vez de la presencia del deseo de ese Otro que nos asiste cuyo reconocimiento no es consciente.

A su vez, si deseamos y esperamos cambios en un análisis, es precisamente por la posibilidad de destituciones subjetivas que podrán transcurrir muchas veces sin darnos cuenta.

Se trata de sublimaciones sucesivas a través de los movimientos transferenceles que pueden dar lugar a los deseados cambios significativos. Es necesario tener presentes estas peripecias sublimatorias en las que toda renuncia siempre da trabajo y toda falta se constituye en la tentación de ser llenada, completada. Sublimaciones que señalan estas destituciones subjetivas.

No podemos olvidar que precisamente el falo se inscribe en el punto de encuentro de las tres faltas constitutivas (R, S, I) que dan nacimiento a las dos fantasías universales: *ser el falo* para la mujer y *tener el falo* para el varón. Siempre completudes ilusorias que no por ello dejan de gobernar la vida.

Confines del psicoanálisis y su imposible realización, que conduce a idealizaciones o sus opuestos, las desvalorizaciones, que inexorablemente dan lugar a renunciaciones y decepciones.

Son las penurias a que la castración nos conduce y que, al mismo tiempo, es nuestro desafío atravesar.

Confines que mentan un fin inhallable pero que nos nutren en la aceptación y elaboración sin fin de nuestros límites. Castración simbólica que reúne elementos imaginarios implicados en la frustración y elementos de lo Real ubicados en la privación.

Términos estos que provienen del acervo lacaniano pero que son elocuentes en caracterizar nuestros límites. Entiendo que son perspectivas que nos ayudan a reconocer el imprescindible juego dinámico entre el dolor y los anudamientos sintomáticos del paciente y el compromiso libidinal implicado que nos permite sentirnos tocados por sus palabras.

Desde este espacio-tiempo de la intersubjetividad transitamos hacia un sujeto de deseo esquivo que solo aparece en las formaciones del inconsciente. ¿Intersubjetividad o el abismo entre el sujeto deseante y su objeto siempre perdido?

En la escucha analítica es fácil el deslizamiento a rellenar vacíos antes que singularizarlos. De la imagen —concepto seductor de una banda de

Moebius— se puede desprender la peregrina idea de una continuidad mágica entre dos caras contrapuestas sin atravesar los bordes. Es una buena metáfora de la ilusión que habita en el ser-sentirse-analista.

Tanto incide esa creencia en nuestro vapuleado yo que habilita la creación de una ilusión en que el poder de la transferencia y las palabras sean los «dueños» del destino de cada análisis.

No deja de ser valedero pero hay mucho más que tener en cuenta.

No olvidemos que lo real no es un saber sino que forma parte de un acontecer implicado en la propia estructura de la pulsión que empuja, es decir, real-iza, y en ese acontecer, en ese izar de la pulsión (lo real), algo se hace lazo, se articula y puede volver a desarticularse, de ahí que la repetición forma parte de este movimiento de realización y desrealización.

He desarrollado anteriormente (Casas de Pereda, 2007) una neocondición en la formación de un analista llamada *deseo del analista*. Condición ineludible en nuestra praxis, que reúne los límites que se decantan a través ya sea del análisis personal, de la formación intelectual y el conocimiento, o de la práctica misma de la supervisión curricular, en que precisamente el «morder el polvo» (Nasio, 1987) ilumina nuestros traspiés con relación a sentirnos golpeados ante el fracaso de un momento de idealización, de omnipotencia, de impregnación dual sin el reconocimiento necesario en el avatar transferencial.

... Neoformación, que supuestamente se adquiere en el atravesamiento del trípode formativo a lo largo de unos cuantos años. Formación analítica siempre difícil de definir pero donde el trabajo con lo enigmático y la salida de las certezas son una piedra fundamental.

Neoformación, entonces, el deseo del analista, que podemos asimilar a una formación del inconsciente en la medida en que no podemos manejarlo voluntariamente sino que es desde su decantación desde donde emerge esa plasticidad de la posición del analista que implica ofrecerse encarnadamente a ser el objeto causa de los desvelos del paciente, así como a propiciar la deconstrucción de la transferencia.

[...] Si todas y cada una de las formaciones del inconsciente refieren a tropiezos del deseo en su realización, tropiezos e insistencia a la vez, el deseo del analista no escapa a estas consideraciones. Solo que el

reconocimiento de su falta en ser, hace nudo con ese deseo de analizar que impugna la satisfacción del mismo, al tiempo que pelea en su realización en la puesta en escena transferencial que, en el mejor de los casos, apunta a una nueva experiencia de sustitución de significantes...⁶

Creo que podemos coincidir en que trabajamos en esos confines, esas zonas difíciles de asir, pero que constituyen el singular espacio-tiempo no fácilmente definible de la transferencia analítica. Confines porque tocamos algo de lo no abarcable que con-mueve, moviliza, sorprende o angustia. ♦

6 Fragmentos escogidos de M. Casas de Pereda, 2007, Módulo I, Capítulo 4, «Freud semiótico».

RESUMEN

Confines del análisis que involucran los confines del Otro, que se recrea en la transferencia, a la que debemos dar lugar y tiempo; Otro al que nunca podremos abarcar totalmente. Entiendo que el término *confines* es un modo de nombrar la castración, pues encierra en sí mismo la idea de frontera, límites inciertos, lo cual nos acerca a dicha noción, pues no son límites a franquear, sino a instaurar... y de ello depende la salud psíquica.

Confines del psicoanálisis y su imposible realización, que conduce a idealizaciones o sus opuestos, las desvalorizaciones, que inexorablemente dan lugar a renunciaciones y decepciones.

Son las penurias a que la castración nos conduce y que, al mismo tiempo, es nuestro desafío atravesar.

Confines que mentan un fin inhallable pero que nos nutren en la aceptación y elaboración sin fin de nuestros límites. Castración simbólica que reúne elementos imaginarios implicados en la frustración y elementos de lo Real ubicados en la privación.

Descriptor: PULSIÓN / CASTRACIÓN / LO REAL / LO SIMBÓLICO

/ LO IMAGINARIO / SUJETO DEL INCONSCIENTE /

Autores-tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

Boundaries of analysis involve the boundaries of the Other, recreated in transference, a transference to which we must grant space and time; an Other we will never manage to fully embrace. The term boundaries is a form of naming castration as it contains the idea of the frontier, the uncertain limits, which leads us close to such notion, since these are not limits to be crossed, but rather to be installed... and psychic health depends on this.

Boundaries of psychoanalysis and its impossible realization, which leads to idealizations, or their opposite, the devaluations that inexorably give rise to renunciations and disappointments.

These are the scarcities to which we are driven by castration and, at the same time, going through them is our challenge.

Boundaries which refer to an aim that is impossible to reach, but which nurture us in the acceptance and the endless working through of our limits. Symbolic castration that gathers imaginary elements implied in frustration and elements from the Real located in privation.

Keywords: DRIVE / CASTRATION / THE REAL / THE SYMBOLIC /
THE IMAGINARY / SUBJECT OF THE UNCONSCIOUS /
Authors-subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

- CASAS DE PEREDA, M. *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- *Sujeto en escena. El significante psicoanalítico*. Montevideo. Isadora, 2007.
- (2010). «De la sublimación. Vigencia de la pulsión y sus destinos». *RUP* 110. Montevideo. 2010.
- FREUD, S. «Proyecto de psicología». En *O. C.*, tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- LACAN, J. (1958). «La dirección de la cura». En *Escritos* 1. México: Siglo XXI. 1985.
- (1964). «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis». *El seminario*, libro 11, Barral.
- (1972-1973). «Aún». En *El seminario*. Buenos Aires: Paidós. 1981.
- NASIO, J. D. *Las formaciones del objeto 'a': En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva visión, 1987.
- OGILVIE, B. (1987). *Lacan. La formación del concepto de sujeto*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.
- POISSONIER, D. (1998). *La pulsión de muerte*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- VEGH, I. *Hacia una clínica de lo Real*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Final de análisis

*Entre ideales y límites*¹



EMA PONCE DE LEÓN²

Si bien en un momento me dio una sensación de angustia la idea de terminar, como que está bien, estoy pronta para que así sea. Todo esto tiene un significado importante pero a la vez tiene que terminar para empezar otras cosas... También creo que eso de que para mí terminar era algo absoluto de muerte, eso se corrió un poco.

Los sentimientos están representados totalmente en lo que hemos venido hablando. Lo que le he dicho de la confianza. A pesar de muchos momentos de decepción. Eso para mí es muy fuerte, porque yo realmente confiar en otro es más difícil que quererlo, para mí es más fácil querer a alguien que confiar. Yo desconfío de la gente que quiero y creo que de usted no desconfié nunca. Tuve mis dudas, pero no desconfiar esencialmente de sus intenciones, de querer que yo esté bien.

... Yo quería tener la garantía, me voy con incertidumbre. Con la sensación de que tengo más herramientas para luchar. No me voy con nada pronto, con nada armado, quisiera tener alguna certeza... Sí tengo certeza de que pude confiar en usted... [...] El nuestro es un vínculo que va a que-

1 El texto presentado se apoya en un trabajo más amplio sobre un proceso analítico. Fue escrito en 2003 y no fue publicado. La convocatoria de la *RUP* sobre «Confines del análisis» me llevó a releerlo y decidir modificarlo y rearmarlo de otro modo; sin embargo prevalece el espíritu original, sin intención de escribir un nuevo trabajo. Se trata de dar cuenta de una etapa de mi trayectoria como analista, con un reconocimiento a los aprendizajes de entonces, que cimentaron mi identidad analítica.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ema.pdl@gmail.com

dar en las cosas que pudimos lograr, más que en nuestra relación personal, el afecto va a quedar en lo que logramos. El punto más fuerte de la confianza es eso de aceptar que no está el ideal del fin de la terapia, porque acepto eso aunque me frustre o me dé bronca, porque soy responsable yo también. Lo más importante es que acepto que las cosas son de esa manera, eso es la confianza, que usted me diga que es el momento de terminar y yo tomar eso, y que yo diga es así. Hasta yo lo pienso y me sorprende. Eso no es algo mío viejo, eso sí es nuevo y tiene que ver con la confianza, que la puse a prueba muchas veces. ¿No le parece que eso sea así?

Las palabras y la pregunta final de esta paciente en las últimas sesiones de su análisis nos ponen de lleno en algunas problemáticas del final de un análisis, que suponen un momento de fuerte interrogación para el analista. Se puede decir que sufrimos tanto, paciente y analista, durante años de tormenta y meses finales con vientos huracanados como para valorar la serenidad de estas reflexiones y sentir las como una conquista del proceso.

Una pregunta esencial es si llevamos adelante la tarea de analizar a esa persona que vino a nosotros con una demanda de curación, que en esos términos u otros equivalentes es, generalmente, la demanda explícita. Inevitablemente nos preguntamos acerca de nuestra propia conformidad y la del paciente, dado que lo «satisfactorio» de un análisis pasa por parámetros subjetivos de ambas partes. No podemos negar nuestra aspiración a que el paciente sufra menos y viva la vida con mayor plenitud y que confiemos en que las herramientas provistas por el análisis sirven a estos fines. Se genera una ineludible tensión entre esa aspiración, los ideales de cada uno, de la propia estructura y de la trama transferencial por un lado, y de lo real en juego por otro.

La terminación de un análisis supone para el analista una nueva vuelta de espiral en la fragua de sus ideales y su narcisismo. Correlativamente, para el paciente es un momento especialmente fecundo del proceso con relación a estos.

Existen distintas formas de concebir la terminación del proceso analítico, y a lo largo de la historia del psicoanálisis se han desarrollado distintas perspectivas e incluso se han elaborado «criterios» para reasegurar al analista respecto de hallarse al límite del proceso posible con un analizando dado.

La perspectiva de Freud en «Análisis terminable e interminable» (1937) pone en el centro aquello que se resiste al análisis. Vemos a un Freud que muchos encuentran pesimista. Es para mí el Freud de la búsqueda de la verdad por encima de toda concesión o facilismo. Preocupado por los límites del análisis más que por los éxitos. Buscando explicar pero también reconociendo zonas enigmáticas y ubicando en la biología (bisexualidad constitucional) ese real que queda por fuera del análisis. Señalando que además de los obstáculos propios del funcionamiento psíquico (fenómenos derivados de la pulsión de muerte, intensidad de la pulsión, viscosidad de la libido, angustia de castración) están los límites del analista, sus resistencias, su no saber sobre su inconsciente.

En «Sobre la iniciación del tratamiento» (1913) Freud ya privilegia la imprevisibilidad del proceso y sus resultados. El analista debe encauzarlo o facilitar, sin poder controlar la dirección y las consecuencias. Este concepto se basa en una idea de temporalidad no lineal, vinculada al dispositivo del «a posteriori» y también a la postura de Freud que enfatiza los determinantes intrapsíquicos.

Freud lo llama un «problema práctico» que se decide en cada caso. Al analista le toca decidir si ganaría o no con la continuidad del análisis. Debemos tener presente que los análisis llevados a cabo por Freud eran procesos de unos meses pero con una frecuencia diaria, y podemos imaginar el carácter de intensidad y fuerza transferencial que ese dispositivo generaba. También nos lleva a preguntarnos sobre el factor temporal y cómo juega en un análisis actual la propuesta de sumergirse sin saber dónde y cuándo se divisará la orilla.

Jacques Lacan se ha interesado especialmente por el tema «fin de análisis». Esta expresión se refiere a algo distinto del momento cronológico de la finalización. Es decir que en la concepción lacaniana «un final» y un «fin de análisis» no son lo mismo, pueden coincidir o no. La reflexión sobre esta cuestión de si hubo verdaderamente un fin de análisis surge con relación a la experiencia del «pase», que es un procedimiento propuesto por Lacan para investigar sobre el fin de análisis, momento en que se testifica si hay un pasaje de analizando a analista.

Por nuestra parte pensamos que más importante que testificar o no frente a otros, *el fin de análisis aludiría a un efecto que el sujeto puede*

constatar para sí en la intimidad del «a posteriori» analítico. Esto no le compete al analista.

¿Y qué es lo que «pueden» los que pueden llegar a un fin de análisis de acuerdo a Lacan?

Nos dice (1973) que «un análisis implica por cierto la conquista de un saber que está ahí, antes de que lo sepamos, esto es, el inconsciente, y desde luego que el sujeto puede aprender allí cómo es que eso se produjo», o sea que es la subjetivación de ese saber sobre el inconsciente.

Otros indicadores del fin de análisis para Lacan son el atravesamiento del fantasma y la identificación al síntoma. El primero implica la capacidad de vérselas con la pulsión sin la envoltura fantasmática. La identificación al síntoma es estar advertido respecto de su síntoma, saber qué hacer con él y dejarse enseñar por él.³

Colette Soler (1986), en un seminario dedicado a este tema, nos dice que en el análisis el neurótico despliega su deseo de ser el falo, vacila entre creer en un Otro omnipotente y un Otro castrado. El fin del análisis supone el fin de esa vacilación neurótica y la caída de la transferencia. Se alcanza un término que no es la aspiración del inicio del análisis.

Nos parece de gran importancia este aspecto que tiene que ver con el cuestionamiento de los ideales, dado que estos son un reducto de esperanza para tolerar el dolor de la existencia. Nasio (1987) señala que cuando los analistas se interrogan sobre el fin de análisis hay algo de sintomático, en el sentido de que inevitablemente se interrogan sobre su propio fin de análisis, sea que este haya ocurrido o no, y también porque es un tema impregnado por los ideales de una comunidad analítica en una determinada época.

En un artículo anterior (Ponce de León, 2011) planteaba que una de las paradojas propias del lazo transferencial es que se sustenta en un deseo de continuidad pero al mismo tiempo está marcado por un límite intrínseco, ya que su destino es terminar. Aunque en algún momento el paciente

3 S. Wainsztein (1991). *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis*, Rosario, 1999. La autora refiere en esta conferencia lo que Lacan designa como atravesamiento del fantasma (1964, «Los cuatro conceptos fundamentales», *Seminario XX*, Paidós, 1990) y la identificación al síntoma (1977, *Seminario L'Insu*, <<http://www.ecole-lacanienne.net/bibliotheque/Bilingues/linsu/18-1-77-L'insu.pdf>>).

sostenga la aspiración amorosa que supone romper los límites implícitos, también aspira a un fin que imagina como la liberación de su padecer. La terminación es la prueba definitiva para el paciente de que, a pesar de lo que el lazo erótico entre ambos ha tenido de ilusión y de verdad, el analista no lo quiere para sí.

Esto conlleva un aspecto central: el análisis como experiencia entre un analizando y un analista no es ni debe ser interminable. Todo proceso analítico cumple un ciclo y debe cerrarse, ya sea porque se ha llegado a un fin en el sentido señalado, o bien porque ha tocado límites que en ese vínculo no podrán ser sobrepasados. Límites de la estructura, del analista y del propio dispositivo analítico. Lo interminable del análisis queda entonces del lado de la estructura inconsciente; es en ese sentido que dura toda la vida.

En un punto, el analista debe reconocer que han tocado esos límites y dejar caer su lugar, desde una postura activa, que no es lo mismo que «caerse» porque no encuentra otra salida. Lo contrario de que el final llegue por inercia o por agotamiento.

Sin duda, la calidad del proceso realizado depende del encuentro paciente-analista, así como también de la psicopatología en juego. Por todo ello podemos hacer solo aproximaciones sobre lo que significa haber transitado un análisis. Una fórmula posible sería haber llegado a los límites de la propia estructura.

NARCISISMO Y FIN DE ANÁLISIS

Creemos que todo proceso en su singularidad recorre las líneas de fuerza de la dramática inconsciente, un sujeto que se nos ofrece como Narciso o Edipo, por turnos y también en simultáneo. Esto nos lleva a presentar a la paciente que introduce el texto con sus palabras, en su doble dimensión de universalidad y de configuración única, fruto de una historización que se recrea en transferencia.

Nos detendremos en los avatares que provocan los aspectos narcisistas, los cuales, aunque trabajados a lo largo del proceso, fueron parte de las mayores dificultades frente a la finalización.

Dado que la denominación «narcisista» es tan abarcativa, prefiero recurrir a una definición más cercana al quehacer clínico que a la clasificación

psicopatológica. Son a nuestro entender la capa geológica más arcaica y por ello más inaccesible de la «roca dura» que menciona Freud. Dado que ahí enfrentamos los límites más fuertes en todo análisis, me voy a referir específicamente a la situación en la cual los aspectos ligados al narcisismo constituyen el centro del análisis, al menos durante un período considerable, configurando un núcleo resistencial fundamental para su avance.

Freud (1916-1917b) señaló que los pacientes narcisistas son incapaces de transferencia y por lo tanto no son analizables. Por mi parte, entiendo que si bien hacen de la persona del analista objeto pulsional, dando lugar a una transferencia característica, en la mayoría de los casos tienen muchas dificultades para remover las fijaciones primitivas y modificar su modalidad de relación con el objeto. Transfieren, pero para encontrar un reflejo especular de lo transferido, les cuesta recibir e introyectar lo que viene del otro como otro-diferente de sí. O bien, al encontrarse con la diferencia, la viven como una amenaza intolerable y se ponen en marcha mecanismos primitivos de disociación para negar y anular los efectos de esa percepción en el psiquismo.

En «La terapia analítica» (1916-1917a), Freud dice que en la terminación la libido anclada en el analista debe ser liberada y quedar a disposición del yo, modificándolo... pero que esta resolución ideal de la terapia analítica «encuentra sus límites en la falta de movilidad de la libido, que puede mostrarse remisa a abandonar a sus objetos, y en la rigidez del narcisismo, que no permite que la transferencia sobre objetos sobrepase cierta frontera».

Sonia Abadi (2002) nos dice que el narcisismo se resiste «al amor del objeto, a colocar la libido en una inversión de riesgo, a asumir la deuda de gratitud que le dejó la dependencia temprana y contraer una nueva deuda en la transferencia. De allí la necesidad de hacer fracasar al Otro en su función terapéutica. En el final del análisis resurge con insistencia el trauma no analizado a causa de las resistencias del narcisismo, pero también debido a las limitaciones del analista y las del análisis mismo».

NATALIE Y SU FINAL DE ANÁLISIS

Las palabras de Natalie pueden dar cuenta de sentimientos frecuentes en momentos finales de un proceso analítico. Sin embargo, podemos también contextualizarlos en su proceso en particular, a lo largo del cual se desplegaron sus aspectos depresivos y narcisistas, que a nuestro entender complejizan la etapa final. El análisis de Natalie fue muy intenso y movilizó fuertemente mi función como analista. Al inicio y durante mucho tiempo sentí que estaba trabajando con una paciente depresiva muy difícil, para luego entrar en el escenario de la histeria y finalmente toparme con el «lecho de roca» mencionado. Es aquí donde nos detendremos.

Natalie presenta en muchos momentos un funcionamiento en el que da cuenta de una insuficiente elaboración de la separación respecto del objeto. Sus estados depresivos son consecutivos a la vivencia de fallas en sí misma como consecuencia de las fallas del objeto. En esos momentos sujeto y objeto aparecen indiscriminados, pone alternadamente el énfasis en uno y otro, ya sea devaluándose a sí misma o al objeto.

En otros momentos la depresión aparece más ligada a la crítica del superyó. En ellos devasta activamente todo lo interno y se queda sin nada ni nadie, desaparece todo rastro de algo bueno. Aquí confluyen tanto la internalización de exigencias desmesuradas de sus padres como cierta hipertrofia de las instancias ideales (yo ideal - ideal del yo) insufladas de la omnipotencia infantil atribuida a sí misma y al otro, así como del peso de los ideales paternos.

Como parte de los procesos defensivos que se ponen en marcha frente a los estados depresivos y de fractura narcisista, la ingesta compulsiva surgirá como síntoma. Relata así lo que la desencadena: «Siento vacío, soledad y rabia por no ser lo que quiero ser o no tener, a veces se me hace insoportable». Lo que aparece como búsqueda de un placer muy primario corporal que proporcione un mínimo de satisfacción se transforma en incorporación voraz y violenta del objeto perdido que no logra metaforizar; en desmentida de la pérdida, convierte el objeto de demanda en objeto de necesidad. Al finalizar la fugaz orgía, el displacer emerge triunfante dando lugar a nuevas angustias frente a los ideales narcisistas, frente al propio descontrol.

La ausencia de deseo que trae Natalie en los momentos de depresión se puede relacionar con la falta de aceptación de los límites que nos vuelven deseantes: la muerte, la castración. La ausencia de deseo es su respuesta a la más mínima frustración proveniente del otro.

El otro es como un disparador, después el dolor es idéntico a sí mismo. El mecanismo que gatilla es siempre el mismo, sola, mal, que no vale la pena nada porque está todo mal. Cuando algo me lastima es volver a algo que me duele y me hace mal, pero ya conozco, sé lo que me pasa y sé cómo me comporto en esa situación. Es como medio paradójico, pero estoy segura... Es el miedo a depender. Yo no sé ponerles límites a los otros. Tengo miedo con este loco o con cualquiera, que pase a ser tan importante que se borre el límite de mi persona, depender tanto y perderlo y perderlo yo. Eso me da pánico.

Green (1993) plantea que la combinación del masoquismo y el narcisismo sería el modelo de invulnerabilidad ante los embates del objeto y por lo tanto a los efectos de la transferencia. «Transformar toda ganancia en pérdida es la única manera de asegurarse el resultado cada una de las veces, por anulación sistemática de cualquier dependencia respecto del objeto», privándolo de una victoria eventual.

A la hora de decidir una posible finalización con Natalie, fue necesario escuchar la compleja situación transferencial en su conjunto, así como recurrir, como guía, a la propia internalización del proceso, del cual podremos aportar solo unas pocas pinceladas.

Se trató de un final en el que la paciente se debatió arduamente con la castración, y en muchos momentos parece hablar desde sus efectos. En otros está instalada en la desilusión, pero aún aferrada a su padecimiento neurótico, a sus síntomas. Ha cesado de demandar, pero esto no le provee un alivio. Oscila entre la esperanza y la desesperanza, todavía le duele la pérdida de un Todo absoluto, y se resiste a comenzar una búsqueda nueva en el mundo de los mortales. Parece que todo estuviera dado para atravesar definitivamente ese muro que la detiene, y sin embargo se ve a sí misma paralizada, sin querer terminar de aceptar que sus límites son límites de la condición humana y no otros.

En contraposición a esta impresión, están los momentos de «confianza» en que está dispuesta a caminar sola, a desprenderse definitivamente de la parte de ella que necesita de la unión dual y de Otro omnipotente. Existen indicios de un cambio estructural, pautados por la confianza en la analista, confianza que emerge y resiste en medio de la desilusión. Pienso en la confianza como algo ligado al haber mantenido mi lugar de analista. La paciente ha captado y a la vez se ha identificado, a través de mí, con la ética del psicoanálisis. Lo confiable es la falta de concesiones, de pseudoalivios. Lacan dice (1959-1960) que cuando el paciente demanda la felicidad al analista, este debe recordar que «no solamente lo que se le demanda, el Soberano Bien, él no lo tiene, sino que además sabe que no existe».

Todavía se siente dolida de haberse enfrentado a ciertos límites, pero en lo más profundo eso mismo le inspira confianza. Habla de haberse sentido querida de una manera nueva, de una forma que incluye la verdad más descarnada y aun así persiste. No cumplí con su expectativa y sin embargo confía. Es el momento del análisis, donde pude sentir por primera vez, en ese reconocimiento final, el confiar como entrega. Un don de Natalie, desligado ya de toda espera de reciprocidad, y junto con el don, entrever la capacidad de amar que excede al narcisismo, dado que «amar es dar lo que no se tiene» (Lacan, 1957). Dice Juranville (1992) que dar es extraer de sí algo de lo simbólico, es renunciamiento al odio, es duelo: dejar de acusar al otro a quien se ha perdido. ♦

RESUMEN

En este trabajo la autora desarrolla algunas ideas sobre el final de análisis, tomando como punto de dificultad lo relativo al narcisismo, los ideales de paciente y analista y la aceptación de los límites intrínsecos a todo análisis. Para ello expone su lectura del pensamiento de Freud respecto a este tema, así como de Lacan y otros autores, para ir puntuando lo que surge de su propia experiencia analítica. A partir de las palabras de una paciente en la etapa de finalización y aspectos relativos a su problemática narcisista durante el proceso, reflexiona sobre las dificultades a que dan lugar los aspectos narcisistas para enfrentar el final de un análisis.

Descriptor: IDEAL / NARCISISMO / RESIGNIFICACIÓN / RESISTENCIA / FIN DE ANÁLISIS /

SUMMARY

In this paper the author discusses some ideas related to analysis ending, taking as a difficult issue everything related to narcissism, the ideals of patient and analyst and the limits acceptance of any analysis. She analyses her readings on Freud's thinking about this subject, as well as Lacan's and other authors, to back up also what arises from her own analytical experience. Beginning with the statement of a patient in the final period of the analysis and bearing in mind some aspects concerning her narcissistic suffering during the process, she reflects on the difficulties that these narcissistic aspects bring up when having to cope with analysis ending.

Keywords: IDEAL / NARCISSISM / RESIGNIFICATION /
RESISTANCE / TERMINATION OF ANALYSIS /

BIBLIOGRAFÍA

- ABADI, S. (2002). «Metapsicología de un drama clínico: el comienzo que insiste en el final de análisis». En *Revista de FEPAL*. 2002, pp. 44-48.
- FREUD, S. (1913) «Sobre la iniciación del tratamiento». En *O. C.*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1916-1917). «Conferencias de introducción al psicoanálisis». En *O. C.*, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- a) *Ibíd.* «La terapia analítica».
- b) *Ibíd.* «La transferencia».
- (1937). «Análisis terminable e interminable». En *O. C.*, tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GREEN, A. (1993). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- JURANVILLE, A. (1988). *Lacan y la filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.
- LACAN, J. (1957). Seminario 4, *La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- (1959-1960). Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- (1973). «Sobre la experiencia del pase» (3/11/1973). Texto establecido por J. A. Miller. *Lettres de l'École Freudienne*, n.º 15, junio 75, pp. 185-193 (trad. Irene Argoff).
- NASIO, J. D. (1987). *Fin d'une analyse, finalité de la psychanalyse*. Colloque à la Sorbonne, mai 1987. Mouvement du Coût Freudien, París, Solin, 1987.
- PONCE DE LEÓN, E. (2011). «Cinco paradojas sobre el erotismo y la transferencia». En *RUP* 112, junio 2011.
- SOLER, C. (1986). Seminario *Finales de análisis, historia y teoría*. Buenos Aires: Manantial, 1988.

Pensando la transicionalidad y su patología



CRISTINA L. DE CAIAFA¹ & FRANCISCO AMEGLIO²

El concepto de espacio, objeto y fenómenos transicionales es quizás uno de los más singulares aportes de este original y tan agudo clínico del psicoanálisis británico, D. Winnicott, que muchos hemos conocido en nuestro medio gracias al profesor Prego Silva, a quien siempre recordamos con afecto y reconocimiento.

El concepto de transicionalidad está estrechamente relacionado con otros conceptos-llave o prínceps en la obra de Winnicott. Nos referimos por cierto a sus planteos acerca del *holding* y del *handling* como formas del vínculo materno cargado de consecuencias en la vida psíquica del niño, aspectos que no desarrollaremos in extenso en esta comunicación pero que constituyen elementos esenciales en las dinámicas que hacen al ambiente facilitador.

Vayamos entonces a delimitar cómo entendemos la transicionalidad y sus fallas con relación a su concepción del objeto.

El espectro que abarcan los objetos subjetivos, transicionales y objetivos está íntimamente relacionado, va de la mano, diríamos, con el proceso que va de la dependencia absoluta a la independencia relativa.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ameglio@adinet.com.uy

Estamos de acuerdo con M. Pelento (citada por Barreiro, 2012: 36) cuando señala que «en la teoría de Winnicott cada objeto tiene e inaugura un espacio. Así el objeto subjetivo abre el mundo interno; la presencia de la madre como algo independiente da cuenta de la realidad compartida; y el objeto transicional inaugura el espacio de la creatividad».

El objeto subjetivo constituiría la relación inaugural en las prístinas etapas de la vida del recién nacido. Son experiencias subjetivas en las cuales la madre o parte de ella es creada gracias y a través de la vivencia de omnipotencia que ella promueve y que permite al *infans* experimentar la progresiva y gradual experiencia de ser en tanto y en la medida en que puede crear.

Recordemos que si bien es el *infans* quien crea, es el ambiente el que habilita la creación al presentar el objeto.

Aquí lo esencial es que mediante la ilusión él pueda creer que crea, y esto sobre una base de unión necesaria madre-bebé.

Ahora bien, para pensar en el objeto transicional, Winnicott se aleja y toma un punto de vista distinto del de Klein en su dicotomía entre objetos internos y externos. No rechaza ni desconoce los postulados de Klein, diríamos que los complejiza y al mismo tiempo los enriquece mientras en cierta medida cuestiona la clásica dicotomía kleiniana.

Es así que inaugura y nos invita a pensar la categoría de objetos y fenómenos transicionales (Winnicott, 1971: 17-46).

«Introduzco los términos objetos transicionales y fenómenos transicionales para designar la zona intermedia de la experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento de la deuda y el reconocimiento de esta» (Winnicott, 1971: 18).

«First not me possession» es una paradoja, como otras tantas que nos hace descubrir, no sin sorpresas y dificultades, este agudo clínico. «No estudio específicamente el primer objeto de las relaciones de objeto. Mi enfoque tiene que ver con la primera posesión, y con la zona intermedia entre lo subjetivo y lo que se percibe objetivamente» (Winnicott, 1971: 19).

Es esta tercera zona de la experiencia que permite la distinción entre yo y no-yo, entre lo propio y lo ajeno, entre lo subjetivo y la alteridad. Myrta

Casas señala con acierto que «esa zona intermedia es el ámbito donde se juega la estructuración psíquica» (1999: 260).

El «entre» no remite a aspectos físico-espaciales, sino que designa y pone el acento en modalidades de experiencia y de relación, lo que tiene también mucho de lo temporal en el contexto de lo que está aconteciendo, y que permite una cierta discriminación con el objeto junto con la pérdida (del objeto subjetivo), anuncio de simbolización.

La manta, el osito de peluche son testimonios de presencia y de intermediación, como también pueden serlo una melodía, un sonido, unos fonemas aparentemente descosidos pero que cobran un sentido singular y particular al hilvanarse en el entredós del espacio transicional que se instauro y construye en el vínculo madre-*infans*, siempre y cuando el ambiente sea facilitador. Presencia e intermediación que habilita el darles sentido vital a estos primeros engramas y códigos vinculares, intermedios necesarios para la estructuración del psiquismo así como de un vínculo habilitante.

El objeto transicional debe sobrevivir a la agresión y al daño y tener cierta textura sensorial para que el bebé lo sienta como vital, pero al mismo tiempo dé lugar a cierta realidad experiencial propia.

Llegado su tiempo y cumplida su función, no se lo llora, no se hace duelo por él, tampoco se lo olvida, no cae bajo la represión, se decatextiza, pierde significación mientras el espacio transicional se va poblando con la riqueza del juego, la simbolización, la imaginación creadora y de las experiencias de participación en los fenómenos de la cultura en los que esa riqueza y disfrute se comparten en el campo de las artes, la religión, las ciencias, etcétera.

Pero ¿qué pasa cuando ocurren fallas tempranas en esta aria-obertura a dos voces?

¿Qué consecuencias tendrá sobre las posibilidades de simbolización?

Cuando este proceso no se da, cuando hay fallas en la transicionalidad, estaríamos frente a condiciones de existencia que muy posiblemente desemboquen en el campo de la psicopatología.

JULIÁN

Hace ya varios años vino a consulta una madre joven con su niño de dos años y medio, a quien llamaré Julián. El motivo de consulta era que su hijo no hablaba ni jugaba y no parecía interesarse por los juguetes ni por las personas; dijo que ella «había notado algo», pero que el llamado de atención que motivó la consulta provino de la guardería.

Julián, hijo único deseado por sus padres, recibió en su historia temprana el impacto de un drama que dejó sus marcas.

A poco de nacer él, su madre aún en el puerperio debió consultar por molestias físicas que luego de diversos exámenes desembocaron en un diagnóstico oncológico. Ella se deprimió muchísimo y ocultó este diagnóstico a su familia y a su esposo, mientras comenzó a dedicarse febrilmente a preparar los pocos exámenes que le restaban para terminar la carrera universitaria que cursaba.

Describe cómo «estudiaba a toda hora» con el cochecito al lado atendiendo lo imprescindible del cuidado del bebé, que él dormía mucho y ella estudiaba.

En su relato no aparecían menciones a otros intercambios, miradas, mimos, arrullos, juegos, como si aquel diagnóstico hubiera configurado una hemorragia libidinal que dejó al bebé despojado del investimento materno.

Esto continuó por meses, y ya muy cercano al año del niño a la mamá le comunican que hubo un error de diagnóstico y que no tiene cáncer. Entonces, estaba sana, recibida. A la vez que Julián, «muy inquieto y desatento, que solo se entretenía rompiendo papeles», diarios, revistas, libros, lo que estuviera a mano. Durante el segundo año en la guardería no se vincula con otros chicos ni desarrolla lenguaje, deambula sin interesarse por nada, no se le notan progresos, entonces en la guardería se inquietan y plantean la consulta.

Al preguntar por el padre, que nunca concurrió, dice que trabaja muchas horas fuera de casa y a veces debe trasladarse al interior, «no está mucho con él». Actualmente la mamá también trabaja, y fuera de las horas de la escuelita cuando ella no está lo cuida una empleada.

Propongo una serie de entrevistas, las que se realizan en presencia de la madre. Ella se mantiene alejada y pasiva, mientras Julián no mira la caja

de juegos que parcialmente abierta muestra sus contenidos que «invitan» a ser descubiertos. Tampoco mira a su madre ni a mí. Deambula por la sala hasta que «encuentra» una revista y empieza a romperla sacando pedacitos de las hojas y dejándolos caer.

La escena se mantiene un cierto tiempo mientras lo observo en su despliegue y luego empiezo a juntar los pedacitos y a ponerlos dentro de una ollita que saco de la caja.

Luego pongo palabras: «Estás haciendo papa», «¡Hum, qué rico!», y hago la mímica de comer de esa papa-papelitos. Repito «qué rica papa hace Julián»; ahí me mira. ¿Será que se sintió nombrado? Yo lo miro y hago el gesto de darle a él que espera quieto y tolerando esa aproximación. Mi «gesto alimenticio» se acompaña de palabras que subrayan: «¡Qué rica papa hizo Julián!». Él continúa mirándome y esboza un gesto de darme él.

Miro a la madre, se le caen lágrimas. Dice: «Desconozco a mi hijo. ¡Es otro! Nunca hizo esto, nunca jugó», y agrega: «Creo que yo nunca jugué con él así».

Este breve recorte, una cuasiinstantánea si pensamos en los tiempos naturalmente elongados de un análisis, es suficiente para abrir un montón de preguntas. Reflexiones e interrogantes cuyo despliegue nos conducirá por zonas de teoría y clínica que con frecuencia nos sitúan en los confines de nuestra comprensión como analistas o de nuestras posibilidades de incidir para aliviar el sufrimiento. Ya sea que intentemos propiciar encuentros diferentes madre-hijo, o quizás para que puedan surgir una madre y un hijo más allá del hecho biológico. Recordando a Margaret Mahler y su propuesta de un «nacimiento psicológico del infante humano» y de las necesarias condiciones para lograrlo, arribamos a preguntarnos, ahora desde perspectivas winnicotianas, cómo surgen un bebé y su madre.

Cuál es la naturaleza de esta relación que lo llevó a decir que no existe eso que llamamos bebé, para marcar la presencia ineludible de ambos, madre e hijo en su encuentro, un encuentro cuya naturaleza se modifica en un pasaje del uno al dos, pero que también incluye la paradoja del ser uno y ser dos.

Por este camino llegamos a un hecho central en el desarrollo emocional temprano: la *dependencia*. Un fenómeno visible, racional y lógicamente comprensible, los bebés dependen física y emocionalmente de sus madres. Pero ello incluye involucramientos conscientes e inconscientes, personales

e interpersonales, los cuales hacen a su vez a la complejidad del concepto de *entorno o ambiente facilitador*.

Cuando D. Winnicott plantea el desarrollo emocional (1993: 199-214) como un recorrido que desde la *dependencia absoluta* pasa por una *dependencia relativa* y avanza hacia una *independencia creciente*, que también es relativa, nunca completa, está a su vez apuntando al diálogo, y a la calidad de este, entre lo propio del niño y el entorno. Apunta al diálogo con el ambiente facilitador, contraparte esencial del estado de dependencia absoluta del recién nacido.

Ese ambiente facilitador es primero la madre, pero con ella se incluyen el padre, la familia, la sociedad. Estos otros términos constituyen para la madre *su* ambiente facilitador, el que le aporta reaseguros libidinales y afectivos así como amparos frente a las exigencias de la realidad externa. Constituyen elementos que contribuyen a calmar sus temores y ansiedades y garantizan un clima que le permita desempeñar una función materna suficientemente buena.

Cuando hablamos del diálogo entre dependencia y entorno facilitador y señalamos la calidad de este, apuntábamos a aquellos encuentros que se malogran por factores de diverso origen o por dinámicas que obturan ese diálogo afectando el surgimiento de un bebé sano emocionalmente, tal como pensamos el caso de Julián. Un niño que vio comprometida la etapa más temprana de su existencia por factores de enorme peso en la economía emocional de su madre.

Veíamos que la madre es para un bebé su primer entorno facilitador, y ello desde antes de nacer. El primer ambiente es el interior del cuerpo materno, el útero prenatal con sus funciones de protección y sustento, en perfecto ajuste con las necesidades del feto.

Y luego del nacimiento nuevamente la madre, ahora como sujeto pleno de deseos vitales para su hijo y funcionando como una unidad integradora-dispensadora de afectos y técnicas de crianza al compás de las necesidades que capta en él.

Allí se cruzan una *identificación profunda* con el hijo y sus necesidades (cien por ciento, dirá D. Winnicott), *su experiencia inconsciente* (actual y presente) de haber sido bebé, de haber recibido cuidados maternos junto con *su deseo* de ahora poder brindarlos, en un entretejido con los

aprovisionamientos que recibe de su entorno familiar y emocional y que incluyen enseñanzas, costumbres, tradiciones familiares que se inscriben y son portadoras del bagaje cultural de pertenencia.

D. Winnicott ha remarcado esa identificación de la madre con el hijo implícita en el sostén, concepto winnicotteano que excede ampliamente, como sabemos, el sostén físico, si bien en estas etapas la forma en que se da es también relevante.

Esa identificación materna con el hijo le permite, diríamos, significar sus señales para comprender sus necesidades, de modo que estas, colmadas a tiempo, no lleguen a ser notadas, es decir, no existan como necesidades. Porque si esto no fuera así se anticiparía la separación y con ella la indefensión dolorosamente experimentada. Esta identificación y esta comprensión maternas son parte de lo que D. Winnicott ha llamado el «allegamiento yoico de la madre» (1993: 41), quien, como forma de asistencia al hijo, aporta el único funcionamiento yoico de que un bebé temprano dispone: el *yo* de su madre, quien es al mismo tiempo ignorada como *otro*. El bebé en estos tiempos no conoce al objeto materno, él *es con* la madre en unidad con ella, no existe conciencia de separación. La madre es un objeto subjetivo, no tiene para el bebé existencia propia, aparece y desaparece al compás de la necesidad experimentada o satisfecha.

Claro que esto es así si todo va bien y la madre es suficientemente buena, si sus cuidados protegen al bebé de verse expuesto a fallos o agravios que, por acción u omisión, lo lleven a experimentar angustias impensables, esas que D. Winnicott llamó agonías inconcebibles. Esta designación da cuenta no solo de lo intenso e intrusivo que puede resultarle al bebé, sino también del hecho de que él aún no dispone de un aparato psíquico y de un *yo* capaz de procesar psíquicamente estos estados.

Entonces lo que sucede es que se inunda de esas angustias extremas que lo toman, toman su cuerpo y lo impregnan de sensaciones insoportables, del horror a sentirse:

- cayendo sin sostén alguno
- desmembrándose
- perdiendo toda relación con el cuerpo
- en total aislamiento

Es decir que nos encontramos con la materia prima de las angustias psicóticas y las vivencias de aniquilamiento.

Thomas Ogden en su libro *La matriz de la mente* enfoca lo que él a partir de su lectura de Winnicott considera la dependencia materna respecto del hijo y su influencia sobre el desarrollo psicológico del bebé. Plantea que se genera una nueva entidad psicológica, un compuesto «la madre bebé» (Ogden, 1989: 136).

Ese compuesto implica que el entorno forma parte del individuo en desarrollo, «en este sentido todos los niveles del desarrollo están representados en el compuesto la madre bebé» (Ogden, 1989: 136). Eje sincrónico del desarrollo que Ogden extrae de la propuesta winnicotteana. «Un aspecto de la madre está mezclado con el bebé en un estado al que Winnicott se refiere como preocupación materna primaria (1958). Esa experiencia de perderse uno mismo en el otro (“sentirse en el lugar del bebé”) es la vivencia de la madre de convertirse en una parte de la madre bebé» (o. cit.: 136). Esa experiencia es lo que le permite comprenderlo a partir de lo que siente con él, pero la comprensión proviene de la parte adulta del «compuesto». Estamos situados en la paradoja «la madre y el bebé son uno - la madre y el bebé son dos». Ogden remarca el hecho de haber sido con Winnicott que el psicoanálisis elaboró el concepto de madre como matriz psicológica del bebé. «Debido a que el entorno interno sustentador del bebé, su propia matriz psicológica tarda en desarrollarse, sus contenidos mentales existen inicialmente dentro de la matriz mental y física materna» (o. cit.: 142). Entonces es la madre entorno la que proporciona el espacio mental dentro del cual se empiezan a crear las vivencias del bebé. Pensamos que con esto nos acercamos a la función *rêverie* materna de W. Bion.

Todo lo señalado nos lleva a pensar una vez más en lo necesario de esta intensa y compleja unión para poder luego acceder a la gradual separación. Esa que hace surgir una madre y un bebé. Y si pensamos en Julián, qué madre y qué bebé.

Estamos aproximándonos al planteo de la *dependencia relativa* cimentada ya no en el ajuste perfecto de la madre, sino en sus *fallas* graduales, «a medida» y con posibilidad de ser enmendadas. En la reiteración de esas fallas en el contexto de un vínculo que da lugar a experimentar la rabia, el pataleo (que es protesta, reclamo, pero también placer de la expresión

motriz del yo corporal naciente), la madre va asumiendo una mayor autonomía respecto del bebé, el que a su vez la va liberando al asumirse uno (integración mediante) y separado. Ella reemprende su vida y él empieza a vivir la suya.

D. Winnicott advierte que una madre que no puede ir fallando en forma paulatina le impide a su hijo experimentar la rabia, no le da razones para sentirla y expresarla y de ese modo le dificulta la fusión de la agresividad y el amor.

En ese no fallar como otra falla materna, pensamos que ambos pierden la oportunidad, la posibilidad y riqueza de la reparación. En esta línea nos parece interesante destacar que la reparación para Winnicott, en un matiz de diferencia con M. Klein, no está completa si el objeto no da una respuesta que dé cuenta de su sentirse reparado. Es la respuesta del objeto lo que certifica el acto reparador, al inscribirlo en el diálogo y el vínculo entre ambos, y con ello trae el alivio a la culpa y al penar por el daño ocasionado.

Otro punto respecto del valor de la falla materna es que constituye una vía para que el bebé pueda percatarse en su ausencia de su necesaria presencia.

Diríamos que hay que haberlo tenido y bien para poderlo perder (como objeto subjetivo), y hay que haberlo perdido para poderlo simbolizar y conocer.

El pasaje del estado de dependencia absoluta al de dependencia relativa evoca el pasaje del principio del placer al principio de realidad en Freud.

Es como una afrenta a la omnipotencia y a la creatividad primaria experimentada. Ahora el mundo existe per se, y se va poblando de objetos no-yo.

Hay angustia y dolor en esa afrenta acontecida cuando el niño está en la transición del vínculo de fusión con la madre a un tipo de relación en la que ella tiene una existencia externa y separada. Y esa angustia se mitiga mediante el uso de los objetos transicionales que inauguran la tercera zona de experiencia, esa que se abre a las riquezas de la potencialidad en los seres humanos.

En el objeto transicional se anticipa algo de la realidad externa por medio del contacto con los sentidos o la musculatura, etcétera, pero al mismo tiempo se lo niega al retener en él algo de las cualidades mágicas, y ello en salvaguarda de la omnipotencia a la que es tan difícil renunciar.

Es un objeto en el que confluyen, como veíamos al comienzo, la idea de una posesión, la primera posesión no-yo, y la idea de creación por parte del niño. Ser una posesión marca una diferencia —me pertenece—, no soy yo. Ser una creación pone la marca del sujeto, pero en algo fuera de él. Estas ideas sostenidas en la paradoja no se incomodan, coexisten y hacen a la función de tolerar la erosión de la matriz psicológica que la madre aportaba, al tiempo que la matriz psicológica propia se va consolidando y va mostrando su riqueza en el despliegue de su propio espacio potencial.

La fertilidad del despliegue de los fenómenos propios de la transicionalidad, la apertura al simbolismo, al juego creativo, a la potencialidad de las producciones simbólicas y a la riqueza cultural, todo ello, veíamos, se cimienta en las más tempranas épocas de la existencia y en el marco del vínculo con la madre, con los padres. Y es la cualidad de estos vínculos la que marcará el camino hacia futuros posibles.

Llegados aquí, volvemos a pensar en Julián y su mamá, en esa historia y en sus marcas.

Nos preguntamos: ¿qué pasó en esta madre al recibir un diagnóstico fatídico cuando acababa de tener a su primer hijo?

Podríamos hipotetizar que a la depresión puerperal se agregó una «sentencia», el cáncer, y que esto la deprimió aún más, al punto que se movilizaron en ella defensas extremas. Negó y renegó, ocultó el diagnóstico, dedicándose a estudiar para terminar su carrera. Desplazó y sustituyó el temido final (de su vida) por una finalización vital, un logro en vez de una pérdida. Su lucha y su energía se concentraron en el estudio al tiempo que dejó de lado a su hijo.

A Julián no lo olvida totalmente, lo atiende en sus necesidades elementales, pero no parece incluirlo en el circuito de circulación de sus afectos e investimentos. Julián no parece haber sido el objeto del amor materno. Su madre tampoco parece haber estado en esa profunda identificación que Winnicott describe en la «preocupación maternal primaria». Más bien esta madre, expuesta ella misma a angustias inconcebibles, parece haberse cerrado sobre sí misma en una especie de burbuja narcisista ajena a toda otra preocupación.

El ocultar el diagnóstico a su familia, a su esposo, podríamos pensarlo quizás como parte de esa renegación de su enfermedad, lo que le permitía

seguir «sana» frente a ellos, ser vista «sana». Pero por esta misma vía no se permitió recibir de ellos el sostén y amparo imprescindibles a su situación y a su propio hijo.

Quizás en una perspectiva con matices kleinianos podríamos pensar en una negación maníaca operando como defensa extrema, buscando una completud, un trofeo narcisista en la culminación de su carrera, al tiempo que su hijo parece quedar desterrado de su mente y de sus afectos con una carga mortífera depositada en él.

Si enfocamos a Julián, a los pocos días de nacer se encuentra expuesto al desamparo emocional, al trauma de no contar con una madre ambiente sensible a sus necesidades. Recibe cuidados físicos, que evocan a los bebés que observó Spitz, pero no cuenta con el allegamiento yoico de una madre identificada profundamente con él, movida por lo libidinal, por el amor y los deseos de vida hacia su hijo.

En esta situación queda expuesto a las agonías impensables, esas que sobrepasan toda posibilidad en él en ausencia de una madre sana y normalmente dedicada a su hijo.

En un trabajo anterior (López de Caiafa, 2002), uno de nosotros enfocaba el proceso por el cual un niño se apropia, construye y crea su propio cuerpo como condición necesaria para constituirse sujeto. En ese enfoque se resaltaba la influencia decisiva de la madre para el logro de una vivencia corporal integradora y personalizada en un yo corporal. Ello sucede por medio de los intercambios cotidianos que en el vínculo con la madre amalgaman sostén, manipulación y la libidinización que presentifica y vehiculiza el deseo materno.

«Gestos, mimos y juegos materno-filiales que constituyen para el bebé ceremoniales de presentación de su cuerpo» (López de Caiafa, 2002: 104). D. Winnicott ha señalado que «la madre está permanentemente presentando y volviendo a presentar el cuerpo del bebé a la psiquis» (Winnicott, 1989: 322).

Julián dispone de su cuerpo, camina, se desplaza, pero no ha hecho de su cuerpo un medio de vinculación con el mundo y sus objetos ni un instrumento de búsqueda de comunicación. En ese errar sin meta no se ve disfrute alguno, el placer de ser y hacer con su cuerpo no está presente. No hubo quizás esa exploración visual y manual complacida del cuerpecito del hijo o de las potencialidades que el deseo materno descubre en él. Esto nos

lleva a pensar en algo de la orfandad con una madre viva, como plantea A. Green en su concepto de la madre muerta (1983).

Si pensamos la transicionalidad y su función en la separación, Julián ¿de qué objeto madre se separaría? ¿De qué unión se desasiría? En su andar vagando sin apegarse a nada parece reeditar algo de sus primeros tiempos en que dormía y dormía. ¿Sería quizás su modo de «apagar el mundo», un mundo que la madre no le presentó ni iluminó para él? Un mundo que a sus dos años y medio está poblado de objetos que para él no existen, no significan.

Sin embargo hay algo que parece interesarle: el romper papeles. Y nos preguntamos qué habrá allí. ¿Se trata de una huella de aquellos papeles en los que su mamá se le perdía? ¿Es la mamá-papel de una unidad patógena que suplantó a la sana y esperable de la unidad mamá-bebé? ¿Es la rabia lo que mueve ese gesto? ¿O es él mismo cayendo en pedacitos sin el sostén materno? ¿O es una muestra de su existir frágil y desintegrado?

No lo sabemos ni quizás vayamos a saberlo. Pero si vamos a la entrevista con Julián se abren otras puertitas y nuevas preguntas.

Al inicio deambula sin interesarse por nada ni nadie, la madre silenciosa y pasiva en segundo plano no intenta interesarlo por nada o estimular algún acercamiento a algo.

Actúa lo que quizás ha sido su rol habitual, no presenta al hijo los objetos del mundo como hacen en general las madres. Y si ella no los presenta, ¿cómo haría él para descubrirlos-crearlos?

Luego «encuentra» la revista y empieza a romper el papel, yo lo observo y luego de algún tiempo voy juntando los papeles y colocándolos dentro de un recipiente. Le digo: «Estás haciendo papa». Me surgió decirlo así, aunque las otras hipótesis estuvieron presentes pero no formuladas. Pienso que se me impuso esta formulación a partir de sus limitaciones y carencias en el hacer. Una carencia que quizás sentí derivada de la pasividad de la madre allí, de su falla en otorgar sentidos a las acciones del hijo. Pienso que se hizo presente por mi parte la necesaria «violencia de la interpretación» propuesta por Piera Aulagnier.

La madre al nombrar lo que el hijo hace lo semantiza, lo interpreta, y eso que ella nombra empieza a ser para el hijo. El lenguaje es también encuentro y creación, la paradoja también está en él.

Yo continúo y reafirmo: «Qué rica papa hizo Julián». Lo miro, lo nombro y «como» de la papa que él hizo.

El gesto mecánico de romper papel se ha inscrito en una frase que lo transforma al darle sentido. Este sentido además lo conecta con el *otro* en un mensaje de acción, yo como y lo invito a comer a él.

A partir de allí el diálogo gestual se insinúa posible, él esboza el gesto de darme a mí, el gesto se ha vuelto simbólico y creo que nos pudimos acercar al umbral del juego. Esto era inédito en él, de acuerdo a las palabras de la madre.

«Desconozco a mi hijo», dice, dando cuenta de cuánto no ha podido identificarse y conocer de él y de sí misma. Si bien parece que se asoma algo del reconocimiento de sí, de ese *no* en que se situó para él: «Yo nunca jugué con él así».

La madre presentadora de objetos y de juegos también estuvo ausente, pero ahora los *no* de su descripción inicial comienzan a volver a ella.

El verla conmovida por ese asomo del «darse cuenta» constituyó un destello de esperanza.

MARÍA

María, treinta años, es una estudiante avanzada de ingeniería que ha venido cursando con muchas dificultades y fracasos su carrera. Se pone nerviosa en los exámenes, «son una tortura», a pesar de que pasa largas horas nocturnas preparándolos.

Trabaja en una empresa familiar, ámbito protector que le permite una cierta experiencia laboral. En su primer año de análisis, «mágicamente» comienza a salvar todas las materias.

«Mis padres se separaron cuando tenía un año, ya había problemas... Pero no recuerdo... Mamá se volvió loca y sigue depresiva hasta hoy... Siempre fue así, dice papá.

»Yo llegaba del colegio y me ponía el camión para ver televisión con ella y hacer los deberes, comer y despuésirme a dormir cuando podía... porque no podía alejarme de ella.

»Llamaban mis amigas y yo con mamá, nunca contestaba. Éramos un pegote.»

Hoy María vive en pareja porque Joaquín, su novio, la «arrancó» de los brazos de su madre después de dos años de relación, relación en la que la sexualidad es problemática, no hay deseo y parece impensable la maternidad.

«No me imagino ser madre a mi edad, ¿qué me está pasando?», dirá María en varias oportunidades.

«A mi madre no la llamo porque la extraño. Si la veo, me dan ganas de llorar y no me acerco porque tengo miedo de no poderme rescatar.

»Siempre necesito de alguien que me cuide: papá en el trabajo, Ana en la facultad, Joaquín en la pareja... ¡es horrible!»

Le digo que me ubica en el lugar de una madre que la cuide pero que la ayude a salir de sus pegotes iniciales con su madre y también a poder seguir salvando exámenes.

María acude a las sesiones puntualmente o aun llegando antes de su hora. Su pensamiento es concreto y su capacidad de asociación limitada, dando cuenta de serias dificultades en la simbolización, lo que explicaría parcialmente sus pobres resultados académicos.

Dato no menor, y que surgió tardíamente en el proceso analítico, es que su madre fue abandonada al nacer y fue criada por padres sustitutos con los cuales hoy no mantiene contacto o vínculo alguno.

Abandonos, desencuentros, encuentros fallidos parecen ser los acordes que pautan esta *sinfonía patética*, que se escuchan en el registro transferencial que despliega la paciente en sus movimientos de historización, acompasados por la angustia, sin que suene en esta melodía ningún acorde de un *allegro vivace*.

Sabemos que el concepto de trauma se refiere no solamente a un acontecimiento que ha ocurrido, que ha sucedido, sino también a algo que no ocurrió cuando debía suceder.

Trauma psíquico causado por una ausencia de respuesta de la madre-ambiente, objeto de la necesidad en los primeros e inaugurales vínculos entre madre y niño.

«El no objeto, en este concepto, no significa la representación del objeto sino la no existencia del objeto» (Green, 1994: 319).

Winnicott, refiriéndose a pacientes fronterizos, plantea que en estos la ausencia de la madre más allá de lo tolerable se vive y se experimenta como equivalente a su muerte.

Y esto nos remite al vacío, llegando a la conclusión de que para estos infantes «lo único real es el hueco, es decir la muerte o la ausencia... Sería el lado negativo de los vínculos» (Green, 1994: 318).

Algo similar, en un registro intertextual, encontramos y nos acerca al concepto de madre muerta desarrollado en la obra de A. Green.

Sostiene que la desaparición de la representación interna correspondería a la representación interior de lo negativo.

Vacío que nos remitiría a una ausencia de representación y que al mismo tiempo se erige como una representación de la ausencia.

Entonces, ¿qué cualidad de objeto interno encontramos en estos pacientes y particularmente en María?

En este vínculo tan dual, preedípico e indiscriminado con una madre depresiva pensamos que habrían existido serias dificultades en el acceso a la transicionalidad. Sus maniobras de alejamiento y de tomar distancia de ella estarían dando cuenta quizás de un temor, angustia (y deseo a la vez) de quedar nuevamente soldada a ella y también de reencontrarse con su ausencia.

¿Madre objeto fetiche o madre objeto acompañante? Es así que necesita hoy recrear en los distintos aspectos de su vida la presencia de otro que proporcione un allegamiento yoico, un apoyo, compañía, que no estuvo oportunamente y si lo hubo fue un encuentro fallido con un objeto malherido y desvitalizado, con la consecuente falla en la instalación de la terceridad del espacio y tiempo transicional.

Refiriéndose a casos fronterizos Winnicott nos dice: «El bebé puede emplear un objeto transicional cuando el objeto interno está vivo, es real y suficientemente bueno (no demasiado persecutorio). Pero las cualidades de este objeto interno dependen de la existencia, del carácter vivo y del comportamiento del objeto externo. Si este da prueba de cualquier carencia relativa a una función esencial, esta carencia conduce indirectamente a un estado de muerte o a una cualidad persecutoria del objeto interno. Si el objeto externo continúa siendo inadecuado, el objeto interno no tiene significación para el pequeño y entonces, pero solo entonces, el objeto transicional se encuentra, también él, desprovisto de toda significación» (Green, 2005: 37).

Pensamos en el encuadre, el eje transferencia-contratransferencia y la presencia real del analista como un tercero que facilita y actualiza la

terceridad necesaria, dando lugar a nuevas resignificaciones de esas primeras inscripciones psíquicas. Resignificaciones que apuntan, *après coup*, a poner freno y a mitigar la fuerza de la compulsión a la repetición, tan responsable y generadora de sufrimiento y de dolor psíquico en nuestros pacientes.

Es el analista que se aviene y presta en el lugar de un tercero facilitador de la separación en el registro dual con su disposición y presencia para allegarse pero también separarse.

La capacidad/incapacidad de simbolización es otro eje que despierta interrogantes en María, y que también fue obstáculo en el proceso analítico. «Simbolización implica tanto pérdida como sustitución», afirma Casas de Pereda, afirmación fuerte en sentidos y contenidos que se desprenden de la lectura del texto y que nos remiten al texto-discurso de la paciente.

Si nos referimos al déficit o trastorno en la simbolización, habría «excesos de referentes fácticos, dificultades con la metáfora (ecuación simbólica). Son trastornos de la sustitución que impiden a la metáfora surgir en su mayor nivel de abstracción» (Casas, 1999: 330).

Evocamos y convocamos a María, quien en su discurso concreto pone al analista en lugar de un tercero que promueve una traducción metafórica sustitutiva de sus vínculos presentes, en la que la pareja, la compañera de estudios, etcétera, y el analista devienen, se convierten en ese otro presente que encarna y delata la ausencia inicial.

D. Winnicott ha señalado que según cómo haya sido la madre de un niño en las etapas tempranas se podría anticipar qué salud o qué patología puede esperarse en el devenir del crecimiento.

La transicionalidad bien transitada da lugar a una estructuración psíquica en la que se puede aventurar el despliegue de las potencialidades personales y la cualidad y riqueza de los vínculos.

La transicionalidad obstaculizada, fallida, distorsionada da paso a existencias psicopatológicas, a las psicosis, a las estructuras *borderline*, a las adicciones, a los falsos *self*, etcétera. Cuadros y situaciones en los que más allá de la nosografía lo que aparece es el sufrimiento. ♦

RESUMEN

A partir de pensar dos situaciones clínicas se focalizan conceptos e ideas winnicotteanos en la zona de la transicionalidad para pensar en torno a sus patologías.

Descriptor: OBJETO TRANSICIONAL / ESPACIO TRANSICIONAL / MADRE
SUFICIENTEMENTE BUENA / PREOCUPACIÓN MATERNAL PRIMARIA / SIMBOLIZACIÓN /
Descriptor candidato: ANGUSTIA IMPENSABLE / TERCERIDAD
Autores-tema: Winnicott, Donald

SUMMARY

From two clinical cases this paper focuses the winnicottian concept of transitionality in order to think around some of its pathological forms.

Keywords: TRANSITIONAL OBJECT / TRANSITIONAL SPACE / GOOD-ENOUGH
MOTHER / PRIMARY MATERNAL PREOCCUPATION / SIMBOLIZATION /
Candidate keywords: UNTHINKABLE ANXIETY / THIRDNESS /
Authors-subject: Winnicott, Donald

BIBLIOGRAFÍA

- BARREIRO, J. *Clínica del uso del objeto*. Buenos Aires: Letra Viva, 2012.
- CASAS DE PEREDA, M. *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- GREEN, A. (1971). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1994.
- (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- (2005). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- LÓPEZ DE CAIAFA, C. «El cuerpo habitación construcción creación». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, noviembre 2002.
- «El objeto-el otro, pensados a partir de ideas de Winnicott». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, junio 2009.
- OGDEN, T. (1986). *La matriz de la mente*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989.
- WINNICOTT, D. (1958). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- (1965). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- (1971) *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 1997.
- (1989). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós, 1991.

Análisis: movilidad de los confines



JUAN CARLOS CAPO¹

Yo, que he sobrevivido a millares de tardes / y cuyo nombre pone retemblor en las lanzas / no he de soltar la vida por estos pedregales. / ¿Muere acaso el pampero, se mueren las espadas? // Pero al brillar el día sobre Barranca Yaco / hierros que no perdonan arreciaron sobre él: / la muerte, que es de todos, arreó con el riojano / y una de puñaladas lo mentó a Juan Manuel.

JORGE LUIS BORGES, 1981 (a)

... los caminos espinosos de lo imposible, cuyos nombres comunes son Dios, el amor y el sexo, los nombres de esos agujeros que nos aspiran en sus torbellinos.

CATHERINE MILLOT, 2008 (2)

LIMINARES. De manera frecuente se podrá hallar que una invitación a escribir en análisis puede alcanzar un carácter impositivo, y es de presumir que proceden de fuentes inconscientes tanto el pedido como el asentimiento final de quien acepta escribir como quien analiza: sin saber...

Otra razón de la invitación a escribir puede tener que ver con que el tema elegido sea de carácter espinoso.

Se intentará discurrir entonces sobre límites y confines. Ese es el pedido explícitamente desplegado.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juancap@netgate.com.uy

Estas cuestiones podrán mover pues la carcasa del navegante que se echará a la mar en pos de un virtual escrito que verá o no la luz.

Podría él optar por no arriesgar y dejar el boceto a medio escribir. Que permanezca en lo oscuro del plancton a la espera de asomar en otra oportunidad a la luz.

O yacer en la oscuridad de un cajón, desechado o recubierto por la funda del olvido.

En su elaboración habrá de luchar contra la resistencia de los vientos, y los rayos y centellas que arrojan los dioses que han oscurecido el cielo en su *hübris* (exceso, extravío, desenfreno) incoercible e inconcebible.



LA MUERTE DE LACAN. CARTA DE LA DISOLUCIÓN DE LA ESCUELA FREUDIANA DE PARÍS. Escribe Lacan en una carta *circa* 1980 (él morirá un año después): «En esta escuela no se está de acuerdo más que sobre eso: se me ama. De tal manera que se querría que la eternidad se apresure a convertirme en mí-mismo. Yo no estoy urgido, yo no me amo al punto de querer ser yo-mismo». Recuerda Allouch, autor del artículo sobre la referida carta de disolución, uno de los lemas preferidos de Lacan: «No es eso». Sigue el comentario: «Estabilizando su enseñanza *el alumno le ofrecía la eternidad*, lo privaba de su muerte, pero también de la incidencia victoriosa de la muerte en su creación». «No es eso» es, por otra parte, el nombre del objeto *a*. «Se trata (por parte de Lacan) de un rechazo de la eternidad —prosigue Allouch—, de un deseo de ser mortal, de poder morir (la importancia del “por fin”) cualquiera que sea la divulgación de la obra realizada, para decirlo de otra manera. La obra debe también poder desaparecer, puesto que su eternización priva a su autor de su segunda muerte. Si el poeta es mortal, que su obra no le gane en nada a la muerte, que el borramiento de la muerte le espere a ella también» (1).

VERDAD Y SABER. Haciendo dialogar a aquellas referencias mitológicas, y sobre las vacilaciones al escribir ante el pedido de la *Revista*, se podrá asistir al desencuentro asintótico de la verdad y el saber.

El párrafo siguiente puede establecer un punto de partida adecuado.

HABLA LA VERDAD. «Yo, la verdad, seré contra vosotros la gran embus-
tera, ya que no solo por la falsedad pasan mis caminos, sino por la grieta
demasiado estrecha para encontrarla en la imperfección del fingimiento y
por la nebulosa sin puertas del sueño, por la fascinación sin motivo de lo
mediocre y por el seductor callejón sin salida de lo absurdo» (6c).

CÓMO AFRONTA BALMÈS LO REAL. I) (también se lo denomina «el real»). En
el capítulo III (2a), Balmès afronta lo real de modo inseparable del ser y dice
que son cuestiones que confluyen en un lugar ambiguo entre psicoanálisis y
filosofía, «a los que hay que agregar la ciencia. [...] Lacan importa, después
coteja y por último se esfuerza por poner en evidencia la solución original
aportada por el psicoanálisis, destacando que escapa a los callejones sin
salida de los otros discursos, no sin maltratar a los filósofos en los cuales
se apoya. [...] el ser es inseparable de la palabra y corresponde a un hueco
en lo real —estamos suponiendo que el lector ya está familiarizado, hasta
cierto punto, con el trípode lacaniano del SRI, al menos en sus inicios, 1953
(5b)—, lo que torna ahuecada también a la verdad. [...] La noción de ser
en cuanto tratamos de captarla, se encuentra tan inasible como la palabra.
[...] La palabra introduce el hueco del ser en la textura de lo real, uno y
otro se sostienen y se equilibran, son exactamente correlativos» (2a, 6b).

«La dependencia del ser respecto de la palabra es un punto en el cual
Lacan no cambió nunca» (2a, p. 49).

Ahorro al lector extensa transcripción. Solo dos citas: «Nunca se sabe
qué puede ocurrir con una realidad». La otra: «lo real no tiene ley».

Y en RSI (1975) (5h), en el extremo de la enseñanza de su propia vida,
se puede leer: «Lo real es estrictamente impensable».

LO REAL Y LA VERDAD. MÁX EXTRACTOS DE BALMÈS. Acerquémonos más
a la verdad y a su carácter de valor denigratorio (o denigrado).

Dice Balmès: «La verdad que habla retornó en el discurso mismo de
la ciencia por medio de la voz de las histéricas y de su desafío, verdad que
desafía al saber. Porque las escuchó, Freud tuvo el impulso de inventar el
psicoanálisis y su mito el Complejo de Edipo o más bien sus tres versiones
del padre y de su asesinato: Edipo; el padre de la horda; Moisés. El entu-
siasmo por la verdad, aunque fuera precipitándose en las aguas infernales

del Aqueronte, es el deseo de saber originado en la histeria como pasión por la verdad. Habría que explicar por qué Lacan llegó a este punto a partir de la psicosis, lo cual cuenta al menos tanto como Saussure, Hegel, Lévi-Strauss o Heidegger en la distancia inicial que implica su retorno a Freud. Es así como Edipo se ha vuelto el Nombre del Padre. Es de allí de donde provendrá el concepto lacaniano de lo real.

»Lo simbólico, por su parte, primero llevado al podio de la escena tras una interminable exploración de lo imaginario especular le debe mucho a Heidegger, al velamiento/develamiento de la *aletheia* (verdad, porque es privada de olvido). [...]

»En lo simbólico reside el poder liberador de la verdad en la interpretación; todavía es necesario que haya habido simbolización primordial, represión, a falta de lo cual la interpretación no tiene poder. En la psicosis la verdad no tiene efectos, lo cual al psicótico no le impide en absoluto decirlo a veces mejor que nadie» (2b).

DEL REAL: EL OXÍMORON, LA PARADOJA, LA SORPRESA. Del paradigma lacaniano S, I, R (simbólico, imaginario, real), los dos primeros fueron los que en la enseñanza lacaniana encontraron enseguida un fluido y firme desarrollo. El *busilis* parecía radicar en el real. Que fue conceptualizado más tardíamente, por ser el más problemático, y adoptó la configuración «final» en 1975, en seminario que lleva la sigla RSI (6h).

NOMBRES DIVINOS EN ANÁLISIS. El real se despliega en los nombres divinos que se podrán encontrar fácilmente. Ellos son: el Nombre del Padre, que arrastra la noción de padre muerto, rastreable en Freud en *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909), *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), como asimismo en *Tótem y tabú* (1913), si bien no son los únicos sitios donde se encuentra.

En otro lugar escribí que hablar de «pena altiva» es un oxímoron grande como una casa.

Decir una paradoja es sostener lo insostenible. ¿Cómo así? De este modo: pensar en las implicancias o las entrelíneas o los sobreentendidos y, por supuesto, en los malentendidos, permite avizorar el morro incierto del deseo, tan incierto como ceñir o cercar el real.

(Es impensable imaginar la muerte de un ser querido, es impensable avizorar un horizonte de deseo, excepto cuando ya el deseo del Otro nos arrebató.)

¿Qué es este impensable del real?

Si sostengo «no existe el acto sexual», estoy planteando lo incierto (o descabellado) de tal afirmación, puesto que soy un ser sexuado. Ahí hay algo que se sobreentiende entre codazos y risas contenidas, y se podrá acudir, como se hizo, a «la verdad» de un personaje mediático que decía «en mis tiempos no se decía *hacer el amor*, se decía *coger*». Pero no menos parecida cosa se sobreentiende en el sentido de que no existe el acto sexual como que no existe Dios, para cumplir la premisa de ser un ateo como Dios manda.

Lo que no se podrá agregar es que el coito es un acto analítico, con admisión consiguiente de una escritura lógica que se haga posible. Sé que en él no me encontraré con el gran Otro en mi *partenaire*, sino que algo caerá ahí, como sello de que algo faltó y algo falló. Quizá esa metonimia (carencia) es la que encendió el deseo, cercanía del objeto *a*, del que hablamos arriba.

Ese es un ejemplo de confín, y ese aserto podía ser ubicado como núcleo de la experiencia analítica en la dificultad lógica de escritura que conlleva.

El sexo no marcha. Esta es la esencia del descubrimiento freudiano.

EL ACONTECIMIENTO FREUD. «El principio de placer se caracteriza primero por ese hecho paradójico de que su más seguro resultado no es la alucinación, aunque esté escrito así en el texto de Freud, sino la posibilidad de la alucinación. Digamos que la alucinación es, en el texto de Freud, la posibilidad específica del principio de placer» (sesión del 26 de febrero de 1969), en seminario *De un Otro al otro* (6e).

OXÍMORON Y FECUNDIDADES. Escribí en otro lugar un relato en volumen intitulado *Triste lujuria*, que diera lugar a no pocas sorpresas.

Otras voces procedentes del ámbito del arte de las letras dijeron que ese título era oximorónico.

Algunas colegas analistas dijeron que la lujuria no era triste, a otras el título del volumen las dejó perplejas, y alguien (una analista) sin embargo trajo ese título como referencia útil a una reunión científica, ante un callejón sin salida en el seguimiento de una analizante.

EL GOCE DE DIOS (el analista no podrá dejar de pensar en el goce de Dios en Schreber, genitivo, objetivo y subjetivo, Dios goza de Schreber, Schreber goza de Dios). Solo la psicosis le permitía a Schreber proferir estas verdades de a puño.

En cuanto al misterio reservado a las mujeres, hacemos alusión al goce de ellas que saben mantenerse en silencio y preservar sus enigmas. Quizá son opacos puentes que parten hacia el real, quizá haya un contenido articulado perfectamente en la anatomía de sus almas, pero no pueden hacer los contenidos articulables.

Aun así, sostengo que quizás convenga decir: algunas analistas, algunas mujeres se manejan mejor con lo real que los hombres.

ATEÍSMO PSICOANALÍTICO. El límite de la inexistencia (no obstante su insistencia) del gran Otro crea problema. El gran Otro convoca no solo a Dios (el Nombre del Padre) o el lugar de la madre (incesto, Cosa del mundo, Otro prehistórico), también invoca el lenguaje, y el desafío a que crucemos ese Rubicón y saltemos por sobre la barrera del incesto, por sobre la Cosa del mundo u Otro prehistórico, llegando a la conclusión de que la relación con el *partenaire* en el poderoso instante del coito (como le gustaba decir a Borges) no podrá ser paradigmática de placer naturista, porque no podremos librarnos del bagaje del real que traemos en nuestras mochilas.

LA MUERTE COMO EJEMPLO DE REAL. Y ello nos acerca a un mayor y mejor vislumbre de la muerte. El lenguaje nos presta enunciaciones sorprendentes. El orgasmo fue llamado «pequeña muerte». El poderoso instante del coito admite un bascular de un Todo a una Nada. Hay un parecido extremo con la angustia (¿otra muestra del real?) descrita minuciosamente por Freud en el cuadro de la neurosis de angustia. Si cotejamos esa descripción con el cortejo que nos inunda en el coito (en el placer previo, en su realización, en su culminación desrealizante), Freud dejó asentadas esa descripción y esa sorpresa. Estos nexos somáticos, fenoménicos, reales entre deseo y angustia se presentan en la carne, en manifestaciones del cuerpo ante dispares circunstancias. La sensación de ahogo, palpitaciones, proximidad de la muerte, inminencia de un final vital, detumescencia y

caída fálica dan lugar a interrogantes. «Incierto ayer, hoy distinto» (Borges, de nuevo), que dejan el punto de partida a nuestro alcance. Al que hemos vuelto, con *repetición*, mas no sin *diferencia*.

«Aquí la tarde cenicienta espera / el fruto que le debe la mañana; / aquí mi sombra en la no menos vana / sombra final se perderá, ligera. / No nos une el amor sino el espanto; / será por eso que la quiero tanto» (3b).

LA MITOLOGÍA/ONTOLOGÍA DE LA PULSIÓN PARCIAL QUE ES SEXUAL Y ES DE MUERTE. Agregamos además que existe la pulsión de muerte. En nuestro medio ella se connotaba con un solo sentido, el de la destrucción, sostenida en fundamentos kleinianos que así, polarmente, la concebían. Remito al lector al comienzo del trabajo, donde Allouch discurre sobre la mortalidad y asienta su posición «contra la eternidad».

PSICOANÁLISIS Y CIENCIA. Para una posible caracterización de la materia que nos reúne en asambleas y reuniones científicas es interesante puntualizar que el psicoanálisis sería algo así como *una ciencia sin saber* (6f).

ANTINOMIAS: DE LA CASTRACIÓN. Balmès no duda en arrojar al precipicio y sumergirse en él a fondo, «... método riguroso que le permite poner en serie las antinomias que son nuestro único acceso a lo real. Así despeja la antinomia de la castración: obstáculo y acceso a lo real; la antinomia del goce que está por doquier y en ningún lado; la del otro sexo, inhallable. La esencia de lo sexual es fracasar en lo sexual, concluye, condensando en esta fórmula el aporte de Freud y el de Lacan: verdad de lo sexual que se nombra castración pese a los filósofos y que está en el centro de toda relación con la verdad».

Siguiendo en el seminario *De un Otro al otro*, bajo el título «El goce: su campo» se podrá leer: «Todo lo que se introdujo como lógica del sexo compete a un solo término, que es verdaderamente su término original, que connota una falta y que se llama castración. Este *menos* esencial es de orden lógico, y sin él nada podría funcionar. Tanto para el hombre como para la mujer toda la normatividad se organiza en torno de la transmisión de una falta» (6f) («Las dos vertientes de la sublimación», p. 205).

ERRANCIAS CONFINANTES. Podemos arreglarnos por ahora con esta lista deudora de incompletudes, pero algo procuraremos decir, a riesgo de repetirnos.

1) El complejo del prójimo (*Nebermensch*). Me es recordable acá la caracterización que hace Lacan del prójimo: «el hombre más cercano, ese hombre tan ambiguo por no saber dónde ubicarlo» (6g).

2) La inexistencia de la relación sexual, así fuera por su naturismo imposible, por su imposible trasposición en una escritura lógica, por su discordia, y no por su encuentro embustero, máscara u objeto-fantasma de deseo de Casanova para la mujer, objeto de deseo-fantasma de masoquismo femenino para el hombre.

3) La inconveniencia de acudir a la polaridad sexual para el abordaje de la llamada homosexualidad; el binarismo o bipolaridad sexual, masculino-femenino, hombre-mujer, homo- y heterosexualidad. Se podría entender que están subsumidos en el principio de contradicción y el inconsciente ignora este principio.

4) La *repetición* y la *diferencia*, lo que podrá enmarcar una expectativa de cambio en la cura. *Wiederholen* ('volver a llamar', 'repetir') quiere decir no solo repetir, sino golpear de nuevo. El hecho nuevo se hace posible en el siguiente golpe. ¿Quién ha de atender la próxima vez, ante el nuevo llamado? Esta es una de las apuestas del analista.

5) La verdad histórica de la sentencia «Dios ha muerto», de cuño nietzscheano, y su deriva analítica «padre muerto», tuvieron su influencia en el análisis. Ese padre instauro la ley, la prohibición y la tentación de la transgresión. No será posible todo con un padre muerto. Piénsese cómo se establece el fantasma en sus demandas de venganza en *Hamlet*. La tortura de Hamlet entrampada en esta lógica del fantasma que lo persigue y le exige venganza. La identificación con los pecados del padre, parafrasea Lacan a Kierkegaard. Esto puede ser útil para leer el complejo de Edipo, más allá de desembocar en un psicologismo que epistémicamente no es provechoso. ¿Por qué? Porque no se encuentra demasiada complejidad en un complejo de Edipo descrito exhaustiva y claramente, en términos de manual psicologista, asidero que abunda en clisés y lecciones consabidas y repetidas.

6) El planteo erróneo de «análisis terminable e interminable», reduciéndolo al ámbito de objetos parciales: la castración fálica, la envidia del

pene. Freud se detuvo ahí, y conectado con ello se instaló en la ubicación por él preferida: en un lugar de padre, sin captar que se ubicaba en las proximidades de la siniestralidad del poder y del Uno. El análisis interminable aproxima a un análisis infinito, cuando se trata de un análisis ilimitado, indeterminado, pero no interminable, no infinito.

LUGARES DEL ANALISTA; CONFINES DEL ANÁLISIS. ¿Medicina, psiquiatría, psicología, pedagogía, enseñanza universitaria, literatura; artes plásticas, música? Todas ellas nos rodean por doquier.

Freud es terminante en el sentido de que lo que traemos de la universidad no nos será de utilidad para el análisis. (*¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?*, 1918).

¿Será juicioso apelar a la filosofía? ¿Y a la psicopedagogía? ¿Al neológico positivismo? ¿A la metafísica? ¿Al marxismo? ¿A la religión? ¿A los místicos y sus dilemas?

¿A las ciencias de la literatura que Freud sabiamente nombró? Él mismo las incluyó sin dudarle. Él mismo aconsejó acudir a los poetas. Como asimismo estudiar historia de las religiones, mitología, sin descuidar psiquiatría e historia de la cultura.

En Freud tenemos una caracterización de la religión como una neurosis obsesiva. (En *Acciones obsesivas y prácticas religiosas*, 1907.)

La referencia heideggeriana sobre el ser y el lenguaje fue reveladora por un lado; por otro, el rectorado nazi en que el filósofo encalló fue muestra de su extravío.

Empero la sentencia «el ser habita en la casa del lenguaje» dejó estupefactos a Lacan y a muchos más. Lacan supo usar esta remarcable sentencia para seguir avanzando en el real. Pero no quedó encadenado a Heidegger. El freudismo fue su ancla.

Los filósofos franceses parecieron no enterarse. Del rectorado nazi de Heidegger nadie parecía saber nada. Sartre y Lacan, por ejemplo, fueron heideggerianos entusiastas. Pero Lacan sostenía el inconsciente, con el que ni Heidegger ni Sartre querían tener nada que ver.

«El existencialismo es un humanismo», sentenciaba Sartre.

Muchos existencialistas aseveraron que el marxismo era un humanismo. (Quizá el mismo Sartre.)

Algunos no lo dicen expresamente, pero, a no dudarlo, alinean el análisis con un humanismo, aunque preciso es puntualizar que no debe considerarse tal a la luz de *El malestar en la cultura*, entre otros trabajos analíticos, por ejemplo *En torno a una cosmovisión*.

¿Se puede alinear el psicoanálisis con un programa de salud mental?

El intercambio epistolar entre Freud y Putnam (un caballero americano conservador y hegeliano), quien ubicaba el análisis en una cima del tejado, es ejemplar para extraer enseñanza. Freud le puntualizó a Putnam que el análisis se encuentra en los sótanos de la casa. Y no persigue un progreso espiritual del hombre, como aquel al que aspiraba Putnam con su agitar de banderas pastorales.

El confín antinómico del «ama a tu prójimo como a ti mismo» siempre fue un problema epistémico (y no solo epistémico) para Freud.

De todo esto se pueden encontrar diversos islotes en el archipiélago analítico.

Estos islotes vuelven a determinar confines.

ZÓCALOS PARA LA FORMACIÓN DEL CANDIDATO. No vendrá mal, ahora, recordar que Freud insistía en la formación del analista en un virtual instituto de enseñanza de analistas.

Un analista, dicho de otro modo, un oficiante de la ciencia del no saber, ahondará su destreza si va en busca de la mayor posibilidad de elementos culturales que lo nutran.

Esta frase podría constituir una aproximación a que se mirara más de cerca la realidad formativa del analista. Formaciones del inconsciente. «¡En formación!» es una arenga castrense, pero puede asimilarse a la rigidez de los estándares o pensamientos institucionales suspensivos que son admitidos sin una necesaria detención en ellos, debate y probablemente revisión.

No se podría descuidar por ello la formación del candidato en ciencias de la literatura, en historia de las religiones y mitología, más todo lo que se pudiera en los avances en la psiquiatría, sin que esto último significara que «el psicoanálisis pasara a convertirse en una sirvienta de la psiquiatría», advertía Freud.

No solo pues se hace necesaria la proximidad a otras disciplinas, sino que hasta puede ser útil tomarlas como referencias introductorias, analógicas,

metafóricas (Lacan las llamó propedéuticas: introductorias a su enseñanza), y ellas serán de suma utilidad para avanzar en los meandros del psicoanálisis.

EL PSICOANÁLISIS NO ES DEL CONOCIMIENTO. ES DEL DESCONOCIMIENTO. Se preconiza desde «el conocimiento», como si se alcanzara una conjunción de verdad y saber. El objetivo kantiano del conocimiento con los supuestos de fenómeno y noumeno ilustra una conversión al fin en un idealismo que al inconsciente no le calza.

(En análisis es conveniente confinar con la opacidad, que no con la transparencia.) Tampoco es sostenible soñar con el territorio improbable de una unidad sin fisuras, configuración del imposible «Uno», ajeno a una visión más cercana y problematizadora, en que los contenidos no se muestran transparentes, contundentes, ciertos y evidentes.

El imposible encuentro con un saber sin mellas de ignorancia merece que también se cuestione la noción de *sujeto supuesto saber*, emparentable con una injerencia divina ubicua, omnisapiente y omnipotente, v. gr.: el analista ubicado en un lugar de Dios, de Sujeto Supuesto Saber, de Sujeto absoluto (hegeliano) o de gran Otro (lacaniano) —sin tachaduras de barra fálica— que se representará con una gran A sin enmiendas.

Hay quienes pueden ocupar ese lugar del gran Otro prehistórico, lugar de *das Ding*, de la madre, presente en la carta de la correspondencia con Fliess, citada más arriba. La Cosa del mundo, complejo auxiliador del prójimo, donde también cabe un lugar de *infans*, inerme y expuesto de ahora en adelante a los «apremios de la vida» *Not des Lebens*.

Algo inmanente al *parlêtre* ha sido llamado en otras tendencias «noxa», «trauma», «arcano», «arcaico», «fragilidad», «clivaje», «yo débil», «pensamiento oscuro», «déficit».

Esta enumeración no solo es incompleta e inadecuada, sino que incita a ubicar el análisis en la errancia confinante de la patología o psicopatología psicoanalítica. Pienso que no es conveniente psicopatologizar, patologizar el análisis, porque eso es acercarlo a la medicina. De ella podremos venir y hacia ella el análisis no puede volver. ¿En pos de qué? ¿De más medicamentos? ¿De más técnicas curativas tipo perro de Pavlov?

En la incompletud del análisis se intelige la falacia del encuentro armonioso, complementario y satisfactorio.

RESERVAS EPISTÉMICAS. (Recuérdese a Gödel y sus asertos sobre la incompletud, el principio de Heisenberg sobre la escritura y la necesaria incertidumbre, o los postulados de Peano sobre el cero, que es un número.)

El análisis no puede esperar demasiado de la psicología ni de la psiquiatría. Tampoco de la metafísica, llámese ontología o ideología. La llamada ideología es una ontología.

(El psicoanálisis desde el punto de vista lacaniano no puede desconocer un flanco débil en el sentido de que la inclusión de la pulsión de muerte, coincidiendo con Freud, tiene un lado más ontológico que analítico. Pero es una referencia que, finalmente, esa especulación ha devenido un real fundamento analítico.)

POSIBLE FUNDAMENTO CRUCIAL DEL ANÁLISIS. En esto me reúno con Freud, quien decía que en el análisis lo que le interesaba era lo que acontecía «entre las neuronas», y no en las neuronas. Añadía que le interesaba sobremanera la «química de las sílabas» (5d).

SÍ AL ARTISTA. La literatura, la música, las artes plásticas, la mitología, la historia de las religiones (5, 6) le aportaron, le aportarán al análisis una reserva acuífera donde calmar su sed y tener una energía represada, tan útil como una usina hidráulica. Viene en auxilio de la memoria el eslogan de Freud «acudid a los poetas» (5).

Mas no a la psicobiografía, no al «psicoanálisis aplicado», donde se da entrada a la anécdota, a la historia, en su concepción más dura, a la biografía del analista, a la vida del analista. Y otro malentendido es la entrada que se le ha dado a la realidad sensorial, con lo que retrocedemos al *Ensayo de las sensaciones*, de Condillac, y no le damos entrada a la lógica del fantasma (realidad imaginaria).

Otros analistas lo han formulado como que ojalá que el analista en su fuero íntimo no rehusara la convicción de decir a una altura de su experiencia de vida analítica (o de vida a secas) «sí» al artista.

Esto incluye no incurrir en psicobiografía, como asimismo no permitirse la decodificación, lugar común del «psicoanálisis aplicado». No se trata de hacer el análisis de una obra de arte, como bien lo ha formulado Balmès, sino de basarse en una obra de arte como referencia para una

mejor incursión en el análisis. El analista debe tomar como referencia al artista, pero no analizarlo.

(Esto es lo que el «psicoanálisis aplicado» nunca comprendió.)

AFINANDO A QUÉ LLAMAMOS LÍMITES. El confinar con la psicobiografía, la psiquiatría, la psicología, el psicoanálisis aplicado configura no pocas dificultades.

Y añadido: el amor y la política (como enuncia Alain Badiou) son confines indeseables, seudomojones imposibles, que proponen metas cortas en sus aspiraciones de validez fundante.

La apuesta del analista podrá esbozar un proyecto de arrojo de más altura.

No todos son mojones o *relictos* —en el sentido de reliquias—, también vale en el sentido de fueros o límites imprescindibles que el análisis en su marcha ha de tomar en cuenta.

¿Haría bien en remover algunos de esos mojones?

Sin remoción no habría apertura de esclusas ni de puertas ni de cabezas.

Una simbología hecha lugar común es un confin con el fardo que funda, y el fardo que funde da lugar a distintas acepciones, diversos lugares, variadas aproximaciones y resultados ambiguos.

OTROS CONFINES NOMINANTES. Un punto al que Lacan erigió como objeto de discurso analítico fue el *goce*. Él fue la piedra de toque en los inicios del análisis. Esto fue desarrollado muy bien por Freud en el alba del descubrimiento mencionado en «las primeras publicaciones analíticas». La inconciliabilidad, la intolerancia de la representación sexual de las primeras comunicaciones. Piénsese en *Obsesiones y fobias*, por ejemplo, o en las reflexiones primeras y nuevas de las neuropsicosis de defensa. La angustia ante la estasis libidinal. Los pequeños manuscritos sobre neurosis: la necrológica sobre Charcot (habla en ella de un «hecho nuevo»); el trabajo sobre el olvido, sobre la desmemoria, en el que Freud queda paralizado y mudo, en viaje en tren, hablando con su compañero de viaje, procurando recordar frescos vistos en la catedral de Orvieto, donde se olvida el nombre de Signorelli, autor de *El juicio final*. Lo que subyace ahí es la sexualidad y la muerte: una aproximación al real, sin nominarlo como tal. Todo goce se trasmudaba en contenido representacional inasimilable, como ante

presencias inconciliables de convidados de piedra. En ese instante de la marcha freudiana los confines eran lo inaceptable. Los confines consistían en traspasar el mojón, el confín, el límite, la barrera del incesto y sus derivas metonímicas.

Atreverse con «la Cosa» (*das Ding*) (recordar el Proyecto), lugar del Otro prehistórico: la madre o, mejor, lugar de la madre y metonimia de ese lugar.

Alcanzar ese goce es prohibición fundante, que empuja al deseo del Otro.

ALGUNOS EJEMPLOS DE *MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER*. El supuesto triunfo del gozante puede ser el pretender que consiguió agarrar el goce de la cola. Se lo ha llamado «el goce del idiota». Es el hipergenital. El gran cogedor. Aunque en las presuntas antípodas están la santidad, la heroicidad trágica, la efusión mística, o «el hipogenitalismo de Santo Tomás», dice con crudeza Lacan. O lo que nos enseñan los místicos, quienes son los más procedentes ateos psicoanalíticos.

¿Y DÓNDE ENCONTRAMOS EL DESEO? El analista puede quedar atrapado entre estos tópicos, cual un pescado en los trasmallos de una red. No se puede confundir deseo con amor ni con goce. Lacan en el seminario *La ética del psicoanálisis* hace una presentación demoledora del goce, remitiéndola a *das Ding* ('la Cosa'), deslindándola asimismo de ese gran Otro, instaurador del Nombre del Padre. Estos conceptos no se pueden confundir. La Cosa tiene un núcleo previsible, tributario de calma de hambre, proveedora de calor y de arrullo, modelo freudiano paradigmático de deseo. Ese punto es instaurador de incesto, confín propulsor, que a uno le desacomoda el cuerpo y lo obliga a no tomar ese cuerpo otro como cuerpo propio. Placenta, seno, perfume de cuerpo de la madre, pelo, pie, genital materno son objetos parciales, separables del cuerpo del *infans*. Se hará posible tomar esos puntos de ignición del deseo, nominarlos, con los instrumentos que tomamos de lo que diga el padre, reservorio espiritual, lugar del lenguaje, baluarte espiritual incierto. Él confina lejos del cuerpo de la Cosa. Es el progreso espiritual, tercer capítulo del *Moisés*.

No es *Vorstellung* la herramienta que nos conviene, ni tampoco *Wahrnehmung* ('percepción'), ni *Erinnerung* ('memoria'), ni aun *Wunsch* ('deseo'),

‘anhelo’), y sí *Lust* (con las traducciones de ‘placer’, pero también de ‘goce’, que no son sinónimos y que la palabra *Lust* admite). Para ello quizá redoble su auxilio *das Ding* (la Cosa).

PRECISANDO, INSISTIENDO. *Das Ding* es una joya epistémica que ofrece muchos colaterales iluminantes. Hay una dicotomía —e incluso ramificaciones—, hay un núcleo primordial y otro(s) que se contraponen a él, pero es emparentable genealógicamente con Dios o, si la muchedumbre atea ortodoxa protesta, diremos, emparentable con el gran Otro prehistórico (¡freudiano de pura cepa!). No resolverá el conflicto. Entendámonos. Aquel primigenio aparato «biológico», «eléctrico» que Freud bocetaba en el tren y que se trasmutó en «Proyecto» (5a, 7) nos aportó el hecho nuevo de una cierta confluencia entre el gran Otro y la Cosa. Pero una y otra difieren conceptualmente entre sí.

Desde el lugar del gran Otro se percibe la lejanía de un Dios que pueda gozar y ser gozado (piénsese en Schreber), y admitir la posibilidad de que «ese Señor se duerma» (como ha admitido en estas horas del fin de su papado el cardenal Ratzinger) empalma con la huella abierta por Descartes al admitir la posibilidad de un «genio maligno» (4).

Entonces es dable pensar en el dominio de las neuronas psi (inconsciente).

Lacan no olvidaba la referencia freudiana, el inconsciente, las formaciones del inconsciente.

DIALÉCTICA DESEO-GOCE. De cómo el goce, perfectamente insoslayable, mortífero, inútil, puede interferir con el deseo, hay una entropía insoslayable en él. No se puede tampoco —otro tanto era con el deseo— ceñirlo, cercarlo, a lo sumo contornearlo, reprimirlo, hallar la vertiente de la sublimación.

De cómo el goce logra obstaculizar el deseo, de cómo se puede llegar a confundir una cosa con la otra. El confín traspasado deviene síntoma que ocupa su lugar.

Lacan dijo de la sexualidad que es algo que huele.

En cambio, del sexo decía que había que articularlo más.

Pero no con el logos de la psico. No con la psicología.

Tomando el paradigma lacaniano, Simbólico, Imaginario, Real, adscribiendo al primero el primado del significante, al segundo el primado de la imagen y al real el primado de *inexistente*, de *horizontes de deseo*, de lo impensable y lo imposible, de lo que no se escribe, de lo que se actúa, de lo que no se sabe que se desea, de la angustia, del delirio, del amor, de la muerte.

Bueno, ahí, se podrá alcanzar el carácter agujereado de la verdad. Entonces quizá sea el momento preciso para introducir el amor.

EL AMOR. El amor es quizá, por antonomasia, un egregio representante de lo real, puesto que podría admitirse la caracterización que hizo la enunciación acerca de él como *obtener lo que es imposible de obtener*.

Los místicos se aproximaron a esta suerte de revelación, próxima a la de los poetas.

El verso de Borges sobre la lluvia: «es algo que sin duda sucede en el pasado», o el de san Juan de la Cruz sobre «el saber no sabiendo», o el de Delmira Agustini: «No me mata la vida, no me mata el amor / yo muero de un pensamiento mudo como una herida».

EN LOS LINDES DEL AMOR ESTÁ LA LOCURA. Una analizante me dijo que «el psicoanálisis todo lo cura». Lo decía desde la sabiduría de su aptitud para marchar al horno de «momentos fecundos» delirantes, de chapalear en el agua oscura de la melancolía para extraviarse luego en la efusión amorosa de la pasión-transferencia, con la consiguiente raigambre de estructura persecutoria, erótica, pasional y tragicómica de una erotomanía enajenante.

VERSAGEN DER GLAUBEN. El rehusamiento que no deja remover creencias (o certezas forcluyentes) funda el pensamiento paranoico. Rehusamiento a ser sustituido por otros asomos de saberes, podríamos añadir.

Pero me parece preciso, me parece *verosímil* —con las reservas que merece este adjetivo— caracterizar el análisis de ese modo, como una aproximación más atinada que todas las cantinelas de integración, complementación y armonía que desde los tiempos de Henry Ey, con su inimaginable «órgano-dinamismo», se escucharon durante muchos años en los ámbitos psiquiátricos.

La *Até* de la tragedia trae a su vera la discordia. Esa discordia que permite que el aparato fundacional aquel que Freud bocetara en el tren fuera un aparato de alucinar.

¡Nos enseñaban hace años que el niño se dormía satisfecho!

Que una mamada satisfactoria era homologable a un «buen coito».

Quizá algo parecido se hallara en edificantes formulaciones de Donald Winnicott sobre inefables encuentros con madres suficientemente buenas.

¿No habéis oído hablar de discordia, de discordancia, de fallido y de faltante? ¿No habéis oído hablar de objeto perdido? El análisis trata del objeto perdido, inasible, inencontrado, mas no habla nunca de un objeto encontrado. El análisis no es una objetología. Sí procura ser objetivante.

¿No habéis oído hablar, como dice Delmira, «de un pensamiento mudo como una herida que se hincan en la entraña como un diente feroz»?

He ahí otra muestra de errante confín. ♦

RESUMEN

El autor intenta una aproximación analítica a *errancias confinantes* en las que el ser humano, mejor conocido como *parlêtre*, se da de bruces una y otra vez al confundir «principio de placer» con «principio de realidad».

Histeria, obsesiones y fobias serán el acervo freudiano originario, con su postulado de represión primordial y el retorno de lo reprimido.

Lacan parte de las psicosis paranoicas y desemboca en Freud.

El sujeto del inconsciente tropezará una y otra vez con la lógica del fantasma. En vano buscará la verdad que encontrará siempre agujereada.

Descriptores: LO REAL / LO SIMBÓLICO / LO IMAGINARIO / DESEO / GOCE / AMOR / DAS DING / FORMACIÓN PSICOANALÍTICA / VERDAD / PULSIÓN DE MUERTE / CASTRACIÓN /
Autores-tema: Lacan, Jacques

SUMMARY

The author attempts an analytical approach about *errant boundaries* of human being. At that place best known as «*parlêtre*», he will falls flat his face once and again, when he confuses «Principle of Pleasure» with «Principle of Reality».

Hysteria, Obsessions and Phobias are the original Freudian heritage, with its postulate of primordial repression and the return of what was repressed.

Lacan starts from paranoid psychosis and leads into Freud.

The subject of the unconscious will stumble against the logic of the ghost once and again. In vain it will seek the truth and will find it always pierced.

Keywords: THE REAL / THE SYMBOLIC / THE IMAGINARY / WISH / ENJOYMENT / LOVE / DAS DING / PSYCHOANALYTIC TRAINING / TRUTH / DEATH INSTINCT / CASTRATION /
Authors-subject: Lacan, Jacques

BIBLIOGRAFÍA

1. ALLOUCH, J. «Una política del amor». En *Opacidades*, 6-7, 2009, Buenos Aires.
2. BALMÉS, F. a) Prefacio de Catherine MILLOT. *Dios, el sexo y la verdad* (2007). Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.
— b) *Lo que Lacan dice del ser* (1999). Buenos Aires: Amorrortu, 2002, pp. 48 y 192.
3. BORGES, J. L. a) «El general Quiroga va en coche al muerte». En *Antología poética 1923-1977*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1981.
— b) «Buenos Aires». En *Antología poética 1923-1977*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1981.
4. DESCARTES, R. *Discurso del método. Meditaciones metafísicas* (1637 y 1641). Selecciones Austral. Madrid: Espasa Calpe, 1980.
5. FREUD, S. a) «Proyecto de psicología» (1950 [1895]). En *O. C.*, tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1982.
— b) «¿Pueden los legos ejercer el análisis?». En *O. C.* tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.
— c) *Correspondencia Sigmund Freud-Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1997.
— d) «La interpretación de los sueños» (1900). En *O. C.*, tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979.
— e) «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» (1907). En *O. C.*, tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.
— f) «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911). En *O. C.*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.
— h) «Tótem y tabú» (1913). En *O. C.*, tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1980.
6. LACAN, J. a) «L'éthique de la psychanalyse» (1959-1960). En *Le séminaire*, livre VII. París: Seuil, 1986.
— b) «Lo simbólico, lo imaginario, lo real» (1953). En Jacques-Alain MILLER. *De los nombres del padre*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
— c) «La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis» (1966). En *Escritos 1*. México: Siglo XXI Editores, 1989.
— d) *Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós. 1981.
— e) «El goce: su campo», «El acontecimiento Freud». En seminario *De un Otro al otro* (1968-1869), sesión del 26 de febrero de 1969. Buenos Aires: Paidós, 2006.
— f) Sección XII, «Del goce planteado como un absoluto». Sección «El goce: su campo». En seminario *De un Otro al otro* (1968-1969). Sesión del 5 de marzo de 1969, Buenos Aires: Paidós, 2006.
— g) Sección XIV, «Las dos vertientes de la sublimación». Sección «El goce: su campo». En seminario *De un Otro al otro* (1968-1869). Sesión del 12 de marzo de 1969. Buenos Aires: Paidós, 2006.
— h) *RSI*, 1975. Inédito. Circulan varias versiones sin autorización.
— i) «Más allá del "principio de realidad"» (1936). En *Escritos 1* (1966). México: Siglo XXI Editores, 1989.
7. MASSON, J. M. (trad. y ed.). *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess, 1887-1904*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, y Londres, 1985.



Polemos II

Hace ya ocho años, en el número 100 de la RUP, propusimos inaugurar una sección, que dimos en llamar «Polemos», y fundamentamos su pertinencia. En este tiempo en forma intermitente la sección cobró vida. La actual Comisión de Publicaciones nos convoca a vigorizar aquella iniciativa y a generar algunas nuevas reflexiones.

A quien le interese, lo remitimos a lo escrito en aquel momento.

Hoy seguimos sosteniendo las premisas planteadas.

No obstante, nos gustaría subrayar que el pedido actual de revigorizar la sección tal vez dé cuenta de cierta dificultad para mantener el espíritu original de la propuesta.

Polemizar es sinónimo de discutir o de controversia, entre otros. En nuestro ámbito, esto tendría que resultarnos familiar, pues se encuentra directamente vinculado a la noción de conflicto, piedra fundamental del psicoanálisis.

Por supuesto, no es lo mismo el conflicto psíquico como rasgo inherente a la existencia humana que lo que sucede en una reunión científica.

Los analistas respondemos a un modelo de espera, cautela, abstinencia, etcétera, instrumentales en la sesión analítica. Pero entre nosotros, ¿no sería más saludable remangarnos la camisa, ponerle un poco de fervor al conflicto de ideas y concepciones, respetuosamente sí, pero honestamente también?

Son inevitables algunos raspones y un machucón que otro en el alma, pero la ganancia puede ampliamente justificarlos. Actualmente hay una propaganda en televisión en la que se pone énfasis en lo bueno, lo

armonioso, las buenas intenciones, y termina diciendo «cortá con tanta dulzura», para proponernos un producto menos edulcorado.

La nominación «Polemos», por su origen etimológico, pudo haber facilitado los temores a la confrontación fratricida entre colegas. El viejo fantasma de «quiebre institucional».

Sabemos que nuestras «elecciones» en tanto analistas y sus concomitantes «preferencias» teórico-prácticas no son ni neutras ni inocentes. Por el contrario, están atravesadas por la conflictiva historia personal de cada uno, y es por tanto esperable que los afectos jueguen un rol importante a la hora de contrastar presupuestos teórico-prácticos. Seguimos pensando que mostrar las diferencias es un buen antídoto para los dogmatismos reaseguradores y puede facilitar el reconocimiento de nuestros alcances, límites y desconocimientos. Las teorías tienden a totalizar. La práctica, vez a vez, pone en cuestión dicho saber y nos relanza a nuevas construcciones.

Por último, pero no menos importante, el ejercicio de haber escrito este texto entre los dos es una demostración, creemos, de que, respetando nuestras diferencias y propias polémicas, pudimos, no obstante, llegar a dar expresión a posturas de ambos ante el tema planteado. ♦

Ps. MÓNICA VÁZQUEZ¹, DR. DIEGO SPEYER²

Abril de 2013

1 Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. movaz@netgate.com.uy

2 Egresado del Instituto de Psicoanálisis de Asociación Psicoanalítica del Uruguay. dspeyer@netgate.com.uy



Dilemas éticos en psicoanálisis

NAHIR BONIFACINO¹

La confidencialidad se postula como regla ética fundamental en nuestra disciplina; sin embargo, entre los diversos psicoanalistas se plantean importantes diferencias en cuanto a su alcance. Para algunos, la prerrogativa de preservar la privacidad del paciente no tiene límites. Otros, en cambio, plantean la necesidad de reflexionar y tomar posición acerca de diversas situaciones en las que la confidencialidad puede correr el riesgo de quedar desdibujada.

Por un lado, la propia formación analítica requiere de supervisiones y presentaciones de material clínico, acciones estas que involucran al paciente más allá del trabajo en el consultorio. Ni aun la propia generación de conocimiento en psicoanálisis resulta ajena a la temática de la confidencialidad. Las publicaciones de material clínico que permiten poner a prueba los principios teóricos y la práctica analítica se consideran elementos esenciales para el desarrollo de la disciplina. Sin embargo, frente a estos temas surgen importantes cuestionamientos éticos que confluyen en una interrogante básica: ¿cómo transmitir conocimientos relativos a la comprensión del material clínico en psicoanálisis sin violar la confidencialidad de los pacientes?

Otras situaciones controversiales para la ética tienen lugar en la práctica clínica y su posible vínculo con terceros. En este sentido se incluye la relación del analista con otros técnicos tratantes, la respuesta a la demanda

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nboni@adinet.com.uy

de informes de pacientes por seguros de salud o instituciones educativas, en el caso del trabajo con niños; o bien, en otro orden, las declaraciones ante jueces o abogados.

Frente a esta realidad, diversos autores han planteado la necesidad de dar lugar a una discusión abierta sobre los dilemas éticos que suelen estar presentes en nuestra disciplina. La literatura psicoanalítica, en su intento de abrir caminos de reflexión y de brindar soluciones a esta temática, presenta diferentes perspectivas y posturas, algunas de las cuales generan francos enfrentamientos. Este texto no pretende ser más que un punteo, al modo de una invitación para el intercambio.

¿CONFIDENCIALIDAD ABSOLUTA O RELATIVA? DEL PSICOANÁLISIS Y LOS SISTEMAS LEGALES

La IPA promulga como un principio ético de todo analista el respeto a la confidencialidad de la información de los pacientes y de su registro, pero se ha planteado una confrontación en cuanto a la concepción y el alcance de esta regla básica.

En esta divergencia, Bollas (Bollas y Sundelson, 1995, citados por Goldberg, 1996) y Gabbard (2000) surgen como representantes de una posición radical en cuanto a la privacidad del paciente en análisis y a la necesidad de aislamiento del par analítico como condición imprescindible para la práctica.

Estos autores (en reseña de Goldberg, 1996) hacen notar dificultades en la confidencialidad que se dan con relación al sistema legal en Estados Unidos, que asumen como hostil al psicoanálisis. Plantean que a partir de 1976 los terapeutas de pacientes con intenciones violentas están obligados por ley a proteger a víctimas potenciales, alertándolas o contactando a las autoridades. Mencionan, además, la existencia de leyes que alcanzan a todas las disciplinas (maestros, pediatras, psicoanalistas) y que obligan a informar casos de negligencia física o de abuso sexual en niños. Agregan también, con gran preocupación, el tema de los tratamientos psicoterapéuticos financiados por seguros de salud, los que demandan informes con la descripción de los síntomas del paciente a lo largo del proceso.

Ante estas situaciones, los autores proponen desmarcar tajantemente al psicoanálisis (que denominan «psicoterapia privada») de otras terapias

(calificadas como «terapias sociales») que consideran que podrían ser objeto de requerimientos legales de información y de estar en contacto con informes para abogados y seguros de salud. En una postura extremadamente crítica ante lo que asume como una verdadera traición al psicoanálisis, Bollas se aparta de cualquier contacto de nuestra disciplina con las instituciones no psicoanalíticas por considerarlo incompatible con la práctica.

En esta perspectiva, concibe la supervisión de material clínico como la única excepción permitida a la confidencialidad. Sostiene que debe ser realizada con la condición de enmascarar la identidad del paciente, y agrega que si bien esta implica una acción que introduce la presencia de un tercero en el par analítico, es la única que, a su entender, se realiza en beneficio del paciente. En cambio, toda otra situación es catalogada por el autor como «una traición al paciente, que destruye al psicoanálisis» (Bollas, 1999), y es concebida únicamente en beneficio de terceros. Esta concepción, sin embargo, no es unánime. Goldberg (1996) hace notar que, de acuerdo al *Ethics case book*, los informes a los seguros de salud, entre otras situaciones, también pueden ser considerados en beneficio del paciente.

Bollas (1999) apunta a ciertas relaciones profesionales en las que la confidencialidad es legal y de obligado cumplimiento (abogado-cliente, periodista-fuente), y alienta a los psicoanalistas a tomar una posición políticamente activa en este aspecto. Reforzando esta postura, Slovenko (1974, citado por Golberg, 2004) plantea que sin la privacidad de los sacerdotes y abogados los terapeutas quedan a la deriva en una incertidumbre ética.

Goldberg (1996), por el contrario, surge como representante de un enfoque más relativista, aunque sin desconocer que en esta temática de la confidencialidad no hay respuestas sencillas. Por un lado, acuerda con los autores mencionados en la necesidad de una postura más activa de las instituciones psicoanalíticas en reclamo de legalizar una mayor confidencialidad. Coincide también en que las incursiones en la privacidad del paciente generan conflicto con los fines terapéuticos en psicoanálisis, pero, en lugar de cerrarles las puertas, plantea la posibilidad de cuestionarse acerca de las implicancias que cobra cada una de estas situaciones en cada proceso analítico.

Este autor (1996, 2001) sostiene que la entrada de un abogado o de un seguro de salud en el diálogo analítico convierte este diálogo en una conversación de tres partes, y asume que a veces el análisis no podría continuar sin esta conexión. En esta perspectiva, cuestiona fuertemente el modelo absolutista propuesto por Bollas. Entiende que este genera un marco reasegurador para el analista, pero lo concibe como una retirada o como un ocultamiento que obstaculiza su posibilidad de cuestionarse y de analizar en cada situación, y sin juicios de valor preconcebidos, la naturaleza que cobra la participación de un tercero para el proceso analítico y para cada integrante de la dupla.

Aceptando la complejidad de esta temática y la necesidad de ser cautelosos ante estas incursiones, Goldberg (2001) se niega a asumir la confidencialidad como un mandato automático, y sostiene que en psicoanálisis toda situación es pasible de indagación e interpretación. Plantea que los riesgos no están presentes solamente en la postura relativista que él sostiene, sino que hay situaciones problemáticas de la práctica en las que negarse a priori a la participación de un tercero, por un mandato automático de confidencialidad, también puede implicar una actuación del analista. Agrega que, de acuerdo a las particularidades del caso, el analista podría estar confabulándose con el paciente, tanto en mantener la confidencialidad como en incumplirla.

Por otra parte, hace notar que la regla de confidencialidad en nuestra disciplina comienza con la excepción de permitir exponer el material del paciente para una supervisión. Concibe que estas acciones —condiciones ineludibles para la propia formación analítica— abren una brecha a partir de la cual la confidencialidad como valor absoluto se desliza en un terreno de imprecisiones. Menciona en este sentido toda otra serie de excepciones que pueden presentarse en un proceso analítico: intercambios del analista con un psiquiatra tratante, conversaciones con miembros de la familia del paciente, informes para los seguros, comunicaciones a abogados o en una audiencia; y en otro orden, propone considerar también la presentación del material clínico y su publicación en medios profesionales o en otros no especializados.

Complejizando aún más esta temática, la psicoanalista argentina Andrea Rodríguez Quiroga (2012) precisa que toda exposición del material

psicoanalítico de un paciente requiere considerar entre los temas éticos el sistema legal y las prerrogativas de la práctica en cada región. Un estudio citado por esta autora (Garvey y Layton, 2005) pone en evidencia que estos dos marcos reguladores varían en las diversas regiones, no siempre confluyen y a veces entran en francas contradicciones. Esta investigación menciona que en Brasil se requiere un consentimiento informado del paciente para realizar intercambios profesionales incluso dentro de los equipos de salud mental. En Estados Unidos y en Alemania, en cambio, la confidencialidad se extiende a los equipos de salud si se trata de grupos pequeños de supervisión o discusión, pero esta situación, que es habilitada por el sistema legal, es considerada una falta a la confidencialidad por las normas profesionales, las cuales exigen un consentimiento informado.

Ante esta serie de contradicciones y de desencuentros de las prerrogativas del psicoanálisis con los sistemas legales de cada región, Leibovich de Duarte (2006) manifiesta que en la actualidad son las propias organizaciones profesionales las que establecen códigos de ética que regulan su actividad.

Además del debate que puede generarse con relación a los distintos criterios expuestos sobre esta materia, quizás también vale la pena preguntarnos en qué medida nuestra práctica se ve implicada en vicisitudes o contradicciones más o menos cercanas a las consideradas. Es decir: ¿existen en nuestro medio leyes que generan conflicto con la confidencialidad profesional en psicoanálisis? Y si las hay, ¿en qué condiciones nos alcanzan?

Otras interrogantes se desprenden de lo antedicho: ¿cómo resolvemos el pedido de presentación de informes a una institución que financia el tratamiento del paciente, a otros técnicos tratantes o a una institución educativa en el caso del trabajo con niños o aun con adolescentes? ¿Cómo nos ubicamos al ser citados a declarar a una audiencia ante jueces y/o abogados? ¿Cómo se acompañan nuestras obligaciones ante la ley con nuestro voto de confidencialidad al paciente, en estas y otras incursiones en las que se nos demanda una salida del consultorio?

Además, agregando complejidad, tal vez sea posible considerar ciertas circunstancias en las que la salida del consultorio puede dar lugar a intercambios que generen un real aporte a nuestra comprensión de la conflictiva del paciente y al propio trabajo en la sesión. Pienso, por ejemplo, en algunos encuentros con docentes o con psicólogos de instituciones a las

que acuden niños o aun adolescentes en análisis que despliegan particularmente en el escenario del ámbito educativo síntomas o dificultades de diverso orden.

PRESENTACIÓN Y PUBLICACIÓN DE MATERIAL CLÍNICO: ACUERDOS Y DISCREPANCIAS ÉTICAS

Una dificultad que se presenta ante el mandato de confidencialidad refiere a la presentación y publicación de materiales clínicos. Hay coincidencia en cuanto al valor que tienen estas acciones para el avance de nuestra disciplina. Dado que la validación teórica del psicoanálisis es posible en función de la práctica, la documentación de casos clínicos resulta un importante aporte para su evolución. Sin embargo, Rodríguez Quiroga (2012) hace notar que desde hace largo tiempo se alerta sobre la insuficiencia de materiales clínicos para su estudio e investigación, lo cual genera una importante problemática para la formación analítica. Esta autora formula algunas posibles causas que intervienen en esta situación: el cuidado del paciente y su intimidad, la dificultad del analista para exponerse en su quehacer y la ausencia de una resolución acerca de la forma apropiada de presentación del material clínico.

Se han realizado varios cuestionamientos acerca de cómo resolver el dilema ético planteado entre la necesidad de publicación y, a la vez, la obligación de preservar la privacidad del paciente. Si bien no parece haber solución ante tal confrontación, hay coincidencia en cuanto a que la alternativa de dejar de publicar material clínico no es una opción viable (Goldberg, citado por Gabbard, 1997; Gabbard, 1997, 2001).

Rodríguez Quiroga (2012) destaca dos principios en común, que surgen de un relevamiento realizado por Garvey y Layton (2005) en diversas instituciones de la IPA: 1) la obligación de los analistas de una misma organización o de un equipo de mantener en reserva la información confidencial de la práctica, y 2) la necesidad de conservar el anonimato de los pacientes cuando se expone el material a un público más amplio, ya sea en presentaciones, publicaciones o investigaciones.

Sin embargo, aun siguiendo estos principios surgen discrepancias en cuanto a la forma apropiada para la presentación y publicación del

material. Uno de los temas de debate es la validez de la desfiguración de estos. Goldberg (citado por Gabbard, 1997), por un lado, cuestiona que los materiales clínicos se presentan con insuficiente desfiguración, y a la vez manifiesta el riesgo del enmascaramiento o disfraz como recurso, en tanto considera que esta modalidad puede alejarse de la realidad del paciente y llegar a generar un relato sobre una ficción.

Estas apreciaciones son confrontadas por Gabbard (1997), quien hace notar la imposibilidad de contar con pruebas que evidencien en qué aspectos se desfigura un material, y defiende, en cambio, la idea de que un disfraz bien logrado puede constituir una buena exposición de lo que realmente sucede en un proceso analítico.

Este autor se adscribe al modelo de la Asociación Psicoanalítica Americana, que apunta a que en los relatos clínicos se minimice la información biográfica del paciente, de forma de evitar la identificación, y, en cambio, se apunte a dar cuenta del proceso analítico con una presentación detallada del diálogo en la sesión, manteniendo incambiados deseos, fantasías y conflictos (Gabbard, 1997).

Si bien las mencionadas expresiones muestran a este autor proclive a la desfiguración del material, también plantea que el objetivo del disfraz es que el material no pueda ser identificado por nadie más que el analista y el propio paciente (Gabbard, 1997). Esta concepción me resulta llamativa en diversos aspectos. Por un lado, parece implicar que el disfraz del material está dirigido a terceros y no al propio paciente, quien sí podría identificarse en él. Me pregunto, entonces, si antes de la presentación o publicación del material, siguiendo este criterio, este analista no considera de alguna manera un cierto tratamiento de esta situación con el paciente involucrado, en tanto este puede reconocerse en el material expuesto. Y por otro lado, me planteo: ¿no sería posible, o hasta deseable tal vez en ciertas ocasiones, pensar en una forma de desfiguración del material que tienda a evitar que el paciente pueda reconocerse en él?

Más allá de estas apreciaciones, que tal vez refieran a temas que resulten más explícitos en otros textos del autor, Gabbard (1997) plantea algunas líneas que a su entender preservan el anonimato del paciente a la vez que dan lugar al interés científico de presentación y publicación. Estas son: no incluir más información que la necesaria, desfigurar elementos que

puedan llevar a la identificación del paciente, mostrar una viñeta en lugar de materiales extensos y evitar escribir sobre tratamientos en curso. Propone, además, que al escribir sobre una entidad clínica se puede exponer un caso compuesto por características de varios pacientes, con la salvedad de que esta desfiguración no conduzca a errores de información; y agrega la posibilidad de convenir la presentación con otro colega que figure como autor o como proveniente de un grupo de analistas, de tal forma que ambas identidades —la del paciente y la del analista— queden enmascaradas.

En referencia a limitaciones para la presentación o publicación de relatos clínicos, Goldberg (2004) propone que todas las posibilidades planteadas para salvaguardar la confidencialidad serían válidas para materiales de pacientes ajenos al entorno analítico, lo cual excluye los procesos de los candidatos, aunque estos serían una literatura muy valiosa para el psicoanálisis.

Ambos analistas acuerdan que el método para preservar la confidencialidad debe ser elegido por el autor para cada caso, sobre la base de consideraciones clínicas, y no desconocen que cada uno de ellos presenta sus propias dificultades, implicancias y limitaciones. Se alerta, además, con respecto a riesgos que existen en la actualidad, en cuanto a la facilidad de acceso a las publicaciones que pueden tener personas fuera del campo profesional a través del ciberespacio.

A partir de las complejidades expuestas, los autores mencionados incitan a los analistas a reflexionar y generar un debate para lograr nuevas estrategias que apunten a una perspectiva integradora de la producción de conocimiento científico en psicoanálisis. En el *Journal* por el momento se plantea como política editorial una serie de alternativas para tener en cuenta en la preparación de trabajos escritos, y se solicita a quienes incluyan material clínico que informen sobre el método elegido para la protección de la privacidad de los pacientes. En caso de haber optado por un consentimiento escrito, se plantea además la posibilidad de solicitar su presentación.

Algunos interrogantes pueden quedar pendientes en función de lo expuesto: ¿existe en nuestro medio un criterio establecido en cuanto a qué medidas tomar para preservar la identidad del paciente en un trabajo en el que se lo involucra en la exposición del material clínico? ¿Es necesario

unificar un criterio en este sentido? ¿Compartimos en este aspecto las leyes vigentes en nuestro medio para médicos y/o psicólogos, o existen ciertas reglas propias de las instituciones psicoanalíticas?

CONSENTIMIENTO INFORMADO:
DIVERSAS PERSPECTIVAS Y DILEMAS ÉTICOS

Solicitar al paciente un consentimiento informado se plantea en distintos ámbitos profesionales como una opción válida para la presentación y publicación de trabajos, así como para la utilización de materiales clínicos para la investigación. Sin embargo, en psicoanálisis este procedimiento ha generado controversias relativas a sus implicancias éticas y a sus efectos en el proceso analítico.

En su posición como editor del *Journal of Psychoanalysis*, Gabbard (2001) rechazó una declaración del Comité Internacional de Editores de Publicaciones Médicas (2000) en la que se planteaba que los relatos clínicos no debían ser disfrazados, sino que se debía apelar a un consentimiento informado del paciente. El autor no acepta este criterio como adaptable para los escritos psicoanalíticos, porque, a su entender, al dejar de lado la desfiguración del material clínico no se considera la protección de la privacidad del paciente, que es el objetivo. Sin embargo, Gabbard asume la solicitud de consentimiento como una opción complementaria que se puede manejar en ciertas situaciones.

Rodríguez Quiroga (2012) ha realizado una extensa revisión de la literatura psicoanalítica acerca de diversas perspectivas sobre esta temática. Señala que los principios éticos de la IPA de 1993 establecen normas relativas a los valores humanitarios del psicoanálisis y a las obligaciones profesionales con los pacientes, pero no mencionan específicamente el consentimiento informado. En cambio, la autora alude a algunas organizaciones psicoanalíticas para las cuales este procedimiento no es ajeno. Menciona que los códigos de ética de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (1993), de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (1991) y de la Asociación Psicológica Americana (2010) sugieren a los profesionales pedir a los pacientes un consentimiento informado para el inicio de un tratamiento psicoterapéutico y/o psiquiátrico, y que la Asociación Psicoanalítica Americana

(1983) extiende este planteo también a los analistas en formación. Si bien no se desprende del texto si en estas organizaciones este recurso incluye la posibilidad de presentación y publicación del material clínico, esta autora postula que el consentimiento informado es un derecho para los pacientes y un deber para los analistas e investigadores.

Quienes comparten esta postura consideran que el pedido de consentimiento informado implica el respeto por la autonomía del paciente, y que el analista no tiene derecho a violar la confidencialidad si el paciente no lo consiente. En este marco, se apela a la libre determinación de los pacientes para su decisión. La constatación de que estos no siempre dan su consentimiento es considerada en esta perspectiva como una prueba de su autonomía.

La principal controversia con relación al pedido de consentimiento al paciente es si este es un procedimiento posible en la situación analítica. Respecto a este punto, Gabbard (2000) encuentra múltiples dificultades. En primer lugar, en contraposición a la postura de la libre determinación del paciente, el autor considera que la decisión de este no resulta ajena a la influencia de las vicisitudes transferenciales, por lo cual no puede ser considerada una decisión objetiva y racional.

Basado en esta concepción, Gabbard (2001) entiende que la aceptación o no del paciente puede tener variaciones en función de distintas etapas del análisis, y que de acuerdo a las normativas éticas, este podría revocar su consentimiento en cualquier momento, si lo desea. Tomando en cuenta tal situación, el autor alerta sobre las ambivalencias que puede generar este dispositivo en ambos integrantes de la dupla analítica. Agrega además que en tanto el consentimiento implica que el material que se va a exponer va a ser leído por el paciente antes de su presentación o publicación, este hecho expone al autor a la posibilidad de revisar partes del manuscrito que puedan ser objetadas por el paciente, lo cual inevitablemente condiciona la transmisión del analista.

Rodríguez Quiroga, sin embargo, sostiene una visión radicalmente distinta, que transcribo a continuación: «la discusión previa a la publicación es otro valioso ejemplo de coconstrucción del material a presentar, que puede dar lugar o no, a modificaciones por parte del paciente, minimizando el riesgo de potenciales reacciones negativas e incluso, dando

lugar a posibles consecuencias positivas» (Rodríguez Quiroga, 2012: 975; traducción propia).

Ante esta perspectiva, me permito expresar nuevos interrogantes acerca de los efectos que puede alcanzar esta situación en el trabajo de la dupla analítica y en la propia presentación del material: ¿cómo no considerar la incidencia o tal vez la distorsión que este recurso puede generar en la exposición del relato de una sesión o de un proceso analítico? ¿Será que en pos de la participación del paciente podemos llegar a omitir en el texto vicisitudes claves del tratamiento por la imposibilidad de sacar a luz fantasías, afectos o vivencias que el paciente rechaza? ¿Cómo dar a conocer dificultades del paciente en la captación de su conflictiva, experiencias analíticas fallidas o incluso ciertos aspectos contratransferenciales que pueden vivirse con gran intensidad? ¿No se transformará en un riesgo de este procedimiento la posibilidad de mostrar solamente aquel material en el que, más allá de vicisitudes resistenciales, el paciente se ha mostrado receptivo y el tratamiento resulta exitoso? ¿Cómo podríamos entonces discutir y aprender también de los procesos analíticos no logrados?

En el intento de paliar las dificultades que acarrea la inclusión del consentimiento en la práctica analítica, Gabbard (2000) reflexiona acerca de la posibilidad de incorporarlo en las entrevistas preliminares, de tal forma que este quede establecido como parte del encuadre. Sin embargo, esta opción no llega a convencer al autor, porque considera que la propuesta podría afectar el curso del análisis e inducir al paciente a retener información. Propone, en cambio (2001), la alternativa de considerar las ventajas de que sea solicitado después de la terminación del análisis, pero se plantea que aun así pueden ser necesarias algunas entrevistas para que el paciente pueda procesar el significado de este pedido.

A pesar de sus controversias, en un texto anterior este autor identifica situaciones en las que este recurso le parece recomendable como medida para la presentación del material. Estas comprenden: 1) casos en que el paciente puede tener acceso a las publicaciones psicoanalíticas, 2) pacientes que son candidatos, y 3) situaciones en las que el material refiere a alguien conocido o del campo de la salud mental. En todas ellas recomienda que el consentimiento sea por escrito, más que un acuerdo verbal (Gabbard, 1997).

Rodríguez Quiroga (2012) cuestiona que en general se subraya el impacto negativo que el pedido de consentimiento puede tener para el paciente, y en cambio refiere a autores (Kantrowitz, 2005; Lipton, 1991) que hacen notar posibles efectos positivos. En este sentido aluden a la percepción por el paciente de la ética del analista, a la importancia que adquiere el propio proceso analítico para ayudar a otros, y al sentimiento de estar colaborando en el avance del conocimiento.

Con el objetivo de minimizar las vicisitudes y ambivalencias que puede generar la inclusión del pedido de consentimiento en la práctica clínica, esta autora realiza propuestas que involucran a los centros asistenciales de las instituciones psicoanalíticas. En este sentido, plantea que estas entidades pueden preguntar a las personas que concurren para recibir atención si desean colaborar con las investigaciones que las instituciones llevan adelante. Preocupada por el manejo que se hace del material del paciente en los institutos de formación, considera que de esta forma se podría sortear un primer obstáculo de esta problemática.

En otro extremo, y dando lugar a una nueva perspectiva, Levine y Stagno (2001) plantean que la solicitud de consentimiento informado puede llegar a resultar un acto no ético, en tanto ubica al paciente en una situación de vulnerabilidad. Estos autores proponen reservar este recurso a materiales identificables cuya publicación se considera esencial para los fines científicos, o bien cuando persisten dudas en el texto acerca del anonimato del paciente. Asumen, además, que en ambas situaciones lo éticamente apropiado sería solicitar el consentimiento cuando el manuscrito ya estuviera elaborado.

Postulan, en cambio, como alternativa, la necesidad de trabajar el manuscrito para alcanzar el anonimato en el material sin requerir el consentimiento del paciente, quien no sería identificable. Manifiestan que en este caso la ausencia de pedido de consentimiento no podría ser considerada una falta ética, en tanto se asume en función del principio de menos daño al paciente. Estos autores plantean dos caminos concomitantes para confirmar la preservación del anonimato: 1) pedir a colegas la revisión del texto antes de su exposición, y 2) considerar la apreciación del editor, quien podrá solicitar mayores modificaciones en este aspecto.

De acuerdo a Levine y Stagno (2001), los principios éticos formales que guían la actitud clínica deben ser considerados en función de un contexto en el que están incluidos diversos factores que se deben tener en cuenta. En tal sentido, los autores transmiten la dificultad de adherir a una postura radical en esta temática, y apuntan, en cambio, a sostener la confianza en el criterio profesional —guiado por el principio de protección a las personas— sin necesidad de recurrir a un modelo absoluto que pueda llegar a interferir en los procesos terapéuticos o a limitar las oportunidades del profesional para transmitir su experiencia clínica. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- ARBISER, S. «La confidencialidad. Su centralidad en psicoanálisis». En Congreso Internacional de la API, 44: *Trauma. Nuevos desarrollos en psicoanálisis*. Río de Janeiro: IPA, 2005.
- «The man with the bus symptom». En *International Journal of Psychoanalysis*, v. 75, 1994, pp. 729-742.
- BOLLAS, C. «Acerca de la pérdida de confianza en psicoanálisis». *Newsletter IPA*, v. 8, 2, 1999.
- DUARTE, A. «La ética en la práctica clínica. Consideraciones éticas en la investigación psicoanalítica». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, v. 102, 2006, pp. 197- 220.
- FREUD, S. «Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico» (1912). En *O. C.* tomo XII, Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- GABBARD, G. «Case histories and confidentiality». En *International Journal of Psychoanalysis*, v. 78, 1997, pp. 820-821.
- «Disguise or consent: problems and recommendations concerning the publication and presentation of clinical material». En *International Journal of Psychoanalysis*, v. 81, 2000, pp. 1071-1086.
- GABBARD, G., y P. WILLIAMS. «Preserving Confidentiality in the Writing of Case Reports». En *International Journal of Psychoanalysis*, v. 82, 2001, pp. 1067-1068.
- GOLDBERG, A. «A risk in the confidentiality». En *International Journal of Psychoanalysis*, v. 85, 2004, pp. 301-310.
- «Psicoanálisis posmoderno». En *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, v. XXIII (1), 2001, pp. 43-52.
- Review of «The new informants: the betrayal of confidentiality in psychoanalysis and psychotherapy», by C. BOLLAS and D. SUNDELSON. En *American Journal of Psychoanalysis*, v. 56, 1996, pp. 363-364.
- LEVINE, S., y S. STAGNO. «Informed Consent for Case Reports. The Ethical Dilemma of Right to Privacy versus Pedagogical Freedom». En *The Journal of Psychotherapy Practice and Research*, v. 10, 2001, pp. 193-201.
- LEY n.º 18331, «Protección de datos personales y acción de “habeas data”». *Diario Oficial*, 18/8/2008 - n.º 27549. Poder Legislativo de la República Oriental del Uruguay.
- RODRÍGUEZ QUIROGA DE PEREIRA, A., V. M. MESSINA y P. A. SANSALONE (2012). «Informed consent as a prescription calling for debate between analysts and researchers». En *The International Journal of Psychoanalysis*, 93: 963-980. doi: 10.1111/j.1745-8315.2012.00615.x.
- ROUSSOS, A., M. BRAUN y J. OLIVERA. *Conductas responsables para la investigación en psicología*. Buenos Aires: Funic, 2012.

Comentario sobre el artículo «Dilemas éticos en psicoanálisis»



SILVIA WAJNBUCH¹

Me resulta muy estimulante comentar este artículo, dado que la confidencialidad es un tema muy discutido actualmente, no solo desde el punto de vista ético de nuestra profesión sino también desde el punto de vista legal.

Nahir Bonifacino presenta diferentes perspectivas y posturas y nos invita al intercambio. Después de una breve introducción, plantearé las ideas que me surgen a partir de sus preguntas, basándome en mi experiencia clínica e institucional.

Comienzo por definir ciertos términos:

El *consentimiento* «es la manifestación libre en la que el titular de los datos personales (afectado) manifiesta de forma inequívoca su voluntad para permitir el tratamiento de los datos de carácter personal»;² y el *consentimiento informado* es «la conformidad libre, voluntaria y consciente de un paciente, manifestada en el pleno uso de sus facultades después de recibir la información adecuada, para que tenga lugar una actuación que afecta su salud».³

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. silviwaj@gmail.com

2 Consentimiento (s. f.). Recuperado el 23 de marzo de 2013, de <<http://www.derecho.com/c/tiki-index.php?page=Consentimiento>>.

3 Consentimiento informado (s. f.). Recuperado el 23 de marzo de 2013, de <<http://www.derecho.com/c/Consentimiento+informado>>.

El *secreto profesional* es definido, en una mirada bioética, como la obligación jurídica, el derecho legal y el deber moral de los profesionales del arte de curar de guardar silencio sobre los hechos o acciones que llegan a su conocimiento con motivo de su profesión, en forma directa o indirecta. Esto implica guardar silencio sobre todo aquello que vieron, oyeron, descubrieron o realizaron durante el ejercicio de su profesión. Recordemos que desde Hipócrates (siglo I d. C.) se plantea el deber del secreto: el derecho del paciente sobre su intimidad y privacidad y la obligación del profesional a la confidencialidad.

En la modalidad utilizada en Inglaterra, el secreto puede ser *absoluto*, es decir que su revelación no admite ninguna excepción. El médico no podrá confiar un hecho conocido por medio de su profesión ni siquiera a sus colaboradores.

En cambio, la legislación vigente argentina y la del resto de América del Sur aceptan el *secreto relativo*, que implica que la revelación queda supeditada a una «justa causa», es decir, cuando de él derive un gravísimo daño para terceros o cuando pueda revelarlo un magistrado competente por justa causa.

En términos generales podemos decir que la justa causa se da cuando de la no revelación del secreto puede seguirse daño severo, irreversible o permanente en terceros, tema tratado ampliamente en el caso Tarasoff vs. Regents of the University of California.

En este caso, Prosenjit Poddar, un estudiante de la Universidad de California, Berkeley, le reveló a su psiquiatra que mataría a su compañera Tatiana Tarasoff. El psiquiatra informó a la policía de la escuela, que detuvo al estudiante, pero lo dejó libre luego de haberle parecido que había cambiado su actitud y de que este prometiera que no se acercaría a Tarasoff. No se tomó ninguna otra acción y Tarasoff no fue advertida de la amenaza. Dos meses después, en octubre de 1969, Poddar mató a Tarasoff. El fallo indicó que el profesional de la salud debe advertir a una víctima potencial de una amenaza, aun si se viola la confidencialidad de la relación médico-paciente. Tarasoff II (una extensión del primer fallo) indicó que el psiquiatra también tiene la obligación de proteger a la persona alertando a las autoridades pertinentes.⁴

Pero a la vez, en la Argentina el artículo 156 del Código Penal establece pena de multa e inhabilitación por seis meses a tres años «para el que te-

niendo noticia, por razón de su estado, oficio, empleo, profesión o arte, de un secreto cuya divulgación pueda causar daño lo revelare *sin justa causa*». La ley no exige que la divulgación cause efectivamente un daño, sino que *potencialmente pueda generarlo*. Es un delito de peligro, que se consuma con la mera divulgación. El daño puede ser de cualquier naturaleza.

La obligación de guardar secreto se hace extensible a la historia clínica como a toda documentación que involucre al paciente.^{5,6}

Para resumir, concuerdo con Nahir en que la confidencialidad es un problema ético, que se complejiza en la práctica clínica, dado su posible vínculo con terceros, y que se encuentra actualmente más amenazada por los adelantos técnicos: la informatización de las historias clínicas, el trabajo en equipo, la difusión de la información, etcétera.

Considero por ende de fundamental importancia que los psicoanalistas en sus instituciones nacionales, regionales e internacionales reflexionen sobre estas cuestiones y tomen decisiones que puedan derivar en la implementación de reglas. Estas reglas proporcionarían el marco ético y legal a nuestra práctica clínica y ayudarían a evaluar cada caso en particular, preservando y protegiendo tanto a los pacientes como a sus miembros.

Intentemos ahora una aproximación a la pregunta de Nahir: ¿cómo transmitir conocimientos relativos a la comprensión del material clínico en psicoanálisis sin violar la confidencialidad de los pacientes?

La autora plantea en su artículo varios interrogantes y situaciones problemáticas relacionados con el tema de la confidencialidad: primero el tema de las publicaciones y luego el de la práctica clínica y su posible vínculo con terceros. Ambos se encuentran relacionados con el tema del consentimiento.

4 R. Salinas (2007). «La confidencialidad de la consulta psiquiátrica y el deber de protección a terceros: El caso Tarasoff». En *Revista Chilena de Neuro-psiquiatría*, 45 (1), 68-75. Recuperado el 9 de marzo de 2013, de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-92272007000100011&script=sci_arttext.

5 P. Altamirano (2008). «Secreto médico: Una mirada bioética». Recuperado el 23 de marzo de 2013, de http://www.colmed9.org.ar/Bioetica/SECRETO_PROFESIONAL.pdf.

6 M. Cortesi (2006). «Relación clínica con el paciente: Alcances y límites del secreto profesional en Argentina». Recuperado el 23 de marzo de 2013, de <http://www.bioetica-debat.org/modules/news/article.php?storyid=93>.

Gabbard (2000) plantea que la posibilidad de incorporación del consentimiento en las entrevistas preliminares de tal forma que este quede establecido como parte del encuadre podría afectar el curso del análisis e inducir al paciente a retener información. Por el contrario, considero que la aclaración del uso del secreto profesional y el pedido de consentimiento planteado desde el inicio del tratamiento son instrumentos que facilitan que el paciente hable con entera libertad, porque le estamos garantizando que nada de su material será revelado ni utilizado sin su aprobación.

CONFIDENCIALIDAD Y RELACIÓN CON TERCEROS

DEFINICIÓN DE UN ENCUADRE

Mi técnica habitual es explicarles a los pacientes o a sus padres y a «terceros» involucrados que tengo por norma no entregar informes escritos. Me fundamento en que, además del cuidado de la confidencialidad, se corre el riesgo de no saber para qué y cómo se podrá usar ese escrito. Solo el intercambio verbal puede tratar de garantizar que el otro entienda lo que uno le está planteando. Lo importante es justamente «el intercambio» y el enriquecimiento mutuo a favor de la ayuda al paciente. De esta manera, se pueden planear un trabajo y una estrategia en conjunto. Considero de mucha utilidad poder trabajar en equipo y armar una «red» con otros profesionales tratantes, o con docentes, etcétera.

Siempre que me pongo en contacto con un «tercero» vinculado con el paciente, lo trabajo en primer lugar con el último. Si tengo su aprobación, le comento lo que voy a decir y le aclaro que lo informaré sobre lo conversado con el tercero. Es decir que pido su consentimiento y me comprometo a darle la información en la sesión subsiguiente.

Al tomar un paciente en tratamiento, si vislumbro la posibilidad de algún tipo de riesgo, aclaro que mantendré el secreto profesional *a menos* (causa justa) que considere que existe algún riesgo para él, en cuyo caso, a manera de cuidado, me comunicaré con quien evalúe pertinente. Si se trata de niños o adolescentes, les planteo previamente que es necesario tener una entrevista con los padres y los invito a participar. Por lo general no desean hacerlo, así que en estos casos también les aclaro que después les informaré sobre lo conversado.

MATERIAL CLÍNICO Y SUPERVISIÓN

Entiendo que tanto el psicoanalista tratante como el supervisor deben mantener la confidencialidad, el secreto profesional y el cuidado hacia la intimidad del paciente. No veo en este caso la necesidad de desfigurar el material.

Más allá de que todo material llevado a supervisión implica su «relato», concuerdo con Goldberg en que el enmascaramiento o disfraz puede implicar un riesgo como recurso, dado que el material puede alejarse de la realidad del paciente y llegar a generar una «ficción».

CONFIDENCIALIDAD, CONSENTIMIENTO INFORMADO Y PUBLICACIONES

Hace un tiempo un psicoanalista me contó que después de muchos años de haber terminado un tratamiento se encontró con un expaciente quien le comentó que con mucho asombro había encontrado su material de sesiones en un libro. El asombro también fue para el terapeuta, ya que había sido su supervisor quien había escrito el artículo, sin el consentimiento del paciente ni del terapeuta.

Considero que efectivamente podemos intentar disfrazar o desfigurar los datos biográficos, pero si transcribimos una viñeta o una sesión no podemos cambiar su contenido. No podemos escribir una sesión o un sueño «disfrazados», y es esperable que el paciente en cuestión se reconozca aunque sus datos estén modificados. Por ende, no creo posible desfigurar el material para tratar de evitar que el paciente pueda reconocerse en él. Considero que siempre es necesario contar con el consentimiento del paciente y, de no tenerlo, no deberíamos escribir sobre él.

Muchas veces nos es difícil encontrar la manera de cambiar los datos conservando su significación. Creo que esto pasa especialmente con los nombres de los pacientes. Por ejemplo, si una paciente se llama «Soledad Nadia» me parece que al intentar disfrazarlo con otro nombre para que no pueda ser reconocido se intenta buscar un «equivalente» que difícilmente podrá serlo. Sería como intentar desfigurar el dibujo original de un niño. Indudablemente el sentido y su interpretación quedarían afectados.

Para concluir y a manera de resumen, quiero remarcar que el psicoanálisis tiene su raigambre en la ética, con lo cual el tema del consentimiento

me parece un concepto fundamental para ser discutido entre los psicoanalistas en sus instituciones. Considero que es importante estar al tanto de la legislación vigente en cada país. Entiendo que incluir el consentimiento al inicio de los tratamientos favorece la libertad de expresión de los pacientes, dadas la confianza y tranquilidad que surgen del enunciado del secreto profesional y la aclaración de que su material no será informado a terceros sin su aprobación. ♦



Con Graciela Frigerio¹

EDICIÓN A CARGO DE ANA DE BARBIERI,²
MAGDALENA FILGUEIRA³ & LUIS GRIECO⁴

Disponible en los momentos de concertar espacios de intercambio e in-fatigable a la hora de disponerse a la producción, es Graciela Frigerio, afable en todos ellos. Fue en el Centro montevideano, una tarde lluviosa de febrero, comenzando el año 2013, cuando se encontraba trabajando para la Universidad de la República, en la Facultad de Psicología, en la «escuela de verano» a la cual asisten estudiantes de varios países de América Latina. Corriendo el humo del café, fue develando en la Conversación su periplo de formación y de transmisión. Fuimos conducidos hasta los confines mismos, hasta las fronteras entre saberes, que ella suele atravesar, dado que se reconoce como «migrante disciplinar». Nos convidó a conocer sus filia-ciones simbólicas, a las que no renuncia, sino que deconstruye a la vez que habita. La escena que se destaca como predilecta es aquella que acontece en la atmósfera de «seminario», como un tiempo-espacio de construcción.

- 1 Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires y doctorada en Educación por la Universidad de París V, Francia. Directora del Doctorado en Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Miembro fundador del Centro de Estudios Multidisciplinarios (Fundación CeM). Profesora e investigadora de distintos posgrados en universidades argentinas. Además, es profesora invitada de universidades extranjeras y consultora de organismos nacionales e internacionales. Codirectora del Diplôme d'études supérieures universitaires (DESU), Jóvenes en Dificultad. Enfoques Interculturales y Prácticas Profesionales y Derechos del Niño y Prácticas Profesionales (CEM/París VIII). Directora de la carrera de especialización Nuevas Infancias y Juventudes (CEM-UNGS). Autora y coautora de numerosos libros y ensayos, ha tenido a su cargo el desarrollo de distintas colecciones de educación.
- 2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. anadeb@adinet.com.uy
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mefe@adinet.com.uy
- 4 Analista en formación en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. grieco23@adinet.com.uy

MAGDALENA FILGUEIRA —Te vamos a proponer llevar adelante esta «Conversación en la Revista», Graciela, «en la cinta de Moebius».⁵ Tú misma escribiste esto respecto a Moebius y su amor por los enigmas, el legado que nos dejó: su banda, como frontera que contornea metafóricamente un agujero y que brinda significaciones para lo propiamente humano. Empezaremos con esta conversación, entonces, una excursión, incursión, que por momentos parecerá estar recorriendo el mundo externo, en otros el interno.

LUIS GRIECO —Una primera pregunta para ir abriendo nuestra conversación. ¿Quién es Graciela Frigerio?

GRACIELA FRIGERIO —Lo primero que te podría decir es que soy una persona mayor; es una cuestión que me importa decir, porque creo que con el tiempo uno va, elaboración mediante, articulando, reacomodando, reorganizando todo un conjunto de relaciones y «filiaciones simbólicas».

Si tuviera que definirme disciplinariamente, optaría por decir que soy algo así como una «migrante disciplinar». Me resultaría muy complejo identificarme solamente con una disciplina. Desde pequeña tuve curiosidad por distintas cuestiones, distintos lenguajes. Quizás en el fondo haya una perspectiva particularmente querida: el pensamiento psicoanalítico, con el que estuve en contacto realmente desde pequeña por cuestiones de vínculos familiares. No recuerdo exactamente la edad, digamos ¿nueve o diez años?, cuando acompañaba a mi madre a unos cursos que brindaba Federico Aberastury. Conservo aún algunos de los cuadernos en los que a lápiz mi madre tomaba notas. Podría decirse que desde pequeña me acompaña esa convicción, esa intuición, esa certeza acerca de la existencia de una zona del sujeto que tiene unas reglas distintas, unas lógicas distintas que es necesario conocer y elaborar.

Cuando concluía la secundaria empecé a formarme en ciencias exactas, para rápidamente migrar a la carrera de medicina, donde hice dos años. Mi intención en aquella época era ser psicoanalista.

5 G. Frigerio (2005). «En la cinta de Moebius». En *Educar: ese acto político*. Buenos Aires: Del Estante Editorial.

Por distintas razones no pude soportar la carrera de medicina. Consideré que si la formación psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica Argentina tenía esta condición, lo lamentaba... Podría decirse que de medicina «me mudé» a ciencias de la educación. Una opción no particularmente apasionada en ese momento, solo una formación de compromiso, dado que algo *tenía* que estudiar. Ingresé a filosofía y letras, y a la vez, como estaba muy tentada por todo lo que en la Argentina se movía alrededor del psicodrama, me acerqué de a ratos a esa formación y a esas prácticas. De manera tal que estudié las mal llamadas ciencias de la educación, manteniendo contactos con el psicoanálisis y posiciones que lo discutían y lo conjugaban distinto.

Justo cuando estoy concluyendo la carrera de ciencias de la educación en la Universidad de Buenos Aires se cierra la universidad, se interviene... debo irme. Llego a Francia muy afectada y preocupada por la historia política de mi país. Razón por la cual mi primera opción cuando inmediatamente empecé a estudiar en París, aún sin total claridad entonces al respecto, fue intentar comprender qué pasaba con una sociedad que podía producir en el registro político y social unos modos tan traumáticos. Quizás fuese lo que me tenía afectada como *marca* desde la salida de Buenos Aires casi un año antes de que llegara la dictadura. Pero, insisto, las cosas eran menos precisas en ese entonces; como siempre ocurre, este es un sentido también construido *après coup*. En París V tuve la suerte de que me recibiera una mujer extraordinaria por su generosidad, militancia, una mujer con una formación sociológica clásica, estricta, milimetrada, Vivianne Isambert Jamatí; ella había aceptado un grupo de estudiantes de doctorado muy interesante por su heterogeneidad. Hice pues una trabajosa tesis de doctorado en la que abordaba cuestiones centrales del sistema educativo.

Cuando terminé esa tesis en educación con opción sociología, de alguna manera cumpliendo un mandato, tal vez autoimpuesto, solo concretado a fuerza de voluntad fría, me permití, podría decirse quizás, «reanudar» lo que me apasionaba. Me inscribí entonces nuevamente en la universidad, esta vez en Nanterre (París X). Era el lugar que me parecía más interesante en ese momento, porque allí estaban Didier Anzieu, Roger Dorey y otros profesores que ofrecían una

formación que hilaba muchos elementos de mi interés. Mi expectativa de anudar preocupaciones a propósito de lo grupal, como un interés en formarme clínicamente, era un modo de poder trabajar desde otro registro lo que me importaba e interesaba de lo social y lo político, a la vez que me permitía reanudar e iniciar (no es contradictorio para mí) una formación psicoanalítica que nunca había tenido un orden. Didier Anzieu y Roger Dorey me aceptaron en formación en el DEA (año anterior al doctorado).

Se inició un tiempo maravilloso de formación. Sobre ese tiempo tengo un infinito agradecimiento, porque sin duda fue la base de la formación más significativa de mi vida. Quizás no tanto o no solo por las enseñanzas de Anzieu, sino en gran medida por la consistente, rigurosa, profunda formación que aseguraba Dorey en el Sainte-Anne a partir del trabajo que se ponía en marcha y se exigía; desde la «presentación del enfermo», la manera de entrevistar, la manera de enseñar psicopatología dejaron en mí la huella de un estilo de relación con el saber. Felizmente asistía también al seminario de Veaucresson, un día sábado intenso y completo de trabajo mensual o bimestral, no recuerdo ahora la secuencia, solo puntuado por el almuerzo que compartíamos los estudiantes y Roger Dorey, que dirigía el seminario. Para esos encuentros teníamos obligación de producir, había que agruparse y trabajar para presentar y aceptar una deconstrucción de lo presentado. Aprendía allí realmente un estilo de trabajo intelectual diferente y magnífico. En el seminario reinaba para mí un ambiente a la vez exigente, apasionante y magnífico de trabajo con los compañeros, con los colegas y con Dorey, de quien destaco su enorme generosidad intelectual. Su posición era a la vez sólida teóricamente, sensible a la producción de Lacan, pero básicamente era un psicoanalista *à l'ancienne*, digamos, en su respeto a la clínica, en su respeto al paciente, en su rigurosidad diagnóstica, en su exigencia hacia nosotros. Ahí puedo afirmar que me formé, y es quizás este tiempo de formación, ese estilo de trabajo lo que más extrañé y lo que sigo extrañando después de que regresé al Río de la Plata.

Volví a la Argentina después de que regresara la democracia, un tiempo después, no inmediatamente, no fue sencillo llegar. Lo que

estoy intentando narrar (lo que solo es posible por la calidad de la escucha de mis entrevistadores) tiene que ver con algo que se volvió, con el tiempo, central: mi reivindicación de las *figuras del extranjero*, por cierta conceptualización de *lo extranjero*. Es más, siempre sostuve que uno no es sino al menos un primer exilio, refiriéndome por supuesto a lo materno, pero cuando uno puede atravesar los exilios (sin haber optado en mi caso por el estatuto jurídico de exiliada) hay algo del orden de una *relación de saber* con el saber que es profundamente apasionante de recorrer. Al instalarme en Buenos Aires tuve también que tomar decisiones, entre ellas si retomaba algo que tuviera que ver con mi formación psicoanalítica, y recuerdo mi desconcierto ante el panorama local. Como me había analizado con Octave Mannoni, le escribí: «No entiendo nada del panorama psicoanalítico de este país, ¿qué hago?». Me dijo: «No podría orientarla».

No logré, no supe buscar y/o encontrar el estilo de trabajo con el que a mí me gustaba acercarme a la clínica, con el cual identificarme. Eso limitó u orientó una decisión: no sería exactamente el trabajo clínico directo aquello a lo que me dedicaría. Era un tiempo en Argentina de mucho de un estilo de lacanismo que no me resultaba interesante. Había asistido en Francia a algunos seminarios de los «lacanianos», y valorado aportes de Lacan, sobre todo el primer Lacan, y de sus ¿discípulos?, pero lo que se hacía no me representaba. Me resultaban interesantes la construcción teórica, los cruces culturales que se producían, algunas figuras, pero no era en esa corriente que me encontraba más identificada. Sí podía valorar, tomar conceptos, explorar con esos conceptos objetos diversos de mi interés, pero finalmente con menos apertura para pensar que en otras perspectivas. ¿Podría hacer algo con un pensamiento clínico explorando territorios no clínicos? Digo *explorando* y no *aplicando* porque este es un punto sobre el que debato mucho, dado que entiendo que las relaciones de aplicación sobre todo en psicoanálisis y en otros campos han sido particularmente frustrantes.

En esa situación estoy cuando ocurre algo que no fue quizás exactamente casualidad: empiezo a conectarme con gente de la educación, en particular con Cecilia Braslavsky, quien me invitó a hacerme cargo de unas investigaciones que estaban boyando en

la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), donde trabajé durante unos diez años, y también conocí a Lidia Fernández, que en ese momento dirigía el Departamento de Educación, quien también inmediatamente me ofreció hacer un seminario de posgrado sobre formación de formadores. La formación de formadores era en ese momento en Francia una cuestión muy interesante, en la que yo había trabajado mucho con gente de diversas disciplinas, entre las cuales quiero mencionar a modo de homenaje a una antropóloga argentina que falleció recientemente, Silvia Costanzo. Formación de formadores e interculturalidad, lo grupal y la fantasmática de la formación fueron territorios de desempeño. Básicamente me importa señalar que entonces se inaugura, a partir de algunas investigaciones y especialmente una que refería al análisis del fracaso escolar en los sectores populares, una posibilidad de hacer a mi gusto una buena síntesis entre preocupaciones políticas y una reflexión psicoanalítica para formular problematizaciones, indagar y comprender. Es esta línea la que con el tiempo se volvería lo que, creo, me identifica.

A la vez, como deriva tanto de posicionamientos internos como de los contextos en los que estaba trabajando, se abre lo que yo llamaría el período del pensamiento organizacional, con el cual hoy ya no me identifico. Acerca de él puedo decir que fue un tiempo muy interesante de trabajo en los territorios de la educación, mucho trabajo con educadores en distintos territorios. Trabajé creo con cientos de maestros, directores, supervisores, en las escuelas, en las provincias, en ciudades de distinta dimensión y en poblaciones más alejadas y menos numerosas, encuentros y encontronazos con realidades múltiples. Estoy agradecida a ese tiempo que me permitió nombrar algunas cosas, ofrecer algunas perspectivas, introducir algunas referencias, tener en cuenta a la vez a los actores y sujetos concretos y a maestros del pensar que por aquel entonces solo eran conocidos por pequeños grupos (ustedes ven que hablo de allá lejos y hace tiempo) y volverlos disponibles para los educadores. Me refiero por ejemplo a Castoriadis, a Enriquez. Cuando leí por primera vez la tesis de doctorado de Enriquez me impactó e impresionó mucho, es una huella a la que regreso cada tanto.

Después de varios años se instala (o «¿instalo?», «¿me autorizo?») un juntar más sistemáticamente, anudar con una consistencia que me gustaba, siendo a la vez fiel e infiel, a unos *maestros* que nunca me reconocerían como discípula y de los que tampoco me declaro tal. Así intento abordar lo institucional poniendo a dialogar conceptos del psicoanálisis, que nunca dejé de estudiar, nociones de la sociología clínica en territorios concretos mediante desarrollos políticos concretos, en campos empíricos específicos. Fueron los años de creación de programas políticos, otros de creación de las *zonas de acción prioritaria* en la ciudad de Buenos Aires. Sin renunciar a mantener esta «doble pertenencia», por decirlo de algún modo. Trabajaba en territorios concretos, las escuelas, los barrios, me encanta trabajar ahí, me gusta discutir ahí, ya que si uno no discute ahí, puede decir cosas eventualmente tan bellas como impertinentes.

A la vez, empezaba a dar forma en el territorio universitario a posgrados. Estoy hablando de mi ingreso a la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), para la que diseño la Maestría en Educación, que acompañé durante muchos años. Más recientemente el Doctorado en Educación, que actualmente estoy dirigiendo. Migrante disciplinar con pluralidad de filiaciones y pertenencias, con una necesidad (por no hablar de vocación) de forjar nuevas institucionalidades, cofundé y participé desde su apertura hasta su cierre, durante quince años, en el CEM, el Centro de Estudios Multidisciplinarios, una fundación en la cual con un grupo de colegas, en particular Gabriela Diker, dimos forma a iniciativas y a un estilo de trabajo que nos permitía compartir temas, poner en marcha proyectos, investigar, crear formaciones con distintas instituciones argentinas y extranjeras, entre las cuales quiero mencionar a la Universidad de París VIII. Vínculos que resultaron de encuentros azarosos, y gracias a los cuales se produjo un encuentro muy importante para mí, el de «hallar» la filosofía. Stephane Douailler, Patrice Vermeren oficiaron como anfitriones; eso me permitió conocer a Rancière, asistir a seminarios de Derrida, tejer afinidades intelectuales que producen otra movida, otra migración o una nueva experiencia de extraterritorialidad.

Me pregunté: ¿cómo pude estar tan desatenta? ¿Cómo demoré tanto en establecer un diálogo con la filosofía? ¿Qué me distrajo como para no haber emprendido una formación en filosofía política a la clásica? ¿Cómo pude creer que podía entender algo sin juntar la manera de entender la producción subjetiva y la producción de lo social desde la filosofía también en diálogo con el psicoanálisis? Algo por otra parte que Castoriadis había puesto en evidencia. De modo tal que los últimos años, ya sin declararme alumna pero estudiando, fueron años de acercamiento a la filosofía, que tuvo en París VIII expresiones de una osadía conmovedora. Las preocupaciones por la institución y las instituciones, las políticas educativas y las infancias se entrecruzaron en una investigación que me importó mucho y que encontré en la Guggenheim y su reconocimiento un impulso significativo que me permitió dar forma a ideas e hipótesis sobre la *pulsión antiarcóntica*. Si tuviera que sacar una «carta de identidad», te diría «ahí están las pistas para delinear los rasgos».

L. G. —Y empezamos con el *ahí*, porque son como las marcas, y *marca* en su etimología proviene de señal en el sentido de un territorio fronterizo. Tomando esta «marca en el ahí de la pulsión antiarcóntica», conversábamos con Magdalena que proviene del campo influido por Derrida, del *arkhé*, del archivo, y que tiene alguna vinculación con el planteo de la *pulsión de muerte* en términos freudianos.

G. F. —Me resulta importante destacar que los aportes de Eugène Enriquez siempre me dieron a pensar. Me importan lo que podría llamarse el primer tiempo de la obra de Enriquez y sus producciones más recientes; en ambas la cuestión de la *pulsión de muerte* ha sido trabajada por él con una pertinencia y una justeza que permiten (que me permiten) comprender algo de lo que acontece. No sé la importancia que tiene para ustedes el concepto, para mí el concepto de pulsión de muerte que adopto, al que recurro, que me habla, sigue siendo un concepto totalmente enigmático. Me doy cuenta, cuando retomo el material que he ido juntando, notas de los seminarios a los que asistí, apuntes de lecturas, reflexiones escritas en los márgenes de libros escritos por otros, de que desde hace mil años me he preocupado por la *pulsión*. Cuando recorro la biblioteca me vuelvo a encontrar

con viejos cuadernos de apuntes, constato que hay temas que arrastro desde hace muchísimos años aun cuando solo recientemente tomen forma de narración o investigación. Finalmente sigo trabajando sobre preocupaciones que estaban en mí desde hace muchísimo tiempo, cosas que intentaba pensar sin saberlo, *lo sabido no pensado*.

- L. G. —Rastreando en tu bibliografía el tema de la *pulsión*, en el texto *El análisis de la institución educativa*⁶ hay una línea de trabajo sobre la *pulsión de saber*, que Freud plantea como agregado en 1915 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)⁷ con relación al cruce de la *pulsión de ver* y la *pulsión de apoderamiento*, sobre el enigma acerca del origen de los niños, y luego tomás los desarrollos de Roger Dorey sobre el *deseo de saber*.
- G. F. —De Roger Dorey, y recientemente los desarrollos de Sophie de Mijolla-Mellor, quien aborda estas cuestiones también haciendo una relectura crítica de la producción freudiana. Acabo de recordar que cuando yo hice mi memoria de DEA en Nanterre la hice sobre la cuestión de la pulsión y el *deseo de saber*. Cosas que vienen y van sin dejarnos nunca de trabajar.
- L. G. —Piera Aulagnier lo liga más que nada con *saber sobre el deseo*, en *Un intérprete en busca de sentido*.⁸
- G. F. —Buenísimo que traigas la referencia de ese título, un texto sumamente interesante. Me gusta mucho la producción de Aulagnier, creo que ha ordenado la reflexión al avanzar figuras conceptuales bien interesantes. Actualmente la cuestión del *deseo*, a pesar de que la uso como *deseo de saber*, es una noción cuyo desgaste, o cuyo *malentendido*, como diría Rancière, me lleva a una cierta distancia. Pero es innegable que sigo entendiendo que en nosotros hay algo del orden del *deseo de saber* que se obstina.

6 G. Frigerio y M. Poggi. *El análisis de la institución educativa*. Buenos Aires: Santillana, 1996.

7 S. Freud (1905). «Tres ensayos de teoría sexual». En *Obras Completas*, v. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

8 P. Aulagnier. «El deseo de saber en sus relaciones con la transgresión». En *Un intérprete en busca de sentido*. México: Siglo XXI, 1994.

- L. G. —Proponés la *enigmática pulsión antiarcóntica*,⁹ pensándola en términos de una *pulsión* que pulsa; ¿cuál sería su destino? Tomando los objetos de la pulsión, de esa *pulsión antiarcóntica* que implica una tendencia al borramiento de los *archivos* (noción que Derrida abordara desde 1968 en *La différance*), y que planteás que surge cuando Derrida trabaja sobre los archivos freudianos.
- G. F. —En efecto, como bien refieren, el origen de ese trabajo es una conferencia que le solicitan a Derrida a propósito de las eternas disputas sobre los archivos freudianos. Cuando tropecé con *Mal d'archive*¹⁰ (*Mal de archivo*) pude entender mucho de la propia historia argentina reciente. Los efectos de la lectura fueron contundentes. Derrida estuvo siempre del lado de las mejores causas, no del lado de las peores, y ha sido solidario en el mundo entero con muchas cosas, por lo cual era intelectualmente una figura muy querible, muy estimable. Convengamos en que él no pensaba en la situación argentina cuando escribió *Mal d'archive*, pero pensando en los *archivos freudianos* hace algunas consideraciones a propósito de qué ocurre en las sociedades cuando por momentos se desata, se suelta, se instala y uno constata que se instituye (podríamos agregar eso) esta terrible, «siniestra pulsión antiarcóntica», ese equivalente del nombre del Diablo, dice él, lo demoníaco, lo maléfico, «lo maldito de la pulsión».

La lectura del texto de Derrida me permitió entender por primera vez de manera distinta el sufrimiento social en la Argentina a propósito de los archivos prohibidos, de los archivos perdidos, los archivos destruidos; en el múltiple sentido, no solamente el de los listados nunca aparecidos, sino el de pensar en una generación como parte de un *arkhé*. Fue el primer sentido para mí de este libro: entender algo de lo traumático que persevera en la sociedad argentina; como hipótesis, a propósito de esa perforación en la trama de un *arkhé*, y que viene a violentar, herir. La ausencia en la trama de una generación; me importa señalar que no

9 G. Frigerio. *La división de las infancias. Ensayo sobre la enigmática pulsión antiarcóntica*. Buenos Aires: Del Estante, 2008.

10 J. Derrida. *Mal de archivo*. Madrid: Trotta, 1997.

me refiero solo a la ausencia de los que uno llora porque murieron, sino de los que uno también debe llorar porque aun no muertos no dejaron (como no dejó ninguno de nosotros) de estar afectados. Se abre entonces, en mi opinión, toda una reflexión a propósito de lo que significa la expresión *antiarcónica* en una sociedad y de lo que esto produce como *trauma* de muy lenta y compleja elaboración en el tejido social, porque constituye una *interrupción en la trama de transmisión*. Sobre esto, por supuesto, no cabe banalidad o superficialidad.

Ese agujero en la trama, esa interrupción en la transmisión no es reparable con una política curricular, por decir una pavada; lo que está en juego no es lo que hacemos con un mejor currículo, es qué hacemos con una transmisión interrumpida, qué hacemos con, como me decía una tesista, «a lo mejor ya no podemos transmitir por un tiempo porque solo transmitiríamos miedo». ¿Cómo (re)anudar con la parte del *arkhé* desaparecido, el prohibido, el expropiado? ¿Cómo resignificar el *arkhé*? ¿Cómo encontrar nuevos fundamentos, para utilizar una expresión más próxima a Laplanche? Dicho sea de paso, Laplanche y Pontalis son psicoanalistas, como todo el grupo que reúne Michel Gribinski alrededor de *Penser-Rêver*, que crean un pensamiento psicoanalítico contemporáneo muy valioso.

- L. G. —Para ir ligando los contenidos: en nuestro medio y en nuestra región se han trabajado esos efectos en el campo de la subjetividad y en la transmisión de contenidos y también en la transmisión del horror, de aquello que ha quedado denegado, encriptado.
- G. F. —Los uruguayos cuentan con gente que valoro mucho. Marcelo Viñar, para dar un ejemplo, Alberto Konicheckis, para dar otro ejemplo, dicen las cosas con justeza y justicia cuando de maneras diferentes pero próximas señalan lo complejo que se instala cuando una generación no puede tramitar un nivel de trauma tan contundente como el que pasó en algunas sociedades como expresión o efecto de la pulsión de muerte desanudada de la pulsión de vida. Cuando una generación no elabora, la siguiente queda en posición de verse exigida de un plus de trabajo psíquico. Es posible preguntarse o formular(se) la hipótesis respecto a que algo de lo que hoy acontece con las nuevas generaciones en algunos de nuestros países tendría que ver con esa dificultad

elaborativa de las generaciones adultas que vivieron los años de las dictaduras y ese plus de exigencia elaborativa cargado sobre los *recién llegados*, por decirlo arendtianamente. Quizás haya que admitir que el otro, los «nuevos», pueden hacer distintas cosas con el legado: tomarlo o rechazarlo diciendo «arréglenselas, me rebelo contra eso, no estoy dispuesto a tramitar por otros». Se abren entonces las cuestiones vinculadas a dar trámite a las herencias en el sentido más complejo, no solo las herencias deseadas o idealizadas, sino las que remiten a la herencia del horror, la del agujero; con la herencia del trauma, con la marca, con la inhibición para pensar, con los restos de la pulsión de muerte que sigue operando para desatar y mantiene la dificultad (por lo menos yo lo tengo como hipótesis) para volver a armar lazos.

L. G. —De alguna forma cabalga en ese contexto de lo que has llamado las políticas desubjetivantes y las subjetividades estructurantes, en un contexto entre la hospitalidad y la hostilidad.

G. F. —Quisiera incorporar un nuevo matiz. Me parece que las *políticas desubjetivantes* son aquellas con vocación, tentación *desubjetivante*. No estoy segura, no sabemos todavía y no sabremos rápidamente, porque de los efectos en la subjetividad uno viene a enterarse *après coup*, no sabemos ni cómo se va a registrar ni cómo se va a significar el efecto de esa política con intención desubjetivante. No puedo afirmar que no producen ninguna subjetividad, no es que el efecto sea «obligatoriamente» desubjetivante. La cuestión es que a veces las políticas filian en un vacío, filian a la miseria, filian en lo traumático, a veces en el horror, en lo deshumano, como diría Pierre Fédida, psicoanalista que trabaja en uno de sus últimos seminarios la noción de lo deshumano, que da cuenta, y a mi entender dialoga bien con alguna de las cosas que Eugène Enriquez plantea respecto a los rostros de la pulsión de muerte en estos tiempos y a lo que la filosofía política también nos da a ver en distintas voces, entre otras la de Jean-Luc Nancy o la de Alain Badiou. Cuando menciono estos referentes no crean que esté segura de entenderlos a todos, no necesariamente estoy segura de entenderlos bien, no estoy segura de estar totalmente de acuerdo, pero sé que no soy indiferente a esa lectura. Siempre tengo la duda de si leeré bien a los que me hacen pensar. En ese *carrefour* de maestros también se

encuentra una figura muy importante en su producción, que hace muchos años que vengo leyendo sin estar segura de que terminaré entendiéndola en su profundidad, y no podría decir entretanto que esté totalmente de acuerdo; tengo sus lecciones marcadas e indico ahora el año que las comento y releo. Se trata de Pierre Legendre, un intelectual con una cabeza magnífica que, entre otras cosas, denuncia los efectos terribles de los tiempos del reinado de la administración, con lo que esto significa de interrupción o colapso de lo que él llamaría *la fábrica del hombre occidental*. Es en sus lecturas y relecturas que perdura también para mí una relación transferencial.

M. F. —¿Hacia dónde vamos, hacia dónde van las instituciones hoy en día?

G. F. —Bueno, no sé, ustedes dirán, yo veo si los puedo acompañar.

M. F. —Porque nos encontramos pensando intrigados, inquietos, sobre tu pensamiento hoy en día, luego de habernos mostrado (banda de Moebius mediante) toda esta formación tuya. ¿Por dónde entendés tú que pueda ir hoy en día la lectura de las instituciones? Podrían ponerse las educativas, pero me parece que trasciende, el trabajo en el terreno, esto clínico...

G. F. —Habría, quizás, dos cuestiones; una es para mí la importancia de reafirmar el sentido del concepto de Institución, con mayúscula. No estoy hablando de las instituciones, sino de la Institución, algo que para mí, seguramente como efecto de todas las marcas, aparece como tercero garante, concentrado simbólico, como garante de la relación con la ley estructurante de lo humano. Relación con la ley que los *señores de la guerra* se encargaron de debilitar consistentemente. Para mí esa manera de entender a la Institución es una convicción (Freud les daba importancia a las convicciones). No hay sociedad sin ley, no hay sujeto sin ley. Así planteada la cuestión, el concepto de Institución es el concepto que simbólica e imaginariamente necesita ser (re)conocido, (re)significado y rejerarquizado. Rejerarquizado, además, después de un tiempo en que hubo una confusión teórica entre las Instituciones con mayúscula y las instituciones con minúscula, y un embate a las instituciones con minúscula que arrastró a un embate contra las Instituciones con mayúscula también. Mi preocupación cuando trabajo es reposicionar, tratar de compartir, de debatir, de discutir el sentido

de ese concepto de Institución allí donde colinda y se confunde con el de Ley, alude y concierne al tercero garante y eventualmente con la noción de Estado, el que cumple una función genealógica y no se me confunde con el Estado moderno, posmoderno, grande, chico, sino el Estado como emblema de un tiempo que tuvimos que inventar para pasar del estado de naturaleza al estado de cultura.

Esa es la primera consideración, porque desde mi posición entiendo que sin tercero garante, sin volver a dar vida simbólica e imaginaria a la noción de Institución, hay algo del posible famoso lazo social que permanecería obstaculizado, cuando no impedido. Ese tercero garante tiene que volver a crear la confianza en un sentido del lazo. Pierre Legendre, de quien les hablé, en su trayectoria incluye el derecho, ha revisitado el origen etimológico de las palabras, sus traducciones, y es uno de los que recuperan el *vitan instituere* del antiguo derecho romano reinstalando una vertiente de análisis que permite pensar respecto a quién *simboliza la garantía de la filiación simbólica* para los de la especie. Me gusta además agregar una filiación simbólica cuyo alcance es necesario explicitar en el sentido de que, retomando lo que conversábamos sobre lo desubjetivante, Hitler y la máquina totalitaria también ofrecían una filiación simbólica. La diferencia entre la filiación simbólica del *vitan instituere* y la del totalitarismo es que la del *vitan instituere* permite la construcción de la representación de la imagen del otro como semejante y del sujeto como diferenciado, y la del totalitarismo catapulta a la trampa de lo especular.

En segundo término están las instituciones con minúscula, las que desvitalizadas y descatectizadas se van volviendo organizaciones. Por eso suelo discutir conmigo misma cuestiones de mi tiempo de pensamiento organizacional. ¿Cuál es la diferencia entre institución y organización? Las instituciones responden a la pregunta de *por qué*. Siendo bien castoriadista, se inventan las instituciones porque tenemos necesidades, pero los hombres nos inventamos unas necesidades de las que podríamos no tener necesidad. Creamos instituciones para necesidades inventadas. Entonces, cuando el *porqué* se pierde para volverse *cómo*, es decir, cuando la institución se transforma en pura organización, hay algo del orden del sentido que nunca está total-

mente atado, porque el sentido anda siempre boyando, extraviadito, un poco como el deseo, que se desdibuja. Es importante para mí en estos tiempos reposicionar las preguntas acerca del *porqué*. Es decir, hacer un trabajo de nuevos fundamentos, como dice el psicoanálisis, que no implica fundar de nuevo, sino encontrar nuevos sentidos. Esta perspectiva me permite visitar y rearticular con algunos de los puntos que conversamos a propósito del trauma. Dicho de otro modo, en la modalidad de segmentos o de ruinas del orden simbólico anterior. Para decirlo a lo Castoriadis: las nuevas institucionalidades que quisiéramos crear no se construyen en un territorio sin restos de órdenes simbólicos anteriores. A menos que podamos pensarlos, considerarlos, reatenderlos, reacomodarlos, elaborarlos y quizás, ¿por qué no?, hasta olvidar algunos.

Abro paréntesis, creo que el olvido tiene mala prensa. Uno sabe que se sufre del olvido, pero también sabe que se sufre del exceso de memoria, de la memoria plena, de la memoria totalitaria, de la memoria impuesta. Estoy en contra de las políticas de la censura, pero creo que el sujeto puede olvidar. Es más, casi te diría que tiene derecho a olvidar. O, como diría Nietzsche, uno no podría crear sino a condición de que el olvido haga su trabajo creador.

Esto me permite considerar las nuevas institucionalidades como un trabajo sobre los restos, entre los sedimentos está lo traumático, entre los sedimentos está el horror, entre los sedimentos la pulsión de muerte sigue ahí operando, haciendo trapisondas, poniéndote el pie para que te caigas, desenlazando, y entre sus expresiones aun políticamente más correctas. Pero también entre los restos está la pulsión de vida que busca enlazarse y persevera. Ahora bien, no alcanza con hacerse las preguntas del *porqué* en función del sentido, sino que importa agregar las inquietudes acerca de los efectos. ¿Qué efecto producen las decisiones y acciones políticas? Me inquietan en estos tiempos los efectos de las políticas actuales, los efectos de ciertos discursos hegemónicos, los efectos de ciertos clisés a los que se adhiere sin haber cuestionado nada. Tenemos que ser competitivos en un mundo global. ¿Por qué? ¿Desde cuándo está que el mundo globalizado era buenísimo? ¿Cuándo olvidamos que la globalización es lo

contrario de la mundialización? ¿Por qué había que ser competitivos sin ganas?, ¿dónde están el beneficio directo y el beneficio secundario de la competitividad?

Siempre me ha interesado discutir, como ven hay muchas cosas, y me parece que ahora hay que insistir en hacerlo, porque hay mucho resto de una hegemonía, de un vocabulario de una cierta filosofía política, la que prefiere hablar de equidad en lugar de hablar de igualdad, con lo cual viene a taponar, a hablar de equidad para no admitir que ha producido desigualdad. Quiero aclarar que no considero que las cuestiones organizacionales hayan perdido su interés, una institución necesita expresarse en una organización; el problema es cuando la organización ocupa toda la escena y el *porqué* se borró. Tal vez entonces se comprenda mejor mi preocupación por reinstalar la pregunta acerca del *porqué* antes de meternos en un *cómo* sin sentido.

Debo admitir que, considerándome de algún modo institucionalista, tengo diferencias con algunas corrientes institucionalistas, aquellas que han seguido más próximas a las primeras corrientes de los movimientos institucionalistas. Me plantea problema «la aplicación». Una cosa es explorar, para lo cual hay encuadre y prudencia; desde mi perspectiva, cierto estilo de intervención próxima a la aplicación en las instituciones es impertinente.

Es por eso, quizás, que tengo algunas diferencias con la gente que piensa que puede intervenir con algunos conceptos psicoanalíticos en los territorios educativos llamados escuelas. Se producen algunos equívocos que tienen que ver primero con la respuesta a *la* institución, a lo que *la* institución pide; *la institución quiere* es una generalización que borra justamente lo que Castoriadis nos enseñó. La institución está hecha por cada uno de nosotros y la totalidad de todos laburando ahí, representándola. No hay nadie que pueda adjudicarse ni robarse la titularidad de la institución. Entonces cuando uno responde a un supuesto pedido de una supuesta institución se está llevando puesta a la institución.

Creo en los encuadres como creo en el *continente para pensar*, soy fiel a Anzieu en este sentido, no hay pensamiento sin continente. El encuadre institucional define un pertinente y un impertinente.

Sin encuadre jamás podrías pensar la transgresión y sin continente jamás podrías pensar. No comparto las posiciones que se sostienen en lo que considero trasapelamientos, razón por la cual no intervengo en las instituciones, sin por ello dejar de trabajar en ellas.

- M. F. —Estaríamos arribando al destino de nuestro encuadre de trabajo, que siempre da un poco de pena, punto de llegada y de partida. Al escucharte, Graciela, con relación a Lacan y a los desarrollos franceses posteriores, cuánto pudiera introducirse para ser pensado lo Real, porque hablás de las imágenes, vimos mucho lo Simbólico.
- G. F. —Freud aborda ese núcleo duro de lo inelaborable. Ahora también algunos están abriendo el concepto de lo Real para atender a lo Real en lo Simbólico, lo Real en lo Imaginario, lo Real en lo Real. Me vuelvo prudente, por decirlo de alguna manera, temo la entronización de los conceptos. Porque, como Pontalis advierte, uno no puede pensar sin conceptos, sin eso no ajeno a garra, a lo que agarra, pero por lo que no hay que dejarse agarrar.
- M. F. y L. G. —Queremos agradecer tu disponibilidad a mantener esta conversación en los términos en que la previmos.
- G. F. —Soy yo la que les agradece que hayan considerado que tenga sentido compartir algo de mi historia y de mis reflexiones. Han sido magníficos en la manera de solicitar la palabra y en el tono que pusieron al escucharla. ♦

J.-B. Pontalis, el psicoanalista de la vida moderna



EDMUNDO GÓMEZ MANGO¹

J.-B. Pontalis (1924-2013), J.-B., como lo llamaban sus amigos, fue en la cultura y en el psicoanálisis francés un «removedor»: la impronta indeleble que dejó en los múltiples ámbitos de su actividad (psicoanalista, editor, escritor, traductor) fue la de promover inquietudes, la de cuestionar y poner en movimiento aquello que parecía inerte o esclerosado, la de animar la palabra y el pensamiento.

En lo institucional, fue durante su presidencia de la APF (Asociación Psicoanalítica de Francia), en 1972, que se aprobó la reforma de estatutos (que se había comenzado a debatir en la presidencia precedente, de Jean Laplanche). Por ella se suprimía el psicoanálisis didáctico de la formación, considerado hasta entonces una etapa indispensable para acceder a «ser psicoanalista».

Como editor, fundó la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* (*Nueva Revista de Psicoanálisis*) (*NRP*) (1970-1994), que renovó profundamente al psicoanálisis francés; convocó, como una necesidad intrínseca al pensamiento analítico, a los investigadores de otras disciplinas de las ciencias humanas, incluyó a no analistas en su comité de redacción; cada uno de sus volúmenes incursionaba en campos inexplorados, no catalogados por la conceptualización analítica tradicional. La revista no dependía de ninguna institución. Creó, en las Ediciones Gallimard, la colección *Conocimiento del Inconsciente*, en la que dio a conocer correspondencias y obras de Freud

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia.
edmundo.gomez@wanadoo.fr

hasta entonces inéditas en francés, así como autores anglosajones poco difundidos en Francia como Massud Khan, Harold Searless y sobre todo D. W. Winnicott, y subcolecciones como *Nuevas Traducciones y Trazados*. También fundó y dirigió *El Tiempo de la Reflexión* (1980-1989), revista anual, que reunía en su comité figuras de la talla de Jean-Pierre Vernant, Jean Starobinski, Claude Lefort, entre otros. En los últimos años produjo la colección *L'Un et l'Autre (El Uno y el Otro)*, que obtuvo un gran éxito de público; en cada libro, un autor evocaba a un «otro», frecuente pero no necesariamente un escritor, un personaje, real o imaginario; no se trataba de biografías, sino de intentos de aprehender la actividad invisible por la cual el «uno» hacía del «otro» una parte de su propia intimidad. Publicaron en ella destacados escritores como Pierre Michon, Christian Bobin, Jean Clair, Sylvie Germain, Roger Grenier, entre muchos otros.

Como psicoanalista, no desarrolló nuevas teorías del inconsciente ni se dedicó a la «caza de conceptos», práctica exagerada en algunos colegas. Intentó y logró acercarse siempre un poco más a la fuente freudiana, para recrear y avivar la frescura del descubrimiento. Habitó la lengua francesa con la elegancia, la ponderación, la ligereza profunda de los grandes clásicos. Confiaba, como Freud, en la «sabiduría insuperable de la lengua». Sus libros fundamentalmente psicoanalíticos, como *Entre el sueño y el dolor* (1977), *Perder de vista* (1988), *La fuerza de atracción* (1990), *Ese tiempo que no pasa* (1997), son también los de un gran escritor. Del mismo modo, en obras como *El amor de los comienzos* (1986) o *Un hombre desaparece* (1996) un cierto tipo de literatura de ficción se entremezcla con observaciones que provienen de una fina sensibilidad analítica. Cultivó el *entre-deux* (entredós), el «reino de lo intermediario», exploró el espacio del sueño, lo intemporal de lo inconsciente o la «quinta estación»; indagó en el *infans* para intentar darle la palabra, en el «pensamiento soñador» para establecer resonancias entre la escritura y la escucha libre y flotante de las sesiones; viajó por los «limbos», los confines de zonas inciertas de la imaginación y del alma. Volvió una y otra vez sobre el «ensañamiento» (*acharnement*) de la repetición, el «no, dos veces no» de la reacción terapéutica negativa, el «entrelazamiento» de lo muerto y lo vivo, el «trabajo de la muerte».

Creía en la encarnación, no como misterio religioso, sino casi como un principio estético: el verbo que le interesaba es el que tiende a encarnarse,

a volverse sensible, el que evoca el asombro de la primera vez, de los orígenes. Puede llamárselo el psicoanalista de la vida moderna, por ser quien más acordó su sensibilidad y su pensamiento con el de su tiempo, el del desmoronamiento de los «grandes relatos», el de las incertidumbres y los desasosiegos, el del espanto ante las fuerzas devastadoras de la destrucción; no renunció a seguir reflexionando críticamente, transformando las desorientaciones y las vacilaciones en verdaderos motores de su manera de pensar la modernidad. Rehusó las concepciones reductoras marcadas por la reificación, que confunden el psicoanálisis con la psicología o con la medicina. Rechazó el dogma del «todo lenguaje» y del significante del lacanismo y de sus seguidores, lo que le permitió mantener en vida el pensamiento y la lengua del psicoanálisis. Después del notable trabajo de redefinición y reelaboración del pensamiento de Freud, hecho con Jean Laplanche en el *Vocabulario del psicoanálisis* (1967), cultivó una sensibilidad y un modo de repensar la obra del fundador, que se quiso siempre abierta y crítica. Jean Starobinski percibió la «marca J.-B.», «imborrable», que él advertía en sus propios artículos escritos para la *NRP* y que caracterizaba como «un llamado a lo inesperado», como «aberturas hacia lo posible».

Reunía de un modo muy particular la tolerancia y la exigencia. Tolerancia ante al balbuceo de los trabajos de jóvenes analistas, ante el intento de nuevas formas para atrapar con la palabra escrita lo huidizo, lo inalcanzable y al mismo tiempo lo más vivaz de la «psique». Exigencia consigo mismo: recordaba a menudo la invitación de Sartre a pensar contra sí mismo. Exigencia del deseo de una escritura auténtica en la que el trabajo de la inteligencia que explora lo desconocido se alía a la forma sensible y clara de las palabras que intentan decirla. Intolerancia ante la arrogancia que a veces se disimula en una oscura maraña de conceptos, dejando escapar lo más importante de la experiencia. No «creerse el psicoanalista», desprenderse en permanencia de sí para dejar lugar al otro y a lo otro. No descansar en teorías cerradas, como para siempre adquiridas. Rehusar la complacencia consigo mismo y con el «nosotros los psicoanalistas», para poder acoger al «extranjero». Amaba sentir y decir «estamos hechos de mil otros».

En los últimos años, su escritura cultivó el fragmento, un modo de expresión más personal, inquieta, en movimiento, que le aportó un sinnúmero de nuevos lectores —*El niño de los limbos* (1998), *Ventanas* (2000),

Travesía de las sombras (2003), *El durmiente despierto* (2004), *Al margen de las noches* (2010), *Antes* (2012), entre otros—. Obtuvo el Gran Premio de Literatura de la Academia francesa por el conjunto de su obra (2011), y el Premio Mary S. Sigourney Award por sus trabajos psicoanalíticos (2001).

J.-B., el pensador amigo con el que siempre podremos darnos cita «en algún lugar de lo inacabado» (Rilke), como señaló su viejo amigo Roger Grenier. Nos dijo adiós con dos libros publicados casi simultáneamente en octubre de 2012: *Freud con los escritores*, que tuvo el conmovedor honor de cofirmar (Gallimard, *Connaissance de l'inconscient*, Tracés) y *El laboratorio central*, recopilación de entrevistas con diferentes interlocutores, reunidas y presentadas por Michel Gribinski (Éditions de l'Olivier). En el primero, reafirmó la importancia capital de los escritores en la obra de Freud, la proximidad, muchas veces inquietante, de las experiencias de la literatura y del psicoanálisis, ambas a la búsqueda, por caminos diferentes, del esclarecimiento de los conflictos del alma humana. En el segundo, escuchamos su confianza en la palabra dirigida al otro, al interlocutor, que transforma el diálogo en una manera de pensar.

Negó mucho en París el día de su entierro. Centenares de personas lo acompañaron. Algunos amigos y sus hijos lo despidieron con palabras encontradas en la violencia del amor herido, en la urgencia del dolor reciente de la pérdida. Cuando seguíamos el féretro hasta la fosa, se escuchó *La mer*, de Charles Trenet, una de sus canciones preferidas que había recordado su hija.

Murió el día de su cumpleaños, el 15 de enero. Lo había deseado, casi profetizado, como recordó Antoine Gallimard en la ceremonia fúnebre, leyendo este pasaje de *Al margen de las noches*: «Recuerdo haberme fabricado un secreto: la muerte me sorprenderá el día de mi aniversario. ¿Cuándo? Lo ignoraba, pero sería ese día. Curiosa convicción que hacía confundir y, por así decir, celebrar las bodas del nacimiento y de la muerte».

ADIÓS, J.-B.

Palabras pronunciadas el 19 de enero 2013, en el cementerio de Montparnasse, París.

Querido J.-B., le hablo hoy sabiendo que guardará silencio. ¿Cómo hacer para escuchar nuevamente su voz? Sé que no nos hablará más. Ha vuelto al reino del *infans*, que era también el suyo. Dar la palabra al *infans*, hacer hablar al mudo, hacer callar al *fatum* para recobrar la palabra. Son motivos insistentes de su pensamiento, de su escritura. Ahora está usted para siempre en la patria de los libros, son mudos, no hablan. Pero encontraremos, habitando usted en su nueva morada, el único consuelo: abriremos sus obras y escucharemos nuevamente su voz. Leeremos en silencio y sus palabras se volverán en nuestras almas lo que el poeta Juan de la Cruz nombraba «música callada», una música que calla, una música del silencio. Releeremos sus libros y de pronto un párrafo nos apretará la garganta, hará vibrar nuestras cuerdas vocales, lo leeremos en alta voz y usted hablará en nuestras voces.

Querido J.-B., usted nos ha dado tanto, nosotros lo hemos querido tanto. Estuve en análisis con usted durante muchos años. Luego nos volvimos amigos, lenta y progresivamente. J.-B., un padre, un hermano mayor, el amigo del exilio. Usted me permitió reencontrar la juventud de la amistad, usted rejuvenecía en la amistad, nosotros nos volvíamos jóvenes en la suya.

Su pasión fue el amor: amor de las mujeres y de los hombres, amor de los amigos, amor a la lengua francesa, su patria verdadera, amor al psicoanálisis, a la edición de libros, a la fabricación de revistas, amor de Francia y sus regiones. El amor a los suyos, a su esposa, Brigitte, a sus hijos, Jenny, Guillaume y Florence, Laure et Thomas, el amor a sus nietos.

Una «fuerza de atracción» emanaba de su persona y de sus libros: sus lectores lo sentían frecuentemente como un íntimo amigo y a la vez desconocido.

Era usted un hombre de letras, de palabras escritas y leídas, de vocablos escuchados y dichos. Se volvía grafómano, decía últimamente, anunciando la próxima aparición de un libro de cuentos que será, desgraciadamente, póstumo. Siempre escribió a mano y con su pluma, en hojas de papel. Era usted, en ese sentido, anacrónico, estaba fuera de moda, fuera del tiempo, resistiéndose siempre a la computadora. Y sin embargo era el psicoanalista de la vida moderna.

Se volvía intratable cuando sentía su fuero íntimo invadido, su libertad de pensar amenazada. Usted detestaba el abuso de poder, la dominación, la dependencia impuesta. Sabía decir no y romper con sus maestros, sin embargo queridos, Sartre, Lacan. Le desagradaban los grandes coloquios psicoanalíticos, tan impropios al desvelamiento de la intimidad de las sesiones.

Muchos analistas de mi generación hemos crecido en torno al silencio de esa cosa sin nombre que su pensamiento no cejaba de cernir, la que se encuentra más allá del lenguaje, allí donde se producen los acontecimientos verdaderos y profundos de la vida del alma. Algunos la denominan poesía, música, pintura, filosofía; otros, Dios. Freud nos enseñó a acercarnos a ella, sin jamás alcanzarla, llamándola *el inconsciente*.

Era, creo, el enigma de su alma que sus pensamientos y sus palabras no cesaban de interrogar: un niño mudo que se envolvía con palabras, una «afasia secreta», decía usted, que lo obligaba a escribir, «para sobrepasarla tanto como para testimoniarla». Un niño enlutado por la muerte precoz del padre, que se abrigaba en el silencio. Tenía miedo de la lengua, pero se sentía irresistiblemente atraído por ella, quería poseerla pero temía sus espejismos, sus ilusiones, sus trampas. Es la única foto, creo, que usted hizo encuadrar, y que estaba siempre cerca de usted, sobre su escritorio: un hombre de pie, posando una mano sobre el hombro de un niño. El hombre, su padre, desapareció poco tiempo después.

Usted me hizo sentir que nuestro verdadero exilio es el del lenguaje, que hemos perdido para siempre el «reino de las madres», que hemos caído definitivamente en la lengua. Volver nuestra vida atrás es imposible. ¿Cómo reoír el «antes», cómo acceder por y en el lenguaje a aquello que el lenguaje nos ha hecho inexorablemente abandonar?

¿Escribía usted para eso, para alcanzar el «claro» de las palabras? ¿Su palabra buscaba eso, la claridad? ¿Quería aclarar la sombra de los orígenes, la noche del desamparo, pero también recobrar el gozo infinito de la sensualidad infantil, intacta, alucinada, donde siempre es hoy, lo que usted llamaba, con Pascal Quignard, «la quinta estación»? Su escritura ¿se prometía a la búsqueda del «tiempo que no pasa»? ¿Al «amor de los comienzos»?

Vi por última vez su rostro el martes pasado, al mediodía, en lo que se llama «sala de presentación» de un hospital. Su rostro aparecía extra-

ñamente calmo, extrañamente bello. Cerca de su familia, me sentí como un niño extranjero, como un niño perdido.

Quizás quiso usted morir el día de su cumpleaños, me dijo Brigitte, cuando el comienzo del día se confunde con su desaparición, cuando el fin de una vida se confunde con el nacimiento, un día-noche de la quinta estación, que no figura en ningún calendario, como si perteneciera al tiempo cíclico de un eterno retorno.

Querido J.-B., ¿cómo no recordar hoy, en la tristeza de la separación, su humor, que impregnaba como una dulce melancolía sus últimos libros, su conversación? No podría definirlo, sino solo evocarlo. Era usted un formidable imitador. No olvidaré su voz mimando la de Sartre, nasal y cortante, o la de Lacan, sus suspensos, sus suspiros, sus carraspeos, sus imprecaciones...

Terminaré, querido J.-B., retomando en mi voz algunas palabras silenciosas de sus libros. Van hacia usted, las oírás, vienen de usted, nos las dirigió. La vida vuelve desde la muerte en el soplo de su voz. Nos dice:

«Aterrizarán en algunos minutos en el aeropuerto Charles de Gaulle...»
De pronto, me vuelvo hacia Ana: «¡Mira, es él, ese claro, ya lo veo!». Sí, es él, esa mancha blanca, ese minúsculo rectángulo, puesto ahí, entre un bosque sombrío y un campo de trigo, último claro antes de la invasión anárquica de los suburbios [...] es mi claro el que voy a alcanzar, como para encontrar en él confundidas todas las edades de mi vida, cuando me doy el permiso (*El niño de los limbos*).

Sueño... con un pensamiento del día que sería soñante. Soy incapaz de definir lo que él sería. ¿Avanzaría como nuestros sueños, sin la conciencia de su destino, llevado por la sola fuerza de su movimiento, tomando múltiples vías que finalmente convergerían en un punto luminoso? (*Ventanas*).

Le digo adiós, querido J.-B., en esta búsqueda de una luz, con la esperanza de que en la memoria que guardaremos de usted puedan sobrevivir el pensamiento de la *philia*, el amor de la amistad y el agradecimiento. ♦



Homenaje a J.-B. Pontalis

MARÍA LUCILA MARILÚ PELENTO¹

En enero de 2013 recibimos con tristeza la noticia del fallecimiento de J.-B. Pontalis. Un autor que desde hace muchos años nos brindó, en cada una de sus obras, una perspectiva luminosa sobre cuestiones que atraían nuestra atención: el sueño, el dolor, el tiempo, la contratransferencia, los modos de transmisión, etcétera.

Antes de presentar algunas de sus ideas, deseo transmitir la resonancia que me produjo cierto estilo de escritura presente en los escritos de este autor. No me refiero solamente a su cualidad literaria, indiscutible para mí, sino a un modo de transmitir vivencias y experiencias recogidas fuera y dentro del consultorio que me recordó, por su «musicalidad», modos de expresión de autores de la corriente fenomenológica, fundamentalmente de Merleau-Ponty. La impresión de un contacto muy estrecho entre Pontalis y aquel filósofo se vio confirmada por las palabras del primero, quien en el año 2010 en su libro *Al margen de las noches* escribió: «Por mi parte le debo a Merleau-Ponty lo esencial de lo que he podido pensar y escribir...». También se vio confirmada por el lugar que le otorgó en sus escritos a este filósofo. En dos de sus obras —*Après Freud*, de 1968, y *Entre le rêve et la douleur*, de 1977— le dedica un capítulo a Merleau-Ponty. En la primera se refiere a la posición del inconsciente para este autor; en la segunda, al rol determinante que jugó el psicoanálisis en el último viraje de Merleau-Ponty presente en su texto *Lo visible y lo invisible*.

1 Miembro adherente de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
maripe@fibertel.com.ar

Como recordarán, el pensamiento de Merleau-Ponty no se mueve por oposiciones, como el de Sartre, sino en el entre-dos, en lo ambiguo. Este filósofo, además de haber sido el primero que tradujo en 1951 la obra de Klein, en un curso memorable sobre el lenguaje del niño se refirió al malentendido que giraba en torno a la palabra *ambigüedad*. Señaló que la ambigüedad propia del pensamiento adulto no consiste en tener dos imágenes diferentes alternantes del mismo objeto —esto implicaría ambivalencia—, sino en poseer un pensamiento que distingue el movimiento interior que hace participar a las cosas de sus contrarios. En *El elogio de la filosofía* señala que la «buena ambigüedad» permite moverse entre fronteras sin quedar atrapado en lógicas binarias.

Al leer la obra de Pontalis se puede apreciar que al mismo tiempo que dibuja un espacio clínico va diseñando un espacio teórico. Espacios que se mueven entre fronteras y que confrontan con frecuencia con la doble faz de muchas formaciones del inconsciente. Así, por ejemplo, señala que el sueño ayuda a soportar la ausencia de los objetos, pero al mismo tiempo se puede transformar en objeto fetiche. La ilusión puede tener un carácter constructivo como descubrió Winnicott o una función alienante como en las ideologías; la teoría puede abrir vías de conocimiento o transformarse en un aparato de creencia.

Entre las cuestiones que revisa, Pontalis otorga un lugar especial al sueño y al dolor, como lo atestigua su libro escrito en 1977 titulado *Entre el sueño y el dolor*. Allí explora cuestiones referidas al sueño, a la presencia y la ausencia, al saber y al fantasma, a los lugares y la separación, a la contratransferencia, etcétera. Refiriéndose a los sueños señala las diferentes tendencias que se observan entre los analistas. Por un lado, a darles a estos un lugar aparte o incluirlos junto al resto del material; por otro, a revisar dos de las defensas específicas utilizadas por los pacientes: manipulación del sueño, como hace el perverso, o reducción de este a un objeto interno no compartible para prolongar el placer, como hacen otros pacientes. En estas consideraciones se puede observar el espacio importante que Pontalis le confiere en su teoría a la noción winnicottiana de «uso de un objeto».

Con respecto al dolor, nos hace notar la reticencia que existe a incluirlo en el vocabulario psicoanalítico, como si hubiera temor a darle demasiado espacio. Idea que parece coincidir con cierta lógica cultural desplegada

desde las últimas décadas del siglo pasado hasta la actualidad. Lógica que empuja a dar por sentado que la vida es positiva, que es necesario desdramatizar los hechos y alejarse de pensamientos que inclinen al sufrimiento. Este modo de quitarle espacio a la problemática en torno al dolor hace que sea especialmente valioso palpar el lugar que le da a ese sentimiento un autor como Pontalis.

Recorriendo su obra se observa que es efectivamente amplio el espacio que le otorga. No solo se refiere explícitamente al dolor en un capítulo de su texto *Entre el sueño y el dolor*, sino que también en sus trabajos se destacan palabras referidas a las manifestaciones diversas del dolor. Entre otras se refiere al grito del dolor, a la memoria del dolor, al dolor del porvenir ligado a una ausencia irremediable, al dolor producido por el abandono de un ser querido, al dolor de haber perdido lo que nunca se poseyó, al dolor de la decepción. Al dolor por no ser registrado por el otro, por estar fuera de su campo de visión, al dolor del melancólico, etcétera. A la violencia de los sollozos y su inesperada irrupción. Afirma este autor que «mientras la angustia se puede decir, el dolor grita», con lo que puede ocupar todo el espacio. También al desarrollar sus ideas sobre el duelo le da una enorme importancia al dolor que produce «no ver más al otro» y sentirnos incapaces de amar lo invisible.

Otra cuestión que despertó su interés se refiere al tiempo del análisis. Señala que el análisis deja como saldo «la experiencia de un tiempo que no pasa». Este es el título de otro de sus libros, en cuyo primer capítulo afirma que «el psicoanálisis no pertenece, no puede pertenecer a su tiempo. Tampoco a otro tiempo, sino a un tiempo “otro”. La experiencia del análisis confronta con la tensión que se produce entre este tiempo “otro” y el “tiempo acotado” de la sesión. En el ámbito de la sesión en el que la transferencia se despliega se descubre también el deseo de permanecer en el limbo de los infantes, en ese mundo donde ninguna identidad está ya asegurada. En esas fronteras capaces de inventar todas las vidas imaginarias».

Refiriéndose al sueño, lo describe como un visual extraño, desligado de las ataduras con el mundo visible. Es la «cosa vista» que no se debe confundir ni con el objeto percibido ni con lo visual ni con lo invisible. Pontalis señala que «el origen de toda percepción se debe buscar en la percepción onírica» (1990-1993).

En los escritos dedicados al sueño incluidos en diferentes textos —como *Entre el sueño y el dolor*, *La fuerza de atracción* o la *Nouvelle Revue*, en un número dedicado a esta problemática— señala una importante diferencia entre el sueño como objeto, como fenómeno, y la experiencia del sueño. Allí transmite su idea de no interpretar un sueño hasta no percibir con claridad qué significó como experiencia para el paciente. La necesidad de visualizar en qué medida es una operación subjetivante o en cambio es una envoltura vacía destinada a llenar el tiempo.

También afirma que soñar «es tener acceso a otro régimen de pensamiento: un pensamiento rápido, que se desplaza por una ruta libre, es un pensamiento aventurado, anárquico, despreocupado por la coherencia del discurso y sin embargo sometido a una lógica con sus reglas y sus leyes, un pensamiento asocial y sin embargo demandando ser reconocido» (2003).

Una preocupación central que se advierte en los escritos de este autor es la tendencia de algunos pacientes a usar determinados materiales —sueños, fantasías, asociaciones— de un modo mecánico. Y señala que también el analista posee cierto modo de escuchar al paciente en forma mecánica. Esto sucede cuando espera de los «hechos» un saber particular. Hechos que en realidad solo conducen a inmovilizar el pensamiento, la palabra y el deseo.

Una pregunta que se impone es: ¿cómo salir de esa inmovilidad, cómo poner en marcha el movimiento? De un modo conmovedor describe el análisis no como un proceso sino como una travesía. En ocasiones algo detiene la marcha de esa travesía. Algo lo asombra o lo deja perplejo o lleno de espanto. Algo lo obliga a detenerse, a sentirse tocado por sentimientos o emociones muy fuertes. Algo lo lleva a detenerse, después a volver a arrancar, a sentirse torpe o bruscamente despertarse para ponerse en movimiento o estancarse nuevamente.

El fátum al que acuden los pacientes, que Pontalis describe como «los insomnes de día», muestra esa propensión a instalarse en la inmovilidad. El movimiento, en cambio, despertado por la transferencia, lleva a que el *infans* hable.

En el texto titulado *Este tiempo que no pasa* Pontalis afirma que «el análisis se dedica a hacer hablar al infans, a hacer que el fátum se calle» (Pontalis, 1997).

Pero ¿quién es el *infans*? Es aquel que está fuera del lenguaje, que no tiene nombre. No es el infante que hemos sido. Si entramos en resonancia con él tendremos acceso no solo al mundo de las sensaciones sino también al de las percepciones inmediatas no contaminadas por el saber, como en los sueños...

Podría ser, señala Pontalis, «que ese mundo sensible se haya alejado de nosotros y que solo el *infans*, el habitante fuera del lenguaje, nos permitiría reencontrarlo si solo consintiéramos —de ahí la paradoja— en escucharlo». También señala que el *infans* es intemporal como el inconsciente y sufre de la cerrazón del lenguaje articulado, de la comunicación. El *infans* exige ser recibido, «entendido por desconocidos que pudieran entrar en resonancia por poco que no hayan matado ya al *infans* en ellos» (Pontalis, 2012).

El *infans* habla de lo infantil, diferente de la infancia. ¿Qué es lo infantil?: es una fuente viva nunca agotada. Es lo «sexual indiferenciado en que pueden coexistir ternura y sensualidad, masculino y femenino, activo y pasivo» (Pontalis, 1997).

Pontalis aclara que el *infans* no está presente solo en los primeros meses de la vida, sino que se mantiene a lo largo de todo el curso de nuestra existencia. Le debemos a él tanto los deseos más sabios como los más locos.

Por último deseo recordar que en su conmovedor adiós a este autor, el 19 de enero de 2013, E. Gómez Mango expresó «dar la palabra al *infans*, hacer hablar al mudo, hacer callar al fátum para recobrar la palabra. Son leitmotivos del pensamiento y la escritura» de este autor al que tanto le debemos sus lectores. ♦



«Removedora» semblanza^{1,2}

MAGDALENA FILGUEIRA³

J.-B. Pontalis, psicoanalista y escritor, traductor y editor, quizá se lo pueda abarcar en la maestría del arte del fragmento. Escritura fragmentaria que atraviesa una y otra vez los confines de la literatura y el psicoanálisis. Sus fragmentos, hoy testamento legado, en los cuales habla la lengua rebelde, de la sutileza de lo condensado, desplazado, tan liviano, ligero como profundo y denso, que ejerce sobre los analistas una, esa «Fuerza de atracción» como lo fue su libro así llamado. Será siguiendo las huellas de su escritura y su forma fragmentaria que iré —a través de algunos textos, nombres de sus libros, algún capítulo de ellos o artículo— hilando una trama que pudiese homenajearlo. Será como mirar a través de sus «Ventanas» —como llamó a otro de sus libros—, lo que nos permita mirar hacia esa forma propia de escribir sobre la clínica en psicoanálisis, y «Ventanas» desde las cuales poder mirar en derredor cómo esa experiencia se inscribe a la vez en diversos terrenos, hasta los confines, o sea hasta el último término al que alcanza la vista, nuestra mirada, la de cada uno.

Pontalis mismo se ha referido a su estilo de escritura: «Hoy mis escritos psicoanalíticos son considerados por algunos más literarios que científicos (el *Vocabulario* me reivindicó un poco en este sentido). Acepto esa crítica. A mis ojos, sin embargo, se funda en una concepción errónea. Todo depende de lo que se entiende por literatura».

- 1 Retomo la idea que lanza Gómez Mango en su semblanza de Pontalis como un psicoanalista «removedor».
- 2 Texto escrito con el grato estímulo de Gladys Franco en interlocución.
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mefe@adinet.com.uy

Textos fragmentarios que recorren la experiencia analítica y la del lenguaje, desacomodando, removiéndolos a ambos: «Un diccionario consta de definiciones, y la definición es lo antipoético por excelencia. Obliga a las palabras a que digan qué quieren decir. Y las palabras no quieren decir definiciones. La experiencia poética ocurre, como experiencia pura de la palabra. Lo poético, lo psicoanalítico son dos modos de ir más allá del lenguaje, sin salir de él».

No se trata de decorar un discurso, de adornar ideas con bellas palabras. Se trata de una *poética política* de transmisión, a través de un estilo de escritura, de llegar con la literatura a los confines con el psicoanálisis, pero es ante todo una forma de posicionarse ante la misma transmisión. Pontalis era un practicante de la política de la aparición fragmentaria, de la invención evanescente de las palabras, de las imágenes que a poco que nos tocan se escurren, se van. Como los recuerdos de infancia que se guardan atesorados en el alcanfor del «Amor a los comienzos», ese libro mediante el cual Pontalis parece haberse librado posteriormente de esas vivencias tempranas tan terribles ante las cuales cuando niño queda mudo, sin poder escribir.

Pontalis nos ha propuesto en sus textos la invención como modo de producir, más cercana a la ocurrencia. «Antes que el lenguaje la poesía, que nos hace creer que la palabra podría muy bien ser la cosa. Fórmula extraordinaria, la repito. No dice que nos hace creer que la palabra es la cosa. No engaña. Nos hace creer que podría muy bien ser la cosa, pero no es. Hace creer sin engañar. Transmite entonces. Otro modo de relación entre la palabra y la cosa.»

Escribe en o desde «El soplo de vida», ese artículo en el cual trata de las formas breves de la escritura, el bosquejo, el fragmento, el aforismo, la máxima; pero él se muestra diestro con el fragmento, al cual describe: «El fragmento: gota de luz, chispa, *Blitz*, relámpago, grano de polen, fuego de artificio. ¿Cómo decidir? ¿Desecho o piedra preciosa liberada de su ganga? Destello brotando del estallido de una forma que disimula, “censura”, prohíbe ir a ver, o magro pedazo de un todo improbable que sería, también él, muy poca cosa. ¿Diamante del espíritu que lanza destellos o estiércol de un cuerpo avaro? Me cuesta decidir», vacila. Duda.

Continúa trabajando en este mismo texto citado anteriormente, «El arte del fragmento»; entonces Pontalis dice: «es producto de un resto que debiera caer, desecho que podría tornarse piedra preciosa». Quiere decir algo, murmura el inconsciente que sabe lo que quiere. Continúa: «Afirmación de lo discontinuo, de la coexistencia de los contrarios y tal vez, ante todo, afirmación de lo heterogéneo: en el fragmento, como en la *Einfall*, como en la triza o el jirón de sueño, se condensan pensamientos surgidos de las fuentes más diversas».

Parecería que Pontalis se hubiese dejado atravesar, transformar por su clínica. No escribe la clínica, sino lo que ella le inspira. La resonancia literaria de lo que uno vive en la clínica muchas veces es dejada de lado por el analista, mas no por él como analista. Tomó el reservorio que bien puede ser desechado, desperdiciado, pudo inventar, escribir, preservar, y perseverar a través de ese mismo «soplo de la vida» en que nos dice: «Presiento de qué modo la elección, por ejemplo, de una escritura fragmentaria puede testimoniar la incapacidad de ligar, de juntar los pedazos, de asegurar unidad y continuidad. Con los fragmentos no habría, en el mejor de los casos, más que comienzos. Sembraduras en serie, ninguna lenta gestación, comienzos que son su propio fin.»

Repercusión estética, poética, que a veces ocurre en la clínica homologándose a un retazo de sueño, a un manojito de recuerdos *infans* no relatados, como materia destinada al olvido. Los fragmentos parecerían haber sido escritos desde la escucha del psicoanalista, quien fue analizante por cierto. Allí estaría el ángulo de la toma, en la atención flotante como dispositivo singular de escritura, que no solo es apertura a lo inconsciente a través de la ocurrencia, *Einfall*, que irrumpe e incide, sino que es también permeable a lo poético.

Textos fragmentarios que han producido huellas, son aquellos que contornean abismos tales como el poder fugarse de sí mismo, un aforismo tan freudiano. ¿Cómo abandonarse de sí? El análisis, el sueño, la escritura, formas de irse de sí, movimientos que uno intentaría para despegarse de uno e ir a desembocar en lo más hondo, en los claros del bosque espeso del sí mismo. «Un lugar en el que yo no esté», le llama Pontalis a un fragmento que se encuentra en su libro *Al margen de las noches*, en el que un

paciente sufre de una depresión grave, por la cual su hermano le propone mudarse de chalé: «Serán como unas vacaciones. Pasearemos los dos, nos bañaremos en los torrentes, como antes cuando tú me llevabas a mí, ¿te acuerdas? —Te lo agradezco, eres realmente muy amable, pero ¿sabes? Tendrías que invitarme a un lugar en el que yo no esté [...] Su propia compañía es lo que se le ha vuelto insoportable. Si encontrara un lugar en que él no estuviera, entonces, quizás, cesarían los tormentos. Por fin ya no estoy conmigo. Aspira a una sola cosa: tomarse vacaciones de sí mismo».

«Cuando la muerte cae en el alma», este conmovedor nombre de un capítulo de su libro *Ventanas*, en el cual escribe sobre el modo que se le presentó un paciente: «Soy el hijo de un niño muerto», que impresiona a Pontalis, dejando su atención flotante y quizá, al no hundirse, pudiera haber salido a la superficie a través de la escritura de otro texto fragmentario. Se encuentra también «Al margen de las noches» y de las oscuridades totales. Pontalis le llamó: «Objetos perdidos», me ha asombrado. Relata: «He perdido en un taxi la agenda donde, además de direcciones y números de teléfono, anoto las citas concertadas, los filmes o libros vistos o leídos. Insomnio como consecuencia de esta pérdida que representa mucho más que la desaparición de los días, de los meses pasados. Me hace pensar que toda vida, la mía en todo caso, no es más que una sucesión de pérdidas —personas, lugares, objetos—, me hace sentir que dentro de mí solo hay objetos perdidos y que todo está destinado a borrarse. Al día siguiente, el chofer del taxi me llama por teléfono: ha encontrado la agenda y la pondrá en mi buzón. Maravilla: el objeto perdido recobrado. *Fort/da* (se fue/acá está) decía el niño freudiano jugando con la bobina de hilo. Vete, vuelve.

El chofer nunca vino a devolverme la agenda.»

«Sueño, poesía, análisis: ciencias exactas», dice aún Pontalis, provocándonos con sus máximas. ♦

RESEÑA DEL LIBRO

Idea Vilariño. Diario de juventud¹

Las máscaras o el poema



SOLEDAD PLATERO²

Siempre encontré ligeramente indecoroso tomar contacto con el diario íntimo de alguien. No soy una lectora ávida de biografías, testimonios, memorias ni papeles privados, ni siquiera cuando se trata de materiales «encontrados» —es decir,

aquellos que ven la luz luego de purgas más o menos cuidadosas realizadas por investigadores, herederos o albaceas.

Pero en este caso en particular hay algo que me resulta todavía más chocante. No puedo dejar de percibir algo ligeramente siniestro en la voluntad de alguien que resuelve ofrecer a la luz pública el diario que llevó durante toda su vida (una larga vida, de más de ochenta años), y que toma todas las providencias para asegurarse de que se dará cumplimiento a esa resolución.

A esa sensación de incomodidad, sin embargo, le gana rápidamente la curiosidad. No la curiosidad por la vida privada de la que el diario promete dar cuenta, sino por la psicología —la extraña psicología— de alguien que no solo escribe un diario (actividad discreta y solitaria, cabe suponer), sino que se toma la molestia de

- 1 Edición, estudios preliminares y notas de Ana Inés Larre Borges y Alicia Torres. Montevideo, Cal y Canto, 2013.
- 2 Crítica literaria, editora y periodista. Estudió en la Licenciatura de Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Universidad de la República. Ha publicado artículos, ensayos y reportajes en diversos medios de prensa en Uruguay y en el exterior. Integra el volumen colectivo *Luego existen. Trece intelectuales uruguayos de hoy*, compilado por Óscar Larroca y publicado recientemente por la editorial Organización Cultural Cisplatina. soledadplatero@gmail.com

pasarlo en limpio, editarlo, incorporarle una suerte de didascalia, y hacer, simultáneamente, observaciones sobre las circunstancias de relectura y de copiado.³ Y que además dispone cláusulas testamentarias que aseguren su publicación.

Qué extraña psicología es la de alguien que se vale de más de un método de tachado (según consignan Alicia Torres y Ana Inés Larre Borges, albaceas y editoras), a veces simplemente una cruz que deja ver lo escrito, otras veces de manera más rotunda, obligando a reconstruir o adivinar lo que se trató de cubrir, y en ocasiones haciendo imposible esa reconstrucción, tan violenta y completamente fue cubierto el texto original. Alguien que selecciona partes «copiables» y descarta otras, o que arranca hojas enteras sin dar explicaciones, instalando sobre el personaje inicial varias capas de maquillaje que, simultáneamente, lo construyen y lo ocultan.

Idea Vilariño fue la Garbo uruguaya, en varios aspectos. No solo por el aire misterioso y lejano que se deja ver en las fotografías, y que evidentemente cultiva-

ba, sino por la imagen de aislamiento y de soledad que construyó durante años. Sin embargo, esa esfinge solitaria y distante se releía a sí misma, se pasaba en limpio, se preguntaba —por escrito— qué hacer con esos escritos, replicando el juego histérico que la vemos jugar durante las casi quinientas páginas que tiene el libro, y que parece haber jugado menos con los demás que consigo misma.

El diario tiene, cuando menos, dos partes. En una la diarista es adolescente; en la otra, aun siendo muy joven, es mujer. Y aunque podríamos establecer el corte solo temporalmente, es más ajustado a la tónica general, no solo del diario (o de esta primera parte del diario), sino de la producción poética de Idea Vilariño, establecerlo en torno a cuestiones como el dolor y el sexo. El dolor espiritual causado por la muerte de la madre, pero también el dolor físico intenso, la humillación física causada por la enfermedad (Idea era asmática pero también padecía una dermatitis violenta, con empujes que le hacían imposible, a veces, salir a la calle o valerse por sí misma). Y el sexo. Hay una Idea antes de la consumación sexual y otra después de ella. Claro que muchos de los rasgos de la primera perviven en la segunda, pero el componente fantasmático, exagerado, disminuye bastante.

La primera Idea anota casi diariamente cosas como que es mirada por Fulano o Sutano, que Menganito la «quiso con locu-

3 Antes que nada corresponde aclarar —porque esta es una revista de psicoanálisis y yo no soy psicoanalista ni sé del asunto más de lo que sabe cualquier persona con una cultura media— que uso el término «psicología» en su sentido más convencional y, si se quiere, popular. Lo mismo debe ser tenido en cuenta para palabras como «histeriqueo» o, incluso, «histérica».

ra» o que «la celaba horrores» (hablamos, por así decirlo, de noviazgos castos; de coqueteos), refiere con insistencia episodios en los que es seguida, a pie o en auto, por hombres mayores que ella, y destaca siempre que a sus amigas «no les pasa». Insiste también en las veces en que algún admirador se pasea frente a su casa, o se instala en la esquina para verla, y en cómo ella lo ignora, o le pide, severamente, que desista, al mismo tiempo que disfruta —es evidente— de sentirse asediada.

Se describe a sí misma minuciosamente: el vestido que llevaba y que le quedaba tan bien —según le dijo Fulanita—, o el conjuntito que resalta su figura, o la forma en que está peinada: «Me veo linda con el cabello recogido y el vestido ceniza. Tan hermosamente sería. Hace mucho tiempo que no me veía tan bien. Quisiera fotografiarme». Aclara, sin embargo: «Estuve tan mal todo este invierno de aspecto. Y ahora, ¿qué hago con estar bien?»,⁴ Porque estar bien no es nunca suficiente: necesita ser vista. Pero ser vista tampoco es suficiente: necesita ser fotografiada. Y ser fotografiada no parece, tampoco, suficiente: necesita ser elogiada. Y claro, ser elogiada no será suficiente: necesitará escribir el elogio,

mostrar la fotografía, volver una y otra vez sobre lo mismo, incesantemente.

Durante la presentación del libro, que hicimos juntos, Hugo Achugar señalaba que el diario es, en realidad, una novela, y que lo que cabría preguntarse es quién es el autor (en alusión a la eventual intervención de las editoras). Yo tuve sin embargo, al leerlo, la impresión de estar ante la escritura de un drama. Idea se construye como personaje mediante un juego constante de descripción, confesión y borrado, pero también describe cuidadosamente la escena en la que quiere ser imaginada. «Penumbra espesa. En el vaso, lilas. La cera clara del piso refleja la luz —eso, eso infinitamente triste, cansado y desvaído, eso que tiene el color de mi tristeza, no se puede llamar luz— que llega hasta la ventana. Hay un extraño olor agradable a jazmines, al salón 7 de la Facultad de Derecho.»⁵

Se describe sola, en los bancos de la Facultad de Derecho, esperando el comienzo de una conferencia, o caminando por la calle con su violín y entrando a las tiendas para evitar a los hombres que no pueden dejar de seguirla, de admirarla, de querer conocerla. Se instala en los escenarios como un objeto más en un encuadre perfecto, exquisito. No cuenta lo que ve, sino lo que vería alguien que la estuviera viendo.

4 P. 240, octubre de 1941, en carta dirigida a Manuel Claps, aparentemente acompañada por un poema escrito en un pétalo de cartucho.

5 Misma página, con fecha «26 domingo [octubre] a las 7 de la tarde».

Se mira, o se quiere mirada.

Hay que admitir que, como advierte Larre Borges en la introducción, Idea puede impacientar, en más de una oportunidad, al lector de estos diarios. «De 3 a 6 fui a clase de encuadernación, cerca del Parque Batlle [...] A las siete estoy en casa, tomamos el té. Salón Nacional de Bellas Artes. Está el joven artista de que me hablaba la Beba. Me mira. Yo inmovible. ¡Valiente imbécil soy! El otro día estaba en el Sodre y sucedió lo mismo. Mira poco, pero de una manera extraña, como si yo fuera un cuadro que le gustara... [...] Siempre me atrajo y ahora que me busca no sé por qué finjo ignorarlo. Pero, no será hora (de) que deje todo eso de lado y... —Cuando empecé a escribir lo que quería anotar era esto: Oribe y Rilke. Los dos se deben haber impuesto por su personalidad. La poesía de ambos no justifica su renombre.»⁶ No se sabe bien, al leer párrafos así, si admirar la contundencia con que la joven Idea evalúa a dos poetas consagrados, o si detenerse en el hecho de que a pesar de que «lo que quería anotar» era eso, no pudo resistir la tentación de hablar del joven artista, de cómo la mira, de cómo ella se siente atraída y al mismo tiempo lo rechaza.

El diario cambia bastante luego de que ocurren algunos episodios muy severos de

su enfermedad de la piel (es, sin embargo, muy pudorosa en ese aspecto. Tacha cuidadosamente las partes en las que, presumiblemente, asoman detalles «sórdidos» o poco elegantes. Nunca describe sus síntomas como describe sus vestidos o sus sombreros. Y si en algún momento lo hizo, fue implacable luego para ocultarlo al lector). Pero cambia, sobre todo, luego de que ella y Claps se hacen, efectivamente, amantes. El coqueteo y el histeriqueo seguirán siendo parte de su relacionamiento con los hombres (*histeriqueo* es una palabra tan precisa para describir a este personaje que da pena que haya nacido en contextos tan banales), pero el conocimiento del sexo la vuelve menos fantasiosa, o menos absurda. Es justo decir que el diario se vuelve más interesante, o más atrapante, cuando la Idea mujer supera por fin a la adolescente. Algo como una tensión narrativa, como un interés por saber cómo sigue cada historia (porque este drama tiene personajes secundarios, y una de las aventuras posibles para un investigador que quisiera seguir el juego sería analizarlos como tales: el padre, la hermana mayor, la hermana menor, los hermanos varones —el casi invisible, misterioso Azul, el adorado Numen—, los amantes, la amiga, las otras amigas), algo del orden de lo novelesco, ahora sí, se instala a partir de ese giro hacia la adultez.

Suele creerse que los diarios de los escritores aportan nuevas claves de lectura de su obra. Así, este libro podría en-

6 P. 239, con fecha «Octubre 25 de 1941».

tenderse como una forma privilegiada de aproximación a la poesía de Idea Vilariño; al nacimiento de su lírica y de su voz poética. Y es verdad, en tanto todo paratexto ofrece claves de lectura. Y también, claro, en tanto la biografía (entendida literalmente como la historia de la vida de alguien) ilumina aspectos puntuales, concretos, de un hacer artístico.

El diario es ilustrativo, sí, de ciertas concepciones que ella tenía, desde el principio, de lo poético: un ritmo, una musicalidad del enunciado que consigue recrear, materialmente, la idea enunciada. Y en ese sentido, el diario es también, por los múltiples niveles discursivos superpuestos, y sobre todo por el juego de exposición y ocultamiento, menos una tecnología del Yo (esa estrategia subjetivamente tan típicamente moderna) que una *poética* del Yo, en un sentido técnico.

Me explico: en la dramatización de su vida, en la puesta en escena (literalmente) de sus conflictos internos y de sus vaivenes espirituales, Idea obedece su propio mandato de hacer, plástica y rítmicamente, el enunciado que es ella misma.

Podríamos aventurar que si su poesía fue tendiendo cada vez más a extremar la tesis de que «nombrar alcanza», la voluntad de hacer público este registro obsesivo de sus días y sus noches, de sus vaivenes, de su deseo de ser mirada —y de la sospecha de ser, en el fondo, ignorada— no hace sino fortalecer la convicción de que

no solo nombrar no alcanza, sino que escribir poesía no alcanza. El diario es una desmentida. La verdad no es lo que está «plasmado en un poema»,⁷ sino que es lo que surge de la mirada del otro, siempre esquiva y desatenta, siempre insuficiente.

Hay algo doloroso en la idea de que una mujer que alcanzó la plena consagración como artista, que conoció en vida el reconocimiento y la admiración por una obra que hizo del despojamiento y la austeridad su recurso más vigoroso, haya necesitado exponer así los entretelones de su drama. Hay algo de patético en la lectura de esos pasajes en que se construye para el ojo ajeno, y que recuerdan, forzosamente, el tono piadoso pero infinitamente triste del Borges que mira, en *El Aleph*, los retratos de Beatriz Viterbo colgados en la salita de la calle Garay: «Beatriz Viterbo, de perfil, en colores; Beatriz, con antifaz, en los carnavales de 1921; la primera comunión de Beatriz; Beatriz, el día de su boda con Roberto Alessandri; Beatriz, poco después del divorcio, en un almuerzo en el Club Hípico; Beatriz, en Quilmes, con Delia San Marco Porcel y Carlos Argentino; Beatriz, con el pekinés que le regaló Villegas

7 P. 232, con fecha «Oct [ubre] 12: «Quiero decir esto: Todo lo que ha plasmado en poesías, todo lo que pasó a la libreta de poesías, es lo único vivido verdaderamente. Todo lo que yo diga sentir que no esté apoyado por un poema, puede no ser cierto».

Haedo; Beatriz, de frente y de tres cuartos, sonriendo, la mano en el mentón...».⁸ Porque si en *El Aleph* Borges se pone como personaje en el lugar penoso del enamorado que, tras haber sido ignorado por la amada en vida, puede saborear la discreta revancha de consagrarse a su memoria, Idea reserva ese destino trágico para sí misma: no logró verse nunca plenamente; no logró prestarse atención, sentirse relevante, no alcanzó la plena existencia, así que se ofrece en sus poses más ridículas, en sus gestos más absurdos, en lo más nimio de una vida que fue, en muchos aspectos, trágica, pero que termina resonando por los detalles de un saquito celeste, de un trajecito entallado o de un vaso lleno de lilas.

8 Cito por la edición de Kapelusz, *Obras completas* de Jorge Luis Borges, 1974, p. 617.

NORMAS DE PUBLICACIÓN REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Los artículos publicados en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán ajustarse a los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Serán artículos originales no publicados en español y estarán sujetos al sistema de revisión anónima por el Comité de Redacción y los lectores externos.

1. PRESENTACIÓN DE LOS ARTÍCULOS

Enviar dos archivos a la dirección:
revistauruguayapsi@gmail.com.

El primero incluirá el trabajo completo identificado únicamente con su título y el seudónimo del autor.

El segundo, además del trabajo completo, debe incluir los datos identificatorios del autor: nombre y apellido, grado académico, institución, sociedad o grupo de estudio y dirección electrónica.

Texto. Extensión máxima de 42.000 caracteres, incluida la bibliografía. Letra del tipo Times New Roman, cuerpo 12.

Resumen. En español e inglés, con un máximo de 950 caracteres.

Al momento de presentar su trabajo el autor deberá firmar un *formulario de autorización* por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias para la difusión de dicho artículo a través de la RUP y/o web, en soporte papel, electrónico o telemático, bajo licencia Creative Commons, en

su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial, ni modificado.

- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación; que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

2. FORMATO Y ESTILO

Citas textuales

Las citas textuales incluidas en el cuerpo del texto deben estar seguidas de los datos de: autor, año de publicación de la obra y número de página, entre paréntesis. Los datos de edición de la obra citada se incluirán en la bibliografía.

Las notas al pie quedarán reservadas para comentarios del autor, intentando que sean las imprescindibles y breves.

Bibliografía

Se colocará al final del trabajo. Se limitará a los textos utilizados y principalmente a los mencionados en el artículo, ordenados alfabéticamente por autor. Las obras de un mismo autor se ordenarán cronológicamente, agregándose las letras a, b, c, cuando hubiese varias obras publicadas en un mismo año.

Si un autor es citado más de una vez en la bibliografía, no se repetirá su nombre. En su lugar se pondrá una raya y el nombre del libro o artículo con sus datos completos.

a. Libros

Apellido del autor/autores en letras mayúsculas, seguido por las iniciales del nombre de pila; título completo del libro en itálica; edición; ciudad de edición; editorial; fecha. Si el libro es publicado por una institución, se la considera como su autor.

McDOUGALL, J. *Teatros de la mente*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1987.

a1. Capítulo de un libro

Nombre del autor y nombre del capítulo. «En:» autor del libro, título del libro en itálica, datos editoriales, páginas del artículo.

LECLAIRE, S. Notas sobre el objeto del psicoanálisis.

En: Laplanche, J., et al. *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976, pp. 145–160.

b. Trabajos presentados en congresos, jornadas, etc.

Autor o autores en letras mayúsculas; título del trabajo. «En:» nombre (y número, si corresponde) del congreso; lugar de realización; fecha; lugar de edición; volumen si lo hay, páginas del trabajo.

INFANTE, J. A. Más allá del malestar en el psicoanálisis.

En: Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, 19: Malestar en el Psicoanálisis. Montevideo, FEPAL, 1992, pp. 151–162.

c. Artículos de revistas

Apellido y nombre del autor. Título del artículo. «En:» título de la publicación seriada en itálica, volumen y (número), año y páginas del artículo.

BICK, E. La experiencia de la piel en las tempranas relaciones de objeto. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, v. 11 (2), 1969, pp. 167-172.

d. Obras incluidas en las Obras completas de un autor

FREUD, S. Puntualizaciones sobre el amor de transferencia [1915]. En: *O. C. Tomo XII*, Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

LACAN, J. La carta robada [1955]. En: *El Seminario. Libro II (1954-1955). El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Barcelona: Paidós, 1983.

AL ENTREGAR EL TRABAJO EL AUTOR ASUME QUE:

1. El trabajo podrá ser aceptado o no para su publicación.
2. Una vez aceptado por el Comité de Redacción, este decidirá en qué número de la RUP publicará el artículo.
3. El Comité de Redacción no se obliga a realizar devoluciones orales ni escritas sobre los trabajos recibidos.
4. No se enviarán separatas ni revistas a los autores de los artículos publicados.
5. Las tesis expuestas en los artículos son responsabilidad de sus autores y no comprometen la opinión del Comité de Redacción de la RUP.

NO SE RECEPCIONARÁN LOS
TRABAJOS QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar

www.apuruguay.org

o contactar a través de

apubiblioteca@gmail.com